

VOCES Y RASTROS DE UN PUEBLO

DEISY ALVARADO MORALES

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2010**

VOCES Y RASTROS DE UN PUEBLO

DEISY ALVARADO MORALES

**Trabajo de Grado para optar el Título
de Licenciada en Filosofía y Letras**

**Asesor:
GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2010**

“Las ideas y conclusiones aportadas en la tesis de grado, son responsabilidad exclusiva de su autora”.

Artículo 1 del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, 19 de Octubre de 2010

Dedicatoria

A la memoria de mis muertos, todos los ejecutados por los fusiles que aferraron las manos de la guerra, porque su partida no representa ausencia, pues sobreviven en la voz que pronunció cada palabra desgarrada del corazón de sus seres queridos, que son mi pueblo y mi gente.

A Brayan Ricardo Patiño Morales, porque la valentía con que enfrentó su vida fue un gran ejemplo para librar cada paso que daba de la caída y conquistar, en su nombre, muchos sueños; su muerte dejó profundas tristezas que se aglomeraron en mi alma, pero el esfuerzo que emprendió para salir siempre adelante de las dificultades, me invitó a cambiar cada día el dolor que me causó su ausencia por la compañía de su sonrisa, y al aferrar en la memoria su lucha y su alegría, terminé este Trabajo de Grado, en el que su rostro se vivifica para que no quede impune su partida.

A mis padres, por su amor, su apoyo, sus consejos, que fueron la brújula que me condujo a la verdadera libertad; por su compañía, que fue la morada en la que siempre encontré el respiro que le faltaba a mi vida.

A Valeria, mi pequeño ser con coraje, porque su existencia iluminó mi vida en medio de tanta muerte.

Agradecimientos

A Dios, porque cuando me encontraba ausente de mi ser y deambulando por los cercos de la muerte, halló a mi alma, desnudó el dolor y me permitió descubrir en este pueblo una voz de esperanza, que saca de la muerte un soplo de vida, destruyó la indiferencia e hizo presente ante mis ojos no sólo las miles de tumbas cavadas por las manos de los huérfanos, las viudas, la madre y el padre, sino también el sufrimiento, que no únicamente le pertenece a sus corazones, también al mío y al de todos los que sientan que cada colombiano, abatido en la guerra absurda, es un hermano que nos dio la madre patria.

A mis padres, porque unieron sus pasos a los míos para recorrer cada lugar y vereda en la búsqueda de los rastros de un pueblo; por los años de esfuerzo en su trabajo para otorgarme una oportunidad en el mundo de las letras; pero sobre todo por dejarme ser en la libertad de mis pensamientos y no coartar mis sueños, sino hacerlos propios, cuando los refugiaron en su corazón al inicio de mi carrera y de este Trabajo de Grado.

Al profesor Gonzalo Jiménez Mahecha, por su asesoría y por creer que aún la sabiduría, que se teje en los labios de los pueblos, puede seguir hablando de grandes enseñanzas.

A la comunidad de El Palmar, porque desnudó su corazón y expresó a viva voz lo que sentía, para combatir no sólo el olvido, sino el silencio, que había coartado su alma.

A la cuarta comunidad neocatecumenal de San José Obrero, por acompañar este proceso con sus oraciones, por no dejarme caer y darme el aliento que en mis continuas luchas muchas veces perdí.

A mis hermanos, por poner su paso detrás del mío y acompañar con sus historias el devenir de las mías.

A mis amigos, los que llegaron con la noche, el vino, la filosofía, la lucha, la infancia, pero fundamentalmente a los que llegaron y no se fueron, especialmente a: Valeska y Karen, por tomar mi esfuerzo como suyo y soñar, junto a mi, un mundo mejor; a Roberth España, por expresar con su arte y su imaginación las revelaciones de un alma popular; a Yudi y Marlen, por compartir sus conocimientos y escucharme en las pequeñas tertulias que, junto a la noche, desvelaron nuestros pensamientos, y a Yashir, por la compañía incondicional que me brindó en todo momento, sin importar el combate de cada jornada.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	12
1. VOCES NÓMADAS	17
1.1 TRADICIÓN ORAL	17
1.2 RELATOS HISTORIOGRÁFICOS Y TESTIMONIALES	22
1.3 RELATOS TRADICIONALES	31
2. LA VOZ CUENTA	35
2.1 EL PALMAR	35
2.2 RELATOS HISTORIOGRÁFICOS Y TESTIMONIALES	38
2.2.1 El Palmar, un pueblo que surge desde los ranchos de palma; en el progreso, al comenzar a vivir conoce la muerte	38
2.2.2 Un pueblo flagelado por la violencia	74
2.2.3 Un soplo de vida en un apagón de muerte; Historia de los jóvenes, víctimas de la guerra	88
2.2.4 La voz de un corazón de luto	108

2.3 RELATOS TRADICIONALES	117
2.3.1 Érase una vez	117
2.3.2 El cortejo de la viuda, peligrosa seducción	117
2.3.3 Espantos en la oscuridad	121
2.3.4 Las travesuras del Duende	128
2.3.5 El encanto de María y el cerro de don Pedro Ramos	133
3. CONCLUSIONES	137
4. BIBLIOGRAFÍA	143

RESUMEN

La Elaboración de este Trabajo de Grado sobre relatos populares, se establece con narraciones que hacen parte de las experiencias y del imaginario colectivo de los habitantes de El Palmar; relatos populares que muestran una serie de hechos reales y sobrenaturales, pertenecientes al pueblo, con los cuales se puede entender la tradición histórica, social, moral y cultural, saber sobre sus creencias, cómo piensan y cómo enseñan sus valores, lo que ayuda a las personas a conservar y comprender la cultura que se ha ido tejiendo en el crecimiento de su región.

Los relatos populares recopilados son de suma importancia, tanto para la academia, como para la comunidad en general, puesto que en ellos se conserva el saber y el sentimiento expresado por la gente del común, que cuenta sobre un pasado que las generaciones presentes no percibieron, da una interpretación del mundo, un significado de la cultura y de las creencias.

En los relatos, algunos habitantes de la región expresan experiencias, tanto de la vida en colectividad como particular, donde se dejan ver diferentes enseñanzas para la vida, que difícilmente se captan en los libros y textos escolares.

Palabras claves: Educación, El Palmar/Leiva/Departamento de Nariño, Relatos populares, Literatura.

ABSTRACT

This search work, about folk tales, presents narratives being part of experiences and the collective imagery of inhabitants of a small town, El Palmar (municipality of Leiva, Department of Nariño), folk tales showing a series of real-life and supernatural stories, by which people can understand historical, social, moral and cultural traditions, to know about their believes, how they think and how they teach their values, in order to help people to preserve and comprehend the culture weaved with their regional development.

Compiled folk tales have an extreme importance as an academic life as a general community, since they preserve the knowledge and feeling expressed by common people, who recount about a past time that current generations have not known, supply a world interpretation, a meaning about culture and believes.

In these tales, some regional inhabitants express experiences about as a community life as an individual one, where it is possible to see diverse teachings to live captured with difficulty in books and school handbooks.

Keywords: Education (Educación), El Palmar/Leiva/Department of Nariño (El Palmar/Leiva/Departamento de Nariño), Folk Tales (Relatos populares), Literature (Literatura).

INTRODUCCIÓN

Se presenta la vida de un pueblo llamado El Palmar, un pequeño corregimiento que pertenece al municipio de Leiva, Nariño, donde se han experimentado, desde la niñez, gratos y amargos momentos, que han hecho llamarse hija de esta tierra, en la que surgió la idea de desarrollar este proyecto, una noche cuando la mirada descubrió el rostro de la muerte y no se pudo ver ni el ayer ni el mañana de este pueblo, porque parecía desaparecer a fuerza de detonaciones, cuando la guerra llegó cual si fuera un fantasma camuflado entre la niebla de las que fueron noches tranquilas, en tiempos cuando el único ruido que sacudía el eco entre las montañas era los retumbantes truenos que anunciaban el final de la sequía.

Por eso, desde aquella fugitiva, pero histórica noche, se inicia la búsqueda de los rastros y las voces de un pueblo que arde en olvidos, sin casi registros sobre su historia y su cultura, con la vida acaudalada en el tiempo, casi desertora en el recuerdo de aquellos que mantienen, en sus huellas, una historia que merece ser contada, la que, al disiparse, marchitaría la memoria de las generaciones, aquellas que, al escuchar, hablan con el mismo oído desde la palabra nómada de la tradición oral, que se traslada a las nuevas descendencias que recorren los pasos de los abuelos y oyen, de las voces del ayer y del hoy, narrar la historia del mañana, a partir de relatos populares, narrativa que permite escuchar el pasado y tender puentes entre diferentes lugares, épocas, culturas y creencias; además, el relato, aparte de ser fundamental como creador de cultura, es una gran herramienta de aprendizaje en el aula, donde se busca, con este trabajo, aprovechar la palabra que nace del alma del pueblo, para acercar, a los estudiantes y pobladores de la región, a una conversación íntima con la comunidad a la que pertenecen y que reconozcan su entorno.

Se propuso, para esto, recopilar e interpretar los relatos populares historiográficos, testimoniales y tradicionales, para ser utilizados como herramienta educativa; en su enseñanza acercar a los estudiantes a su comunidad, para dar importancia al saber encontrado en la tradición oral, acrecentar y promover la conservación de la memoria, las creencias de un pueblo, sensibilizar y generar reflexión en su enseñanza.

De igual manera, aunar la parte académica con la vida de este corregimiento, donde el lenguaje sirve de mediador y permite que los individuos compartan sus experiencias y saberes, para obtener que los estudiantes y habitantes de la región se vinculen con su cultura, la identifiquen y desarrollen respecto a ella un sentido de pertenencia; pero, también, se pregunten, diseñen estrategias de acción y asuman una actitud crítica y propositiva al reconocer la región a través de los relatos tradicionales, la historiografía y testimonios que hablan sobre los conflictos que enmarcan la vida de su gente, interpreten y

reflexionen sobre su entorno; permitir, con esta narrativa, que los estudiantes amplíen sus fronteras como comunidades interpretativas, tengan un saber práctico para su vida, vislumbren nuevos horizontes de conocimiento y comprensión; se relaciona esto con lo que se quiere que los estudiantes sean como seres humanos, la visión del mundo y de sí mismos que se pretende que cultiven; además, que tengan conciencia de la importancia de registrar el pasado y generar y acrecentar, de esta manera, la conservación de la memoria y fortalecer su identidad al aprovechar la riqueza de la tradición oral, como voz viva que procede de la naturaleza de los seres humanos, pues, como se sabe, la memoria, los testimonios y lo que hoy se ha dado en llamar tradición oral, fue, desde los inicios de la historia (de paso por la Edad Media, el Renacimiento hasta la Ilustración) una fuente accesible necesaria para ampliar las evidencias e imprescindible en contextos donde la cultura oral era el eje de la producción y la trasmisión de conocimientos; recuperar, de esta manera, su importancia, pues se sabe que, en estos tiempos, la accesibilidad a la información oral, su valoración y jerarquía ha variado frente a otras fuentes, ha perdido en ocasiones importancia la palabra que circula en la voz de los pueblos, que guarda la memoria y eterniza el ayer como saber que se mantiene en la historia, lo cual les permite a los seres humanos representarse el pasado, situarse en el presente y ubicarse en su cultura.

Este trabajo se desarrolla a través de un estudio bibliográfico, una documentación que aporta mucho para fundamentar y conocer aspectos importantes referentes al tema, lo cual ha ayudado para el proceso de esta búsqueda; se funda, además, en un trabajo de campo, donde se especifican detalles sobre cómo se desarrolla la recopilación, textualización e interpretación de los relatos, el acercamiento con las personas, las experiencias que se vivieron en el transcurso de las conversaciones y las afectaciones frente a las diferentes historias contadas por los habitantes de El Palmar.

Fue necesario integrarse con la comunidad, a partir de la realización de entrevistas grabadas, que llevaron siempre impregnada la naturalidad de una conversación, donde el diálogo acunó palabras afligidas, alborozadas, imperiosas, risueñas, llorosas, custodiadas por los más reveladores gestos plasmados en el rostro de las personas, que se sumaron a este viaje de remembranzas, que guardan las historias que solían difuminarse junto al fuego, mientras la noche llegaba con la sinfonía expresada por animales habitantes de la oscuridad, y el aullido de algún perro que hacía estremecer, mientras la voz se agudizaba y exclamaba, al final de un relato, que continuaría al día siguiente.

Para la interpretación de los relatos, se tiene en cuenta el valor educativo que tienen inmerso y, a partir de esto, se realiza un texto literario en el cual se reflexiona sobre las consecuencias de los diferentes conflictos que se han presentado en el pasado y el presente de este pueblo, lo que permite descubrir en los relatos el contexto social que llevan inmerso, conectan y relacionan el texto con la sociedad, lo que les permitirá a los estudiantes y habitantes de la comunidad reflexionar sobre su entorno, a partir del saber popular en que se enmarca este trabajo; además, sobre la importancia que tiene el mostrar

los relatos tradicionales que hablan sobre el duende, la turumama, lagunas encantadas, entre otros personajes típicos de la región, para conservar la magia de la imaginación, el valor y asombro que guardan este tipo de relatos. Con esta investigación, se desea aportar a la comunidad y las instituciones de este municipio, pero, además, animar a nuevos proyectos que surjan sobre este tema, que busca preservar el saber popular.

Ha sido un trabajo que se logra después de continuas lecturas y conversaciones con personas expertas en el tema, pero, sobre todo, de encuentros fraternos con la comunidad, de caminatas a las veredas bajo el ardiente sol que cobijaba las montañas, de largas esperas, mientras se acababa la jornada y la gente emprendía el regreso a casa, con el machete terciado a un lado ellos, entretanto ellas, con la leña ardiendo en la tulpa, preparaban la merienda, la que humildemente se compartía en una larga charla en los patios de casas que parecían un monumento al recuerdo, con paredes de bahareque, resguardadas por viejas tejas, que no se destruyeron, por más dura que hubiera sido la tormenta, como un roble firme ante el continuo cambiar del tiempo, igual que el corazón de los palmareños, que no se derriba por más fuerte que sea la tempestad.

La estructura de este trabajo la conforman tres capítulos:

En el primero, *Voces nómadas*, se muestra la parte teórica de la investigación, que se refiere a términos como tradición oral y relato popular, e indica su importancia en la educación, como vínculo entre los estudiantes y su comunidad, donde los relatos historiográficos, testimoniales y tradicionales, les brindan un reconocimiento del entorno a partir del saber recopilado del pueblo.

El segundo capítulo, *La voz cuenta*, deja ver la riqueza de la memoria palmareña, que aporta a los procesos educativos de esta región, el registro y conservación de su historia y su cultura. Indica los relatos, acompañados de un texto de interpretación, recreados mediante una producción literaria, ilustraciones e imágenes, y cómo, al introducirlos en un marco educativo, serán una herramienta pedagógica, aprovechable para el reconocimiento de la comunidad; se confiere en ellos un sentido de identidad, no sólo para los estudiantes sino para los habitantes de esta región, quienes no cuentan con Casa de la Cultura, ni libros o textos donde se hayan recolectado sus leyendas, su memoria histórica y conflictiva, que tanto los ha marcado, pero que se ha quedado en el olvido, pues se sabe que los estudiantes víctimas y posibles actores del conflicto son los más vulnerables y que, al recordarles su historia conflictiva, ellos puedan hablar con el mismo oído para que no perpetúen las mismas acciones, pues hombre que no conoce su historia tiende a repetirla.

En algunas de estas narraciones, los nombres verdaderos de los relatores y el lugar de su ubicación, se ocultan, por sugerencia de las personas que accedieron a contar su historia.

Este capítulo se divide en tres partes:

En la primera, se encuentra una breve descripción de El Palmar; en la segunda parte están los relatos historiográficos y testimoniales, narrados por los habitantes de la región; nadie mejor que ellos para contarlos, ya que no sólo tienen la historia en sus rastros y su memoria sino que la han llorado, la han glorificado en sus corazones, la sintieron, por eso en cada relato está un hecho histórico vivido íntimamente y matizado por su experiencia; se dan a conocer las huellas dejadas por caminantes que un día llegaron a fundar esta tierra; cómo surgió y fue creciendo en caminos, veredas, casas, escuelas; los juegos y diversiones de la época; su fuente de trabajo, constituida en principio por la caña de azúcar, luego remplazada por el cultivo de la coca, que cambió el rumbo de esta región; los primeros brotes de violencia y, con esto, las muertes y los abusos ocasionados por los grupos al margen de la ley; se pronuncian las víctimas, cansadas de ser un testimonio vivo de la muerte. Se encuentra al campesino, lleno de tierra en sus manos, de tanto enterrar a sus muertos, los que le mató la guerra, donde la voz del alma acongojada rompe los silencios del pueblo, que libera, de su más agonizante afonía, una historia, la que se trabó en la garganta desde el momento en que la guerra les dislocó el corazón, hizo pesados sus latidos, porque detrás de su respiro ha quedado, en el viento, una huella de sollozos acompañados por un disparo.

Se encuentran relatos sobre jóvenes que un día cambiaron un cuaderno por un arma, para defender la guerra y emprendieron la marcha hacia la ausencia; hablan los desplazados y expresan el dolor del destierro, porque, en su tierra, la muerte era su único derecho vital.

La voz de hombres, mujeres y niños habla sobre la aterradora noche en la que nació esta búsqueda bautizada por la muerte; se relata el acto más lamentable para este pueblo, la masacre que apagó cinco existencias, entre las que se disipó la vida de un niño de 15 años, ante lo que sólo las palabras de una madre pueden expresar lo que significó su existencia, palabras que hacen una plegaria al dolor que dejó su ausencia. Cinco en estadísticas, hermanos, paisanos, amigos, hijos, madre, padre, primo, para el corazón de quienes, después de sentir en el alma sus presencias, no pueden quedar en silencio ante tan gran huella.

A partir de una perspectiva pacífica, en defensa de la vida y desde la lucha pacificadora de penas, construir una cuna para las nuevas generaciones, que pronto nacerán, y destruir la tumba, la morada de los que, sin ser olvido, irremediablemente ya son ausencia. Por ellos, sin armas, sin odios, con el alma colmada de recuerdos y con las manos inocentes, que sólo saben empuñar una pala para labrar la tierra, construir el futuro de las nuevas descendencias, futuro (que, a los que partieron, les fue negado), porque la inspiración, la alegría, la vida, no ha muerto.

En la tercera parte, desde la voz de los abuelos, se escucha sobre personajes que encantan a la región, con el juego del duende, la seducción entundadora de la Viuda, de extraños personajes, como el Platuchaque, que se presenta con un montón de chilpas, sin cabeza y con dos platos en lugar de pies; del Pite de Palo, que volaba entre noches veraneras con dirección siempre al cementerio, de la Turumama que llora por la pérdida de su hijo; de María, una laguna encantada, del cerro de don Pedro Ramos, que guarda libros de hechicerías y tesoros, y de muchas historias extrañas que metamorfosean la realidad de los palmareños.

El tercer capítulo, muestra las conclusiones que, en el transcurso de esta investigación, se logran obtener; se manifiesta cuán valiosa fue la experiencia de buscar establecer una comunicación entre los sentimientos, los conocimientos de un alma popular y la academia, que debe vincularse para ayudar a preservar este saber popular, en pro de la formación de los jóvenes que se educan en las instituciones de esta región, con conocimientos que ayudan en la formación, no solo como próximos profesionales, sino como personas, al transmitirles un conocimiento, no simplemente académico, sino experiencial y práctico.

1. VOCES NÓMADAS

*“Lo oral se esparce, se difumina,
lo oral, como lo recuerda el diccionario,
también es “viento fresco y suave”*

Ana Pelegrin.

La voz que se esparce, se traslada de oído en oído y se llena de gloria cuando la escuchan y en su estancia revive el recuerdo para convertirlo en guardián de la memoria popular, es la voz que transmite la tradición oral y, en su travesía por los sonidos del pasado, comunica experiencias y saberes a generaciones presentes y futuras, mediante la palabra hablada que se figura en los labios del pueblo.

1.1 TRADICIÓN ORAL

La tradición oral transmite lo vivencial, lo mítico, lo imaginario de una comunidad, las representaciones simbólicas, por medio de la cuales se puede comprender la cultura popular, es el relato de la memoria y la representación de una realidad que persiste en el tiempo; las fuentes orales son una rica veta que se debe explorar en la educación, junto a los estudiantes, y emplearla como mecanismo para transmitir los conocimientos, tradiciones y saberes que ayudan a reconstruir el pasado de una comunidad; es, además, una alternativa didáctica para la continuidad de la memoria y, a través de su registro, se puede introducir a los estudiantes en una comunicación con las tradiciones legadas de generaciones ancestrales, con lo cual se aportan no solo recuerdos o añoranzas, sino conocimientos, desde los que se pueden asumir nuevas interpretaciones y crear, desde la voz de la tradición oral, un diálogo de saberes que colectiviza.

Guillermo Bernal, en su libro *Tradición oral escuela y modernidad*, al respecto aporta:

No obstante, la tradición no se refiere a reminiscencias de pueblos detenidos en el tiempo. Tiene que ver más con conocimientos vivos y esenciales, con recuerdos y valores con pertinencia actual. La tradición recupera experiencias con las que el grupo se identifica; también evalúa procesos culturales, desechando unos y validando otros.

Desde esta mirada, la tradición no es el pasado sino el eslabón mediante el cual la cultura se hace presente.¹

El ser colectivo ayuda a construir la tradición oral, les da a los individuos los verdaderos signos de identidad al convertirse en canal de transmisión de parámetros culturales, por el cual se aprende a actuar como verdadero miembro de una comunidad, adoptar creencias, modos de pensamiento y valores. Guillermo Bernal aporta mucho a este trabajo, al reconocer en la tradición oral un sentido de colectividad, con lo cual se hacen comunitarios los saberes y se crea de esta manera una identidad, cuando dice:

La tradición oral nos trasmite la conciencia, no de los individuos, sino de la comunidad; no vivencias personales, sino una herencia que se ha hecho colectiva con el tiempo. El entorno comunitario y sociocultural es lo que le da sentido a este flujo de información diacrónica. Por ello, el imaginario social que llamamos tradición, es parte sustancial de las identificaciones que nos forman como pueblo y como individuo.²

Oswaldo Granda, al respecto, aporta:

Uno de los mecanismos para fortalecer la identidad es la tradición oral; así, las palabras que se repiten a través de plegarias, cantos o máximas, para citar algunos ejemplos, constituyen no sólo un mensaje que se comunica sino, sobre todo, la puesta en escena de la cosmovisión del grupo social.³

En lo singular de la vida de una persona se encierra la existencia de una comunidad, que anuncia, en su diálogo de transmisiones, la realidad de los pueblos, los sueños, las luchas incesantes contra el olvido, los valores que han sido el núcleo, en muchas ocasiones, para fortalecer la educación de los hijos, las expresiones culturales que han identificado desde siempre a una comunidad y que no se quieren perder, porque sería desaparecer como raza, por eso se hilan las voces de la tradición para tejer los ecos de tiempos venideros y dar continuidad a la memoria que defendieron los seres pertenecientes a otros tiempos.

La tradición oral, fuente vital de los pueblos, conserva el saber ancestral que los abuelos resguardan a través de los tiempos, saber que poco a poco ha echado raíces en las comunidades hasta lograr identidad propia, al expresar su cultura a través de leyendas, cuentos, historias, relatos, que la gente tiene para cada ocasión de su vida, cuando los padres o los abuelos los contaban alrededor del fuego para entretener a niños y jóvenes y

¹ BERNAL ARROYAVE, Guillermo. *Tradición Oral Escuela y Modernidad*. Bogotá: Magisterio, 2005, p. 53.

² BERNAL, Op. cit., p. 52.

³ GRANDA PAZ, Oswaldo. *Comunicación desde la periferia: tradiciones orales frente a la globalización*. Barcelona: Anthropos, 2006, p. 35.

mostrarles, con ellos, valores, creencias, costumbres, enseñanzas o consejos provechosos para su vida. A través de la palabra hablada se transmiten experiencias, cosmovisiones, luchas, resistencias y acciones cotidianas, que afloran en la vida de una comunidad, que tiene como recurso primordial la memoria y la palabra; sólo se cuenta con ese medio como único mecanismo para transmitir conocimientos, tradiciones y saberes, para reconstruir el pasado o estudiar aspectos de la vida social, económica, política y cultural. Como se ha dicho, “no hay esperanza sino con los recuerdos”, que se conciben en la memoria colectiva de los pueblos. Julio Goyes, al hablar de la importancia de la memoria, dice:

Recordemos, primero, que el soporte dinámico y restituidor del pasado es justamente la memoria. Esta fuente mnemotécnica de la palabra re-construye, proyecta y conserva los saberes y prácticas de la tradición y del tiempo andado. Los hombres hacen cotidianamente este balance, cuentan su vida, reconstruyen su universo y lo hacen mediante y con la palabra.⁴

O como bien señala Jan Vansina:

Las tradiciones o transmisiones orales son fuentes históricas cuyo carácter propio está determinado por la forma que revisten: son orales o no escritas y tienen la particularidad de que se cimentan de generación en generación en la memoria de los hombres.⁵

Desde la tradición oral se lucha contra el olvido, que es la tumba de la memoria, cuando la palabra hablada, que representa el lenguaje del alma popular, evoca la historia y la cultura de los pueblos, para ampararlas en el nuevo recuerdo que emergerá en la memoria de los que nacerán y en los que, aun estando, ignoran sus raíces, para dar supervivencia a los pueblos a través de la memoria, que ha sido la morada fiel de sus pasos, dar continuidad a un ayer de saberes y declarar así una reminiscencia perpetua ante el olvido.

Guillermo Bernal precisa la importancia que tiene y ha tenido la memoria para dar continuidad a la cultura de los pueblos, al decir que:

En la época anterior a la escritura y más aun, a la imprenta, los conocimientos se acumulaban en la memoria. De la capacidad de recordar dependía prácticamente la sobrevivencia de la comunidad y la continuidad de su cultura; por ello cada pueblo empleaba sus propias estrategias para desarrollarlas.⁶

⁴ GOYES NARVAEZ, Julio. *Pedagogía de la oralidad*. Bogotá: UNAD, 2002, p. 77.

⁵ VANSINA, Jan. *La tradición oral*. Barcelona: Labor, 1967, p. 13.

⁶ BERNAL, Op. cit., p. 19.

Registrar la memoria, que se mantiene en la palabra que custodia el anciano y la vuelve nómada, al trasmitirla a través de los años, para que otras generaciones hablen con el mismo oído, es importante para la educación de niños y jóvenes que crecen en una sociedad tecnológica, donde el valor de la palabra oral cambia y tienen mayor importancia otras fuentes de información; se pierde, en ocasiones, lo que circula de voz en voz, y el saber encontrado, sobre todo en los ancianos, se arrincona, aún sabiendo que su sabiduría es una veta que se debe explotar en vida, en el tiempo cuando las palabras respiran en la voz que mantiene la memoria, antes de que la muerte arrebatase el libro que se ha escrito con el pasar de los años en vidas y memorias de los abuelos, pues “Anciano que muere es una biblioteca que desaparece”.

Ana Pelegrin, en su libro *La Aventura de oír*, dice:

“Cosas de viejos”, los cuentos transmiten una visión del mundo, un conocimiento primero, una forma cultural, una intención socializadora que ha estallado y se ha desintegrado, como se ha desintegrado su misión en esta sociedad misil.⁷

Estas palabras, con las que se sustenta el porqué de la importancia del conocimiento que emerge de la tradición oral, advierten, de alguna manera, lo que se va de las manos, la voz, la memoria y el oído, y señalan que, como futuros educadores de esta sociedad guiada electrónicamente, es deber continuar con esta cadena de conocimientos, sin que el amor por la tradición sea un oponente al progreso, porque desde ella se crea progreso; no son opuestos, sino relativos, pues la tradición oral es la historia de un pueblo, de una sociedad que avanza a través de sus vivencias y sus tradiciones, aunque, como dice Ana Pelegrin:

Estos tiempos sean otros tiempos, las estructuras familiares-sociales cambien y ya no haya por qué reunirse ni fuego donde congregarse.⁸

La magia encantadora, que cautivó a muchos hombres y mujeres en los tiempos de antes y que no solo los distrajo, los entretuvo, sino que los formó, es imprescindible para alimentar y cautivar la imaginación y creatividad de la juventud de hoy, magia que incluye valores que sustentan los rasgos de personalidad que se desea que posean. Julio Goyes hace un aporte muy importante cuando se refiere al maravilloso mundo que cobijó la infancia de los abuelos, y cómo, desde esa niñez, se forjó el espíritu de grandes seres humanos; en su libro *Pedagogía de la oralidad*, dice:

⁷ PELEGRIN, Ana. *La aventura de oír*. Madrid: Cíncel, 1982, p. 19.

⁸ Ibid.

Nuestros niños han perdido, algunos para siempre, el maravilloso mundo de la infancia, aquella que se educó y formó con historias que hablaban de noches estivales, de justicia y sentimientos. Nuestro mundo icónico necesita de la voz narrativa de nuestros viejos cuenteros.⁹

Hacer de la educación un proceso en el cual se dé una “vinculación y concientización cultural, moral y conductual”, a partir de lo cual el estudiante pueda reconocer la comunidad a la que pertenece y fortalezca su identidad, es permitir que las nuevas generaciones asimilen y aprendan los conocimientos, normas de conducta, modos de ser y formas de ver el mundo de generaciones anteriores, y diseñen, además, otros nuevos; de esta manera se da, entonces, lugar a procesos de integración entre la comunidad y las instituciones educativas, cuando se realiza una reflexión sobre su propia producción cultural y se proyectan acciones tendientes a su preservación y difusión. La tradición oral puede crear un espacio en el ámbito educativo, a través de los relatos populares, y aportar así a la educación en el desarrollo de la identidad del niño y el joven, al aprender en su colegio y en la vida comunitaria sobre su cultura.

Fabio Silva Vallejo sostiene:

Mientras no haya mecanismos efectivos que le permitan al pueblo manejar su propia cultura; mientras no haya un programa de las instituciones educativas y culturales que oriente su infraestructura no a rescatar la cultura popular porque la cultura popular no está al borde de ningún precipicio, sino a enseñarla no tanto en sus esquemas formales, sino más bien en sus contenidos más connotativos, más propios, no habremos avanzado nada¹⁰.

La transmisión, que es uno de los aspectos más importantes de la tradición oral, debe estar presente en los procesos educativos, para que, en la enseñanza, los conocimientos acumulados en la memoria de los pueblos tomen verdadera importancia, no los alejen y subvaloren los proyectos pedagógicos, pues, en la tradición oral se vislumbra un collage de voces que transmiten el saber popular, sabiduría no inscrita en los libros, porque se encuentra en la vida y en la memoria de cada ser.

Sobre esta ley de transmisión, Fabio Silva dice:

La ley de la transmisión. Todos los conocimientos son transmitibles. Si no existiera esta ley, yo no podría escribir estas cosas que he aprendido de otros. La transmisión de los

⁹ GOYES NARVÁEZ, Op.cit., p. 121.

¹⁰ SILVA VALLEJO, Fabio. *Las voces del Tiempo*. Bogotá: Editorial Retina, 1997, p. 151.

conocimientos permite la posibilidad de que uno se enriquezca con la acumulación de los conocimientos de generaciones anteriores y pueda enriquecer a las nuevas en el futuro.¹¹

La tradición oral, que “cuenta, canta y encanta”, se traslada, se trasmite, a través de los relatos; en unos se puede conocer la historia de los pueblos y vislumbrar cómo se ha forjado su existencia; otros relatan la magia que se teje en las leyendas que nacen en el imaginario colectivo y transmiten el encantamiento que seduce la imaginación de grandes y chicos, pero, también, se encuentran las voces que expresan el sentimiento de dolor que se ha perpetuado en el corazón del pueblo, testimonios que hablan de las marcas que ha dejado la guerra a su paso y que, al darles un espacio de escucha en los relatos, ayudan a romper la afonía que enmudece la voz del alma quejumbrosa. Todos estos relatos llevan inmerso un significado pedagógico, que tiene por objetivo instruir, a las nuevas generaciones, y mantener en la memoria de las actuales su enseñanza.

Por eso este trabajo se remite al legado que se mantiene en la tradición oral, para relatar la historia, las tradiciones, leyendas, cuentos, experiencias de personas que pertenecen a una cultura popular, llevarlas hasta el salón de clases, “no para rescatar” sino, más bien, para generar con estos conocimientos un verdadero valor de pertenencia.

Desde la tradición oral se evocan relatos que narran la historia, cuentos y leyendas, que no sólo encantan sino que cumplen con una gran función: enseñar; relatos que descubren, desde la voz de personajes reales, el sentimiento, el pensamiento, no sólo los actos o hechos que marcaron a un pueblo. Por lo cual, a continuación se conocen aspectos significativos que se encierran en algunos tipos de relato, los cuales ponen en evidencia el gran valor que tiene su participación en la enseñanza.

1.2 RELATOS HISTORIOGRÁFICOS Y TESTIMONIALES

La mayoría de las personas, en todas las culturas, ya sea de manera oral o escrita, se ha enfrentado desde muy temprano a relatos historiográficos, que cuentan sobre el origen y el pasado de su pueblo, por lo cual es importante seguir manteniendo esta cadena de transmisiones para que el estudiante, y las personas en general, re-conozcan su comunidad y logren sentir que, en realidad, hacen parte de ella, pues no se puede pretender que sean conscientes de la realidad de su tiempo y espacio si crecen ignorando la historia de su pueblo. Al respecto, se citan palabras de Egan Kieran, que, en su libro, anota:

¹¹ SILVA VALLEJO, Op. cit., p. 100.

El saber compartido de una serie de historias consabidas es el que funda, al menos bajo un aspecto, nuestro sentimiento de formar parte de una comunidad. Si se carece de ese saber, una persona es incapaz de participar totalmente en la comunidad social a la cual pertenece.¹²

Si se registran e interpretan los relatos populares, en los cuales se puede encontrar la historia que ha marcado a cada región, y se transmiten de generación en generación, se puede contribuir al fortalecimiento de la memoria colectiva, la que conservará las huellas de los viejos caminantes del pasado; además, los relatos historiográficos, que revelan las luchas, sufrimientos y esperanzas, concientizan y sensibilizan a los jóvenes, al campesino, al profesor, en sí, a las personas de una comunidad, y se logra que se ubiquen en el pasado de su pueblo y comprendan la creciente complejidad de su presente, que repercute, de esta manera, para romper la distancia entre los estudiantes, los jóvenes, los campesinos, los miembros de la comunidad y su región.

Marta Bravo, con respecto a lo anteriormente dicho, anota:

La historia recobrada de una localidad hace consciente una tradición para liberarla de ella, para permitir continuar la marcha.¹³

Las personas, al no conocer su región, su historia, de algún modo no pertenecen a ella y tendrán dificultad de entender el mundo actual, pero si se aporta para que, a través de los relatos, entren en una conversación íntima con su comunidad y, en ese diálogo, tengan una visión clara de su historia, se logrará que desarrollen un pensamiento crítico y reflexivo, en que el conocimiento teórico se complementa con el vivencial y se logra un pensamiento más creativo que repetitivo.

La historia que se encuentra en los libros, donde aparecen los grandes héroes que entregaron su vida por la patria, es importante; de una u otra manera revela lo que constituye como país, pero la historia que se ha tejido entre las calles escondidas de los pueblos, en las cuales se vivieron las humildes hazañas de unos hombres y mujeres, luchas que nacieron en la cotidianidad, en lo habitual de sus vidas y que, desde ese desconocido pero acto heroico, sirvieron a la tierra que los vio nacer, es y debe ser igual de importante en el momento de remitirse a ella. Para establecer esa importancia se recurre a investigar, no con la intención de saquear conocimientos, plasmarlos y dejarlos estáticos en un libro, texto o Trabajo de Grado, sino para hacer evidente una historia no contada, ponerla en

¹² KIERAN, Egan. *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998, p. 28.

¹³ BRAVO DE HERMELIN, Martha. *Proyecto de Recuperación de Memoria Cultural en Antioquia*. Armenia: Universidad del Quindío, 1985, p. 9.

circulación, darle vida al crear accesos a su lectura, que deja ver el diálogo que expresa la realidad, la lucha inexpugnable que se mantuvo viva por los sueños de unas gentes campesinas, quienes añoraban un mejor futuro, un futuro que no se les niegue, como lo fue su historia.

Por tanto, como dice Renán Vega Cantor:

Pareciera que en los textos escolares de historia, solamente hubiera cabida para los grandes sucesos, los superhéroes, las acciones espectaculares, como si todas esas cosas, sucesos, personajes y acciones, no tuvieran nada que ver con la realidad inmediata y las necesidades cotidianas de los protagonistas. A pesar de esta exclusión por parte de la Historia que se escribe y se enseña, en realidad lo cotidiano está en el centro del devenir histórico de la humanidad. Las grandes transformaciones que se han sucedido en la historia parten de la cotidianidad y regresan a ella, porque todos los seres humanos viven inmersos, aunque no lo quieran, allí donde se materializan hasta los cambios sociales y culturales más espectaculares (como las revoluciones, las invasiones, las guerras).¹⁴

La búsqueda de esa otra parte de la historia se puede dar a través de la tradición oral, al sostener diálogos con la gente natural, es decir, con gentes de barriada, gentes provincianas, aquellas que no se toman en cuenta en el momento de hacer historia, que, a pesar de haber llenado de héroes y de glorias al pueblo, se ignoran. Fabio Silva apunta que la tradición oral, como parte de la historia, deja ver con amplitud los conocimientos, con lo cual la identidad se forja al reconocerse estos conocimientos como propios; este autor especifica que:

Por eso insistimos en que una reconstrucción histórica que se apoya en tradiciones orales ofrece una mayor extensión y un campo más amplio de conocimientos en lo que a nuestra nacionalidad se refiere. Se ofrece, por ejemplo, una identidad de clase, una identidad de etnia, una identidad de género, de forma de vivir la sexualidad, de barrio, de región, etc.¹⁵

Estas investigaciones históricas, que moran en las tradiciones orales, cuentan sobre un pasado que las generaciones presentes no percibieron y que se puede leer con un sentido de pertenencia por parte no sólo de los estudiantes sino de los habitantes de la comunidad, porque sus padres, vecinos, amigos, abuelos, tíos, estuvieron en la construcción de ese pasado, que es su hoy perdurable en la memoria. Aquí juega nuevamente el papel de la identidad, porque se logra que se compenetren con el pasado de su región, tomen la lucha de su gente como la suya, les sea familiar el dolor, la alegría que causaron los logros o desaciertos en los que fueron protagonistas sus conocidos que, en su cotidianidad, forjaron la historia de su pueblo.

¹⁴ VEGA CANTOR, Renán. *Déjenos Hablar*. Bogotá: Arfo, 1997, p. 27.

¹⁵ SILVA VALLEJO. Op. cit., p. 61.

Al respecto, Juan Cordi expresa:

Esta relación con el propio pasado es colectiva en cuanto su historia es continuamente presente y vivida, escuchada y hecha por la comunidad en todas las manifestaciones de la vida cotidiana que abarcan desde gestos, hábitos, normas, ritos, la música y sus bailes, hasta calles y sus esquinas, sus santos y sus muertos.¹⁶

La memoria colectiva, desde la cual aún se habla, evoca un sinnúmero de acontecimientos importantes, que se recuerdan para tener *presente* la historia de los pueblos; desde ella se comunica, se ponen en circulación los conocimientos de unos y las experiencias de otros, que, al final, cuentan lo que acontece en la vida de todos, un sentimiento colectivo que aflora con la palabra hablada que deja ver la naturalidad, la “atmósfera” de los hechos que en el anonimato hicieron historia, que cuenta cómo se sintieron y se vivieron los sucesos, historia que se recopila en la voz natural y cotidiana que pronuncia el personaje de los grupos populares, voz que no describe estadísticas ni fechas que datan con exactitud lo ocurrido, que los estudiantes deben recitar como algo memorístico que refuerce la capacidad de recordar la lección, sino de recordar con afectividad los hechos que precedieron sus pasos. Con la palabra y el recuerdo cuentan las culturas populares para combatir al tiempo y su devastador compañero: el olvido; estos dos pilares les han permitido mantener presente cómo fue el surgimiento como raza, como pueblo, como región.

Renán Vega Cantor enuncia el valor de la palabra y el recuerdo, desde los cuales se establece la memoria colectiva, al decir:

En las culturas populares (como entre los indígenas, grupos negros, campesinos, ciertos sectores de la clase obrera, migrantes pobres, pobladores urbanos “marginales”, etc.), la palabra sigue siendo la forma básica de comunicación. En ella está inmerso el sentir colectivo, las aspiraciones y frustraciones de las comunidades, sus apreciaciones sobre los sucesos históricos y sobre su propia vida. En las culturas donde el poder de la palabra conserva toda su fuerza y encanto, se puede reconstruir la memoria colectiva, porque lo único que la dominación les ha dejado a los pobres han sido sus sueños y palabras.¹⁷

Con la memoria y la palabra se despiertan los corazones de los pueblos y, con ellos, el devenir de la historia, la que narran los que recorrieron con alpargata el camino, los humildes, los que la sufrieron y, a su vez, la ensalzaron, porque desde esa experiencia forjaron un pueblo; por eso se abre campo a las voces que cuentan, desde su testimonio, los hechos que presenciaron de la historia, porque no está en ningún otro libro, sino en su

¹⁶ CORDI GALAT, Juan. *Recuperación comunitaria de la historia en consulta a la memoria colectiva*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1997, p. 27.

¹⁷ VEGA CANTOR, Op. cit., p. 19.

memoria, en su experiencia, en sus rostros y rastros, que figuran las marcas que han dejado los años.

No sólo se cuentan hechos historiográficos; también, desde el testimonio se habla de las consecuencias que esos hechos dejaron en las vidas de los relatores, de sus familiares o conocidos, porque la problemática del entorno, en el que se desarrollan poco a poco estas vidas, deja ver que no fue ajena, ni es ajena a lo que pasa en la propia historia de los informantes; por eso, esta problemática se profundiza en estos relatos, para lograr afianzar el interés en los habitantes de la región, en los estudiantes, los niños y los jóvenes, no sólo de conocer la otra parte de la historia, sino de aportar al cambio en los procesos sociales de su pueblo. En estos relatos, el pueblo tiene la oportunidad de expresar la realidad de su realidad, para dejar ver la verdadera cara de los hechos que han marcado la historia, que otros han interpretado a su manera para declararla información oficial, ocultar el rostro de la tristeza y sosegar al pueblo a través del poder.

En su libro *Literatura Testimonial*, Theodosiadis dice:

Es probable que la presencia del discurso testimonial en América Latina sea un intento de reescribir la historia desde el punto de vista de los sin voz, de aquellos a quienes se les ha impedido el uso de la palabra para expresar sus vivencias, sus padecimientos, sus luchas, sus derrotas y sus triunfos.¹⁸

Al hacer mención de lo anterior, Gustavo García expone:

El testimonio, entonces, es la (re)presentación “verdadera” de una representación: una meta-representación. El propósito básico de esta praxis es afirmar una alteridad marginalizada ofreciendo la “verdad” y exigiendo el respeto de sus derechos conculcados por los estratos hegemónicos de la sociedad.¹⁹

Entonces, el testimonio se convierte en el vocero de la voz popular; aunque en su inicio se lo haya denominado producciones marginales, llega a tener verdadera importancia en el campo de la literatura y pone en evidencia la palabra quejumbrosa que desnuda el rostro del dolor, que calladamente han padecido los pueblos.

¹⁸ THEODOSIADIS, Francisco. *Literatura testimonial*. Bogotá: Magisterio, 1996, p. 19.

¹⁹ GARCÍA, Gustavo V. *La literatura testimonial latinoamericana*. Madrid: Pliegos, 2003, p. 50.

Francisco Theodosiadis afirma que el testimonio es el portavoz del pueblo y el medio que presta oído a los acontecimientos que padecen de olvidos, para liberarlos de la indiferencia, al decir:

Estos vienen a ser una manera de expresión de los sectores sojuzgados, sectores sometidos, que no tienen acceso a una manifestación expresiva que deje ver su situación. Es, entonces, en un ambiente conflictivo y de una constante lucha que se producen gran cantidad de testimonios. De esta manera, el testimonio se convierte en la expresión de un sentimiento popular que ha sido acallado, cubierto por las informaciones oficiales.²⁰

Las experiencias de personas que sufrieron un acontecimiento que se quedó en silencio, y soporta la sordera de los demás, de los que dan la espalda a realidades crueles, a acciones que se quedaron impunes, pero que no por eso la memoria popular olvida, también encuentran en el testimonio un espacio para manifestar su situación y, al hacer un recuento de lo ocurrido y testificar con su memoria, con su presencia, con su voz, o con su escritura, extienden el conocimiento de algo experimentado de modo singular para hacerlo una experiencia plural, algo colectivo, que concientizará a las nuevas descendencias de un pueblo esclavo de la violencia, para que la realidad que se vivió y se vive no se siga repitiendo, que actúe y cree una sociedad con estructuras más justas.

Al respecto, Francisco Theodosiadis dice:

El testimonio nace de la urgencia de dejar constancia de ciertos acontecimientos; es una manifestación de emergencia para denunciar un hecho que se considera injusto; es, retomando las palabras de René Jara, *una forma de lucha*, y tiene una proyección hacia el futuro; por su carácter didáctico, de denuncia, más que estético, pretende enseñar unas experiencias para que en el futuro dichos acontecimientos no se repitan, o, por lo menos, que la inmediatez y urgencia de su testimonio impidan que se continúen cometiendo si aún persisten.²¹

Para completar la cita anterior, se alude a la afirmación que hace Gustavo García con respecto al testimonio y su intención transformadora del mañana:

El discurso del testimonio “narra” las experiencias de un sujeto subalterno con el propósito de denunciar y transformar un pasado-presente de marginalidad y explotación para que éste no se repita y/o cambie.²²

²⁰ THEODOSIADIS, Op. cit., p. 18.

²¹ THEODOSIADIS, Op. cit., p. 66.

²² GARCÍA, Op. cit., p. 12.

En los testimonios se desnuda la vida para transformar la muerte, se descubre una historia para generar cambios, no se exponen sufrimientos para provocar lástima, sino para incitar pensamientos más justos en las conciencias de las personas, ya sean dirigentes, estudiantes o miembros de una comunidad que continuamente escriben la historia de su región, historia que no pronuncie los mismos hechos que provocaron muertes, destierros e iniquidades. El hacerse oír por medio del testimonio no es para relatar experiencias, sino para dejar ver el ser humano que se expresa, no porque es un contador de historias, sino porque es el protagonista de los hechos que marcaron la vida de los pueblos en conflicto, que quiere, con su relato, tener en cuenta a los otros, al próximo, el que le continúa el paso, que pueda encontrar, en su camino hacia el futuro, un mejor mañana y no se tropiece con la misma historia cuando sea tiempo de amanecer a un nuevo día.

Sobre esto, Gustavo García señala:

... Pero la escritura del testimonio, por su contenido ideológico, no pretende divertir, ni deleitar, ya que los autores no narran ni escriben por “gusto”, sino como un acto de compromiso con los sectores a quienes (re)presentan y, sobre todo, para concientizar y comprometer a los lectores con postulados de justicia social. Este objetivo se inscribe en una de las fundamentaciones teóricas de los derechos humanos que afirman la necesidad del diálogo y el reconocimiento de “mínimos morales” en una sociedad pluralista.²³

Es importante recalcar que los testimonios que se enuncian en primera persona tienen un aspecto socializante y colectivizante, porque su intención expresiva apunta no solo a desahogar un sentimiento, sino que pone en evidencia la experiencia propia, para que sirva de representante de aquellos que han experimentado las mismas acciones, pero que no tienen la oportunidad de que los escuchen y, desde el mismo momento en que su voz enuncia los más duros momentos de su existencia, ya es eco de esos silencios y testimonia los acontecimientos que han afectado a un colectivo.

Al hablar sobre el aspecto socializante que transmiten los testimonios, Francisco Theodosiadis escribe:

Así el discurso testimonial muestra un proceso de concientización social que sirve además como portavoz de un colectivo humano deseoso de dar a conocer su visión y versión de los acontecimientos que se narran o viven. Centraliza en sí un querer colectivo. En este sentido, Miguel Barnet afirma: Debe contribuir a articular la memoria colectiva, el nosotros y no el yo.²⁴

²³ GARCÍA, Op. cit., p. 23.

²⁴ THEODOSIADIS, Op. cit., p. 26.

De este modo el factor socializante que se encuentra en el testimonio pone de manifiesto la problemática de una comunidad, por medio del relato que hace una persona, y evidencia los conflictos que viven y padecen los demás habitantes, para dejar ver, de esta manera, una realidad comunal a partir de lo que se ha experimentado individualmente; el dolor se socializa y es mutuo el desaliento que deja el soplo de muerte, tanto que la lágrima de uno es el llanto de todos y convertirse, en estas circunstancias, en narradores de una misma historia, donde lo único que la diferencia es el nombre de las víctimas. Ese factor socializante, además, concientiza, pues, a través de la interpretación de una situación personal, se puede hacer un llamado a tener en cuenta el problema que está destruyendo la integridad de los seres humanos, que se encuentran en medio del conflicto social que rodea su contexto, con lo cual los personajes-víctimas, al difundir sus experiencias, reclaman un reconocimiento de la problemática colectiva que viven.

Se puede evidenciar este carácter colectivo, socializante y de concientización, en uno de los apartes que escribe Francisco Theodosiadis, en que dice:

En los discursos testimoniales los acontecimientos tienen como sujeto de la enunciación a una primera persona, un yo identificado con nombre propio que se atribuye la responsabilidad de la enunciación, utiliza su experiencia sobre los acontecimientos para dar su testimonio. Dicho testimonio tiene un carácter colectivizante, puesto que lo que se narra no son tan sólo los hechos de vida como producto o conciencia individual de la instancia enunciativa (elemento más presente en la crónica o en la autobiografía), sino que se testimonia sobre acontecimientos de un real histórico que afecta de una u otra forma a un colectivo. Son hechos en los cuales se participó de forma activa o pasiva, (haciendo unos actos, o siendo sujeto pasivo de los mismos presenciándolos o padeciéndolos), junto con una colectividad, la cual se enmarca en un proceso de concientización de una determinada situación...²⁵

A continuación, Gustavo García, quien corrobora lo anteriormente citado, califica al testimonio como arma pacífica de lucha, que redime de una u otra manera los daños sufridos por los relatores, al escribir:

La denuncia individual funciona como arma defensiva de “toda” una colectividad perseguida; y, a nivel privado, como recuperación de daños psicológicos ocasionados al individuo por la violencia perpetrada en su contra y/o por el asesinato de sus semejantes. El testimonio, entonces, “revive” a los muertos y justifica, al ser transmitido, la vida del testigo superviviente.²⁶

Esa denuncia, esa defensa que evoca uno, en nombre de los demás, se da a través de un diálogo que confronta al compilador con un sentimiento fraternal que nace en una charla,

²⁵ THEODOSIADIS, Op. cit., p. 25.

²⁶ GARCÍA, Op. cit., p. 25.

en una conversación con un ser real, con un personaje real, que afecta a quien transcribe dolores, porque se convierte en confidente de sus penas, siente como él, llora su dolor y trasgrede la palabra de ese ser individual para conjugarla y presentarla en una historia contada a dos voces, dos sentimientos, que se comprometen con un pueblo y no sólo con una historia personal.

En este sentido, Francisco Theodosiadis puntualiza:

El mediador busca penetrar, compenetrarse con el discurso del testigo, de su situación para así identificarse con su voz de denuncia. Para lograrlo recurre a una relación que va más allá de la labor compiladora, en la cual se establecen lazos de afectividad y mutua dependencia tanto de parte del mediador como del testigo.²⁷

En el testimonio también se registra la palabra hablada, por lo cual hay grandes rasgos de oralidad; al menos en este trabajo, la recopilación se hace a través de la oralidad, pues la fuente de información, como se mencionó anteriormente, es una persona, que tiene tras de sí una experiencia vital que brota en sus palabras, y no un libro o escrito.

Francisco Theodosiadis, en su libro *Literatura testimonial*, apunta:

Al referirnos a un testimonio necesariamente establecemos la relación con un testigo y éste, al dar a conocer su versión, indispensablemente debe recurrir a la oralidad; por consiguiente la oralidad se encuentra siempre vinculada al discurso testimonial. Las representaciones de habla popular, sus expresiones orales, mantienen una íntima relación con el testimonio.²⁸

Además, cita a Víctor Casaus, que le atribuye al testimonio un valor notable de oralidad, al decir:

Pero el testimonio, que tiene entre sus rasgos fundamentales la investigación directa en las fuentes vivas, ha rescatado y conservado en sus textos esa forma constante renovada de la imaginación popular, que es su expresión oral, donde se pone de manifiesto de manera evidente y maravillosa nuestra forma de ser y de sentir como grupo humano concreto, como pueblo, como nación.²⁹

²⁷ THEODOSIADIS, Op. cit., p. 36.

²⁸ Ibid., p. 49.

²⁹ Ibid., p. 49.

Así, lo oral sigue floreciendo bajo el sentimiento popular, confiesa sus silencios, sus luchas, sus cosmovisiones, los cuales se revelan en este trabajo, para que el estudiante, el niño, el joven, y todos los habitantes de una comunidad, puedan representar de una manera más humana los conflictos de su pueblo, región, puedan sentir lo que siente el oprimido, el huérfano, el pobre, la viuda, el desplazado, el dolor de una madre que fue despojada de su hijo; incluyan al otro, conozcan su manera de sentir y pensar el mundo, aprendan de sus experiencias, que nutrirían un saber que no se encuentra en la academia, entren empáticamente en la vida del otro y se sumen a una conversación viviente.

Fernando Savater, en este sentido, apunta:

Los que no sienten dolor pueden imaginar a los que sufren, los que están en el centro pueden imaginar lo que está en los bordes, el fuerte puede imaginar cómo es ser débil.³⁰

Además, con estos relatos, los diversos individuos pueden llegar a conocer experiencias personales, ricas en enseñanzas para la vida, que difícilmente se captan en los libros y textos escolares, donde la educación servirá como una acción social, al introducirlos a realidades que se viven en su entorno y, mediante esto, sensibilizarlos y que reflexionen sobre las problemáticas, desarrollen una actitud crítica, no conformista o permisiva, sobre acciones de las que, en el mañana, cada uno o sus familias pueden ser víctimas.

Se ha visto de real importancia que lo que los habitantes de una región han vivido, ya sean hechos históricos, experiencias personales, que no se alejan de la realidad que vive una región, y los conocimientos culturales, valores y costumbres, sirvan de aporte, no sólo para la educación, sino para todos los habitantes de una comunidad, porque estos relatos, no sólo se trasladan de generación en generación, sino que transmiten una enseñanza sobre la historia, desde el testimonio, contribuyen con experiencias de vida y, otros, como son los relatos tradicionales, logran apropiarse las costumbres y los valores, que construyen la identidad cultural de los pueblos.

1.3 RELATOS TRADICIONALES

Toda una memoria cultural se basa en las tradiciones, registra vínculos entre la memoria de los pueblos y su pasado, lo cual crea identidad en las comunidades, se consolidan costumbres, creencias; esa identidad transmitida ayuda a las personas a conservar y a aceptar como suya la cultura que se ha ido tejiendo en el crecimiento de su región; además, al hacerlas partícipes de esa otra realidad que invita a la imaginación, se las está incorporando

³⁰ SAVATER, Fernando. *La infancia recuperada*. Madrid: Taurus, 1983, p. 74.

a una sabiduría transmitida oralmente, que pueden comprender y pueden hacer suya, para posibilitar que, en la familia, la escuela o el colegio, se construya su identidad y logren ubicarse en su cultura.

Es muy extensa la gama de relatos tradicionales, son muchos los temas que se albergaron alrededor del fuego en las noches de grandes patriarcas que, con sus años de experiencias, sabían cómo manejar la oscuridad entre las montañas, los conjuros contra los espantos que se escondían en las chorreras, en las huecadas, en espera de algún borracho, algún mujeriego que incumplía las leyes divinas y salía tras su víctima; para cobrarle las malas andanzas, las voces de ultratumba se extendían en el aullido de los perros callejeros, testigos de los espantos que se mecían en las noches serenas y asustaban al hijo desobediente, fantasías tejidas en las mentes de esta gente, relatos de animales, relatos maravillosos, relatos relacionados con refranes, relatos de ánimas, de fiestas patronales, otros que hablan de la medicina del hierbatero, de las comadronas, otros de adivinanzas, de coplas, que son, como lo dice Roberto Mora Benavides, “el sostén de las fiestas”, historias que vivieron los hombres simples, campechanas experiencias que ilustran grandes descendencias de las que hoy se es el legado.

De la extensa gama de estos relatos, en este Trabajo de Grado se escogieron las historias que hablan de la fantasía que encierran las leyendas del duende, la vieja del monte, el guando, las lagunas encantadas, la viuda, la Pata Sola, los espantos y otros personajes muy particulares y propios de la región, como el Pite de Palo, el Platuchaque, que recorren las cordilleras palmareñas entre la neblina de la noche.

Al narrar historias del duende, la vieja del monte, el guando, las lagunas encantadas, las brujas, los espantos, se cultiva la fantasía de niños y jóvenes, se los acerca a mundos extraños, a encantamientos que los hacen soñar con lugares mágicos, donde pueden sentir la libertad, al permitirles re-crear su mundo real y concreto. Los relatos que contaban los abuelos, para mantener quietos a los niños en las noches, advertían sobre los peligros de la oscuridad, con los que no solo sosegaban sus travesuras, sino que cultivaban grandes valores, que serían los patrones de comportamiento, que aprovecharían desde su infancia hasta su adultez, y siguen siendo ahora una herramienta pedagógica, pues estas historias, en la actualidad, pueden seguir instruyendo, encantando y entreteniendo a esta juventud, que se distrae con todo lo que ofrece hoy por hoy el avance tecnológico. Ana Pelegrin dice, en su libro *La aventura de oír*:

Relatos de las ánimas, del duende, de las brujas, de entierros, huacas, premios, ayudas y castigos sobrenaturales, tienen ya un sitio en la memoria colectiva, en el oído de la gente,

que no por ser temas comunes pierden capacidad de entretenimiento y mantienen la fe en un mundo superior y extraño.³¹

Estos relatos, como una herramienta de aprendizaje de valores en la sociedad, la familia o el aula, unen a las generaciones nuevamente al oído y a la palabra viva, que se mantiene en la conversa de la comunidad, del común que anuncia saberes experiencias encontrados en la memoria y la vida, donde se recupera la comunicación-diálogo a través del relato popular que nutre la imaginación de niños y jóvenes con fantásticas historias, que han permanecido en la memoria y en la imaginación de los de antes, para perpetuarse en el oído de los de ahora, que constatan la fiel invitación a seguir contando historias, con las que vuela la imaginación hacia mundos extraños que hacen temblar el alma con su encantamiento.

En este sentido, Egan Kieran complementa:

La invitación a imaginar algo forma parte inseparablemente del acto de contar una historia.³²

Al tener en cuenta que los relatos populares encierran una interpretación del mundo, un significado de la cultura, de las creencias, que con ellos se comprenden los problemas básicos encerrados en cada ser que pertenece a una comunidad, se pensaría que nada de lo que en ellos se cuenta es sencillo y sobrante, tiene un gran valor, el valor de educar, de enseñar, de dar a conocer lo que se construye en los pueblos y cómo, con el pasar de los años, eso, que nació y se forjó en el corazón del pueblo, se ha mantenido o se ha ido transformando, para consolidarse en lo que hoy por hoy es ya un hecho, una realidad, una historia, una cultura.

Así lo advierte Antonio Rodríguez Almodóvar cuando dice:

Como un primer desarrollo de lo expuesto, puede decirse que nada de lo que ocurre en un cuento popular es gratuito o superfluo. Contra lo que pueda parecer, todo en él tiene un sentido, más o menos oculto, más o menos evolucionado o a partir de antiguas creencias, ritos, costumbres, a través de los cuales la humanidad se ha forjado a sí misma, dejando en la tradición oral el testimonio de un camino quizás demasiado largo para lo poco que estimamos. Un camino cultural de extraordinarias posibilidades que quedó truncado con la era industrial.³³

³¹ PELEGRIN, Op. cit., p. 46.

³² KIERAN, Op. cit., p. 09.

³³ RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, Antonio. *El Texto Infinito*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2004, p. 25.

Estos relatos, que circulan entre los niños y jóvenes, van formando en ellos un pensamiento, les otorgan la capacidad de recordar, de hacer memoria de lo que le aconteció al lugar donde habitan, su hábitat, que puede estar en vía de extinción si no se les enseña la importancia de su cultura, de su historia, de las tramas que otorgan una imaginación ensoñadora, al hablar de la fantasía que trascendía en las tertulias que se hacían en los patios o junto al fogón de las casas de los abuelos.

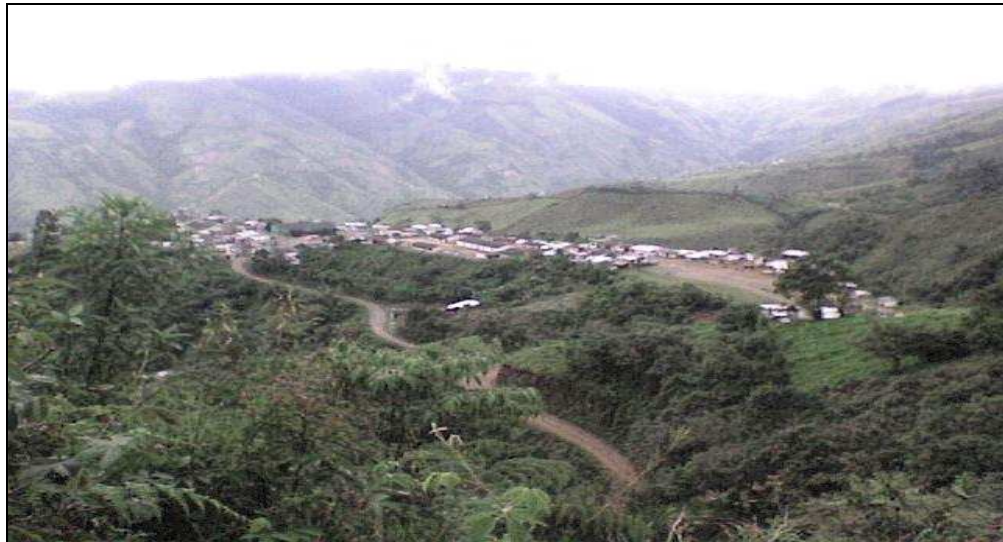
Esta es la parte mágica de este trabajo que, después de haber meditado sobre la cruel realidad de un pueblo, retoma los momentos que configuraron un universo lleno de extraordinarias aventuras que, entre el miedo y al borde de la locura, cimentaron en estas gentes una enseñanza y un respeto, que se fue perdiendo cuando se dijo que eran cosas ilusas albergadas en seres idealistas; pero que, no por esto, se han dejado de escuchar las voces de la tradición oral, de los relatos, que llevan un sonido nómada en su repicar, que se trasladan y hacen eco en muchos oídos, hacen hogar en la memoria de unos y esos unos los transmiten a otros, y así, en ese ir y venir, se construye la vida de un pueblo, y el pasado hablará en el presente, y el presente se trasladará al pasado, y entre tiempos viejos y nuevos se presiente el futuro, quizás mejor, quizás más humano, o quizás simplemente sólo un mañana.

2. LA VOZ CUENTA

La voz popular, que cuenta en los corazones de los pueblos, puede seguir contando y encantando en la educación, en los niños, jóvenes, estudiantes, y en todos aquellos que reconozcan que estas voces que cuentan y encantan, y construyen un modelo de interpretación del mundo, merecen espacios más amplios, para que su riqueza no se pierda, al ser tomados como temas triviales, cuando en ellos se cimentan los verdaderos lazos de identidad de una raza.

La voz que contaba en las tertulias campesinas no sólo era un espacio de encuentro con la palabra de los mayores, sino de comunicación de las luchas, la historia y las expresiones culturales de los pueblos; por eso, esta voz se traslada desde los relatos populares a las instituciones educativas, a las gentes de la comunidad, y a la juventud en general, para que, desde ellos, se conozca sobre el pasado, las tradiciones, las leyendas, las costumbres, los valores, los conflictos y problemáticas que, sin duda alguna, al escucharlas, ese estudiante, ese niño, joven y campesino, se sensibiliza, porque se pone en contacto con su región, torna más humanas sus acciones y más reflexiva la manera de ver su pueblo.

2.1 EL PALMAR



Gráfica 1. Vista de El Palmar

El Palmar, terruño vestido de verdes cordilleras; en sus montañas un día acunó a los primeros pobladores que, empuñando en sus corazones el sueño de conformarse como pueblo, abrieron caminos en la espesa selva de estas vírgenes tierras y encontraron la maravilla de la vida silvestre; la fauna, la flora, que germinaban en el día y la noche, en la soledad y el silencio, que guarda la madre tierra cuando no la ven los hombres, el viento, el sol, la luna, la lluvia, que fertilizaron a sus paisajes por muchos años, recibieron a los caminantes que dejaron sobre su suelo el sudor de su trabajo; manos laboriosas que labraron con hacha y machete un lugar, un pueblo, en el que hoy fecunda la vida. De estos caminantes sobrevive el recuerdo perdurable, que se conserva en la memoria de su descendencia, que ha crecido con el correr de los años y, a fuerza de empuje, conforma hoy un hermoso corregimiento, que se encuentra ubicado en el nor-occidente del Municipio de Leiva y del Departamento de Nariño.

La incesante lucha de sus fundadores por conformar un territorio, y la continuación de esa labor, han hecho de El Palmar una región próspera que, con el tiempo, ha ido albergando a más de 500 habitantes, que han buscado en sus alrededores nuevas moradas y, así, de vereda en vereda, han abierto caminos, para hacer de estas tierras un hogar, un refugio en el que se conforma el deseo de seguir creciendo como pueblo.

Con el tiempo, sus gentes fueron consolidando los valores y costumbres, que se han arraigado en sus almas, expresan su cultura en las fiestas, en los carnavales de cabalgatas y reinas, en las verbenas, en los diciembres de novenas y taita puros, en su gastronomía, que conserva los platos tradicionales que desguataron los paladares de las abuelas, al saborear la papa china con maní; la rica batata, que solían servir con leche; el maní fresco que, en tiempos de cosecha, se lo cocinaba en ollas cuarenta, y se lo servía a los trabajadores, amigos y familiares, en grandes platos, con agua de panela o café; y el plato principal: el sancocho con gallina criolla, que acompañaba los paseos al Río Patía o a La Playa, cuando amigos y familiares hacían largas caminatas y, entre chapuzones y juegos, se consolidaban los sentimientos; los deliciosos envueltos de choclo con guiso de fríjol, y las grandes cacerías de animales, eran otros de los deleites de los palmareños; entre los animales favoritos estaban el armadillo, la guagua, el venado y la pesca, que se hacía en el Río San Pablo y en el Río Verde. Están también los dulces tradicionales, que se preparaban en la hornilla de tabla y tierra; ahí, hacían los cabezas de negro, los envueltos de yuca, el dulce de leche y el delicioso alfeñique con maní que, en atardeceres de olor a caña, se disfrutaban en la ramada, después de las moliendas.

Sus hombres y mujeres fueron formando una economía bastante fructífera, que se basaba en actividades agrarias, como la siembra de fríjol, yuca, plátano, caña de azúcar, café, entre otros cultivos, y un pequeño porcentaje de la población se dedicaba a la ganadería. Pero, lamentablemente, después de un largo tiempo de estar conformado el pueblo, en estas tierras empieza el cultivo de la coca; su comercialización, tanto en hoja como en pasta, inicia desde las zonas apartadas de la región y llega, poco a poco, a venderse desde el

propio poblado de El Palmar. Por este y otros motivos, a esta región la ha afectado la violencia, por lo que su historia se ha visto sumergida en esta problemática.

Gentes alegres y hospitalarias que, con sus voces populares, incluyen en sus palabras la tierra que las vio nacer; para contar en los relatos su historia, acuden a sus más pequeños recuerdos y a sus más grandes remembranzas, para donarlas a toda la comunidad de El Palmar, y así, que sus habitantes se acerquen un poco más a sus raíces, tomen de su pasado lo bueno y lo mejoren, y lo malo lo conviertan en acciones indignas de imitar, por las nuevas descendencias.

De este pueblo se han recopilado relatos historiográficos y testimoniales y relatos tradicionales; en la historiografía y lo testimonial, se hace estancia en diversas épocas, representadas con el lenguaje natural de sus pobladores, donde se evoca cómo fue la llegada de sus fundadores, las labores que practicaban en tiempos pasados y recientes, el conflicto que, con la llegada de los grupos subversivos, se vivió y las huellas de dolor que fueron dejando en sus habitantes la violencia, el narcotráfico y el vandalismo; en estos relatos, se enmarca la problemática social que cada informante ha enfrentado de diferentes maneras, pero que, en una sola voz popular, hace unánime el sufrimiento, que como pueblo vivieron.

En estas narraciones, los hombres y mujeres, madres, huérfanos, viudas, maestros y campesinos, hablaron desde la convicción de que es importante contar sus experiencias y compartirlas con su comunidad, y con todos aquellos que se encuentren interesados en escuchar su dolor, para que, lo que ha ocurrido en el pasado y en el presente, sirva para que los jóvenes, los maestros, los campesinos, se atrevan a imaginar un futuro mejor. Muchos de los narradores se identificaron con nombre propio; otros, por seguridad, conservaron sus nombres en el anonimato.

A esta comunidad, no solo la guerra, y sus consecuencias, los han marcado; en medio de esto, han surgido la tradición, la cultura, los valores, las creencias, que identifican a sus gentes y que las hacen sentirse orgullosas de ser palmareñas; por eso, los relatos relacionados con las leyendas tradicionales del pueblo dejan ver los personajes, como: el guando, la viuda, la Pata Sola, el Platuchaque, el Pite de Palo, entre muchos otros espantos, que vivieron y aún vienen en la oscuridad de estas cordilleras. En ellos, la palabra fluye oralmente y trasmite, de generación en generación, el significado que le han otorgado a estos personajes los abuelos, al convertir a la palabra en trasmisora de creencias.

Mostrar estos relatos es dar la oportunidad de abrir nuevos espacios a la palabra que se ha quedado en soledad, para, en colectividad, vivirla, escucharla, sentirla y que sirva de enlace entre los miembros de esta comunidad y su cultura, pues en los relatos populares se

fomenta el interés por la historia, las tradiciones de las regiones, en ellos se reconoce la importancia de la invitación no sólo a conocer el mundo, sino de saber qué lugar se ocupa en él; pues los relatos, ya sean historiográficos, de la experiencia actual o de imaginación, convocan a considerar lo que se es, cuáles son las esperanzas, quién se es y qué se anhela, lo que permite hacerse amigos de otras mentes y conformar así círculos de inclusión cada vez mayores.

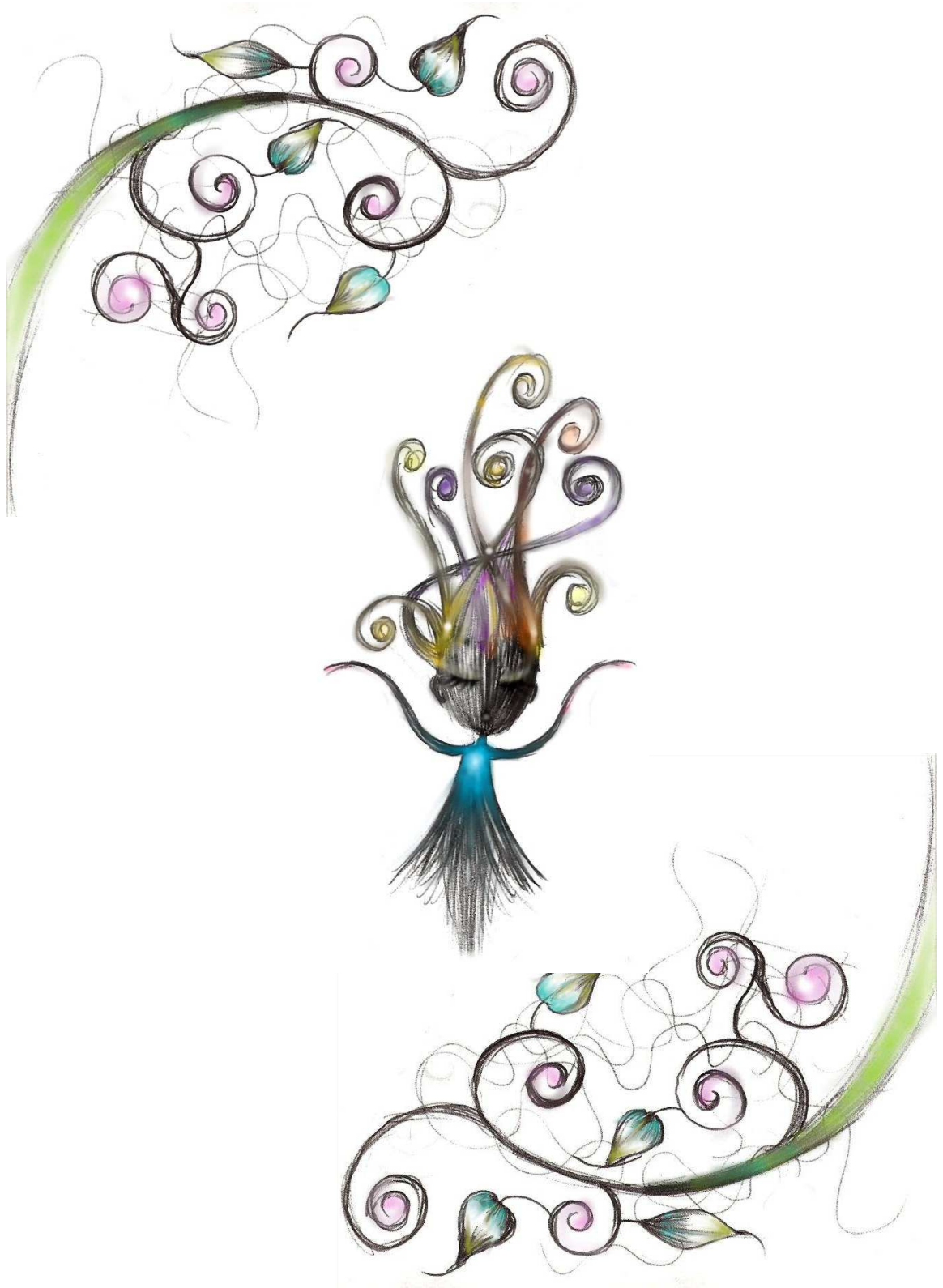
2.2 RELATOS HISTORIOGRÁFICOS Y TESTIMONIALES

La historiografía y el testimonio evocan, desde el relato, hechos históricos que se registraron en la memoria de los hombres, para buscar entender qué enseña la historia de los pueblos y las experiencias de las personas que, en su testimonio, ponen al descubierto las secuelas de aquellos sucesos.

En todos los pueblos, los acontecimientos ocurridos dejan huellas que afectan a sus gentes de diferentes maneras; estas marcas hablan de lo que en la historia oficial no se encuentra, porque son afectaciones que sólo están en cada una de las vidas de las personas que vivieron sometidas a las opresiones de los dueños del poder y a las que jamás las escucharon o tomaron en cuenta en el momento de construir las versiones, de la que hoy es una historia contada a medias.

En estos relatos se encuentra la construcción de los primeros ranchos, los materiales que en su elaboración se utilizaron, los trabajos que realizaban los pobladores de aquellos tiempos, la lucha que tuvieron que librar para poder tener una carretera que los comunicara con el resto del Departamento de Nariño; sus fiestas, su santo patrón, entre muchos más relatos, que plasman los rastros de un pueblo que siempre se ha mantenido en pie de lucha. El corregimiento de El Palmar es uno de esos tantos pueblos que fueron afectados por el silenciamiento; por eso, desde las expresiones naturales de sus gentes, también se pone al descubierto su vida, al abordar temas como: el inicio de la violencia, la llegada de la guerrilla y los paramilitares, atraídos por el cultivo de la coca, y, con esto, la inclusión de jóvenes y estudiantes en la guerra y el narcotráfico; muertes, masacres, que sacrificaron la vida de personas inocentes, que nunca decidieron estar envueltos en una guerra absurda, como la que se libró en estas tierras, durante casi veinte años.

2.2.1 El Palmar, un pueblo que surge desde los ranchos de palma; en el progreso, al comenzar a vivir conoce la muerte. Estos relatos refrescan la memoria de un pueblo, que edificó un sueño que se fue transformando de generación en generación; tiempos que pertenecen a los ranchos de palma, refugios solemnes de los primeros pobladores; tiempos de fusiles y contiendas, de rudimentarios y duros trabajos, que fueron el sustento del comercio de aquellos días.



Gráfica 2. Añoranzas

Doña Alejandrina Castro, oriunda de El Palmar, mujer de 80 años, con una memoria envidiable; alegre, cordial y hospitalaria, abre las puertas de su casa y, en una conversación, deja al descubierto también su alma. Su creatividad e imaginación brota a flor de piel en las canciones que le ha creado a su pueblito, como ella le dice, a su querido El Palmar, que orgullosamente ayudó a fundar su padre, que se llamaba Pedro Castro, y que, en honor a él y a sus paisanos, ella accede a contar cómo fue El Palmar en otros tiempos, que empieza con ranchitos de palma, con caminos desquebrajados en medio de la espesa selva.



Gráfica 3. Ranchito de palma

Su voz narra ese inicio, recuerda nuevamente los tiempos de infancia y, encarnado en la abuela que entretenía a los nietos, en las noches de insomnio, evoca las palabras mágicas al decir:

Le voy a contar cómo era este pueblo cuando mi papá, que se llamaba Pedro Castro, llegó a fundarlo con otras familias que venían de diferentes pueblos a buscar futuro a estas tierras, porque les habían dicho que eran muy productivas. Él me contaba que cuando llegó se encontró con la viva selva, que era una región muy montañosa, y que poco a poco fue derrumbando la montaña pa' poder sembrar algunas maticas, y es así como en principio esto fue una gran finca donde habían también potreros, se le ocurrió después que había que hacer un pueblito, y, como en toda la finca había palmicho, mi papá le puso El Palmar.

Como se había determinado hacer el pueblo, mi papá llamó más personas que vivían en el Río San Pablo, tumbaron la palma, quemaron el monte y la gente siguió haciendo ranchitos de palma; mi papá, a pesar de que tenía su finca más abajo, dijo que había que hacer un rancho pa' que eso siguiera adelante; después llegó don Nicanor Araújo, él venía de La Sierra, un pueblo que queda en El Rosario, él también hizo un ranchito; después llegó don Pedro Guzmán de La Unión, él decía que venía al baldío porque acá había harta tierra pa' trabajar, también hizo un rancho don Carlos Ortiz y don Zacarías Noguera, y así fueron llegando más personas de otras partes y tumbaron más montaña, trocharon árboles pa' sacar astilla grande pa' los techos de las casas, porque los que estaban haciendo de hoja de palma duraban sólo unos tres meses y tocaba otra vez cortar hoja y volver a techar; entonces, la gente usaba mejor astillas y hoja de caña pa' que el techo resista más tiempo; y así nos fuimos organizando; después nos reunimos y decidimos sacar el agua en canales de una quebrada que quedaba cerca del pueblo a una pila, que la pusimos en la plaza. Ya después, con el tiempo, las casitas las hicieron de tapia, y el material se lo traía de Leiva; así fueron llegando más y más personas y fue creciendo El Palmar.

Mi papá me trajo pequeña a estas tierras; ya, con el tiempo, fui creciendo y de esos años de infancia me acuerdo que el pueblo fue quemado dos veces; no se sabía cómo era que se prendían esas casas, de dónde sería eso, no se sabía si era una persona mal intencionada, o qué pasaba; esos incendios fueron en agosto; como los techos eran de hoja de caña y astilla, se formaban unas llamaradas muy grandes, y como los vientos de agosto eran duros arrastraban las llamas y todas las casas se quemaban, tocaba otra vez acomodar, pero la gente no se fue, seguían trabajando, eso tiene la gente de este pueblo, desde los de antes hasta los de ahora; nos pasaban cosas duras, pero se luchaba.*

Va surgiendo un pueblo, ¿cómo era?, ¿en qué se trabajaba?, los tiempos cambian y por eso se necesita saber el pasado para entender el presente; las casas de bahareque, con techos de hoja de caña, eran las construcciones modernas de aquellos tiempos, construcciones que en algún rincón del pueblo aún prevalecen, con sus puertas cerradas porque “ya nadie vive en ellas”, viejas, abandonadas; lo que fue moderno en unos años para unos, es hoy, para otros, una antigüedad que supera el tiempo, paredes de barro que añoran pasados.

En estas épocas, los materiales han cambiado, porque son diferentes las necesidades de la gente; así se avanza; así, poco a poco, se conoce el progreso. Cuando en los habitantes de una comunidad crecen las ansias de ver distinta su región, entonces surge un cambio. Pero así como cambian las cosas, también cambian los sueños, los deseos, los pensamientos de

* Alejandrina, Castro, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva-Nariño.

una comunidad y, como para ellos, en un inicio su primera necesidad fue identificarse como pueblo al que le dieron un nombre: “El Palmar”, con el paso de los años fueron surgiendo otras necesidades; así, las carreteras se formaron, llegó la luz, hubo acueductos, se edificaron mejores casas, con el esfuerzo y la constante lucha de una gente que quiso tener un pueblo, en el que hoy se vive.

Pero no sólo hay ansias de ver surgir estructuralmente la región; se puede ver cómo se piensa en la parte formativa de sus habitantes, cuando, en los corazones de los primeros palmareños, surge la idea de construir una escuela, la educación quiere también surgir y la idea brota en los pensamientos populares de la gente de hacha y machete, de aquellos “iletrados” que no tuvieron la oportunidad de recibir una mayor educación, pero que no por eso dejaron a sus niños y jóvenes sin escuela, que descubrieron que un pueblo sin educación es un pueblo que no progresa, que no se supera.

Esa importancia de crear espacios educativos, de generar mejores oportunidades, se puede vislumbrar en lo que Alejandrina Castro comenta, al relatar cómo surgió la primera escuela.

Después ya tuvimos escuelita, pensamos en nuestros hijos y lo importante que era que aprendieran algo diferente a labrar la tierra, y, pues, porque además habían muchas malas mañas en esos tiempos y no se quería que la juventud se pierda; nos pusimos en esa tarea, la construimos con la ayuda de todos los del pueblo; quedaba donde es el colegio ahora; la hicieron primero de paja y después de madera; la primera profesora venía de Pasto, ella se llamaba Mercedes Delgado, el papá llamaba Lucas Delgado y la mamá Martina Bolaños. En ese tiempo, mi papá hizo una casa de bahareque con astillas de guadua y barro pisado, la cerró bien y le dijo a la profesora que viviera ahí; vivió ella con sus papás un tiempo, después tumbaron esa casa y, como el papá de la profesora había sido tapiador, hizo las tapias y construyó una casa grande y más bonita para mi papá. Ella luego se fue y llegaron otras profesoras: la una se llamaba Luz Estela y la otra Angélica.

Luego, la gente decía que si ya teníamos escuela debíamos hacer una iglesia, se necesitaba mucho pa’ los bautizos de los niños, la misa de los difuntos, la protección del pueblo y pa’ que no se perdiera la fe. Pa’ esa vez vino el sacerdote Alfonso Prado de La Unión, Nariño, a ayudar a edificar la primera iglesia y se hizo de tapia; los hermanos Marroquines ayudaron a hacer la tapia; uno se llamaba Juan y el otro Miguel, ellos la trabajaron. Como a mí y a doña Guillermina nos gustaba trabajar pa’ las iglesias, sabíamos hacer mingas los viernes pa’ recoger plata, y con esos fondos poder terminar la iglesia; la Junta Comunal también ayudaba mucho.

Después de hecha la iglesia, se nombró como santo patrón a San Isidro, patrón de los agricultores, y desde ese tiempo se le celebra la fiesta cada 16 de julio, en la que se saca a vender animalitos y lo que el campesino sembrara en su finca; unos llevaban yuca, plátano, arracacha, y otros frutas, piñas, naranjas, y todo lo que se reunía en esa venta era diezmo y ofrenda pa’ San Isidro; con eso él nos cuidaba los sembraos. Después llegó el padre Fridolin Hoin de Suiza, él fue el primero que llegó a establecerse por mucho tiempo y se estuvo cuatro años; después vino el sacerdote Antonio Bucher, él nos regaló la casa

cural, puso toda la plata, no le pidió nada al pueblo, y también nos regaló el lote pa'l cementerio, se lo compró a la finada Sara Ortiz. Después vino el cura José Chonovenguer; vinieron con él mucha gente de Suiza, sacaron fotos a los árboles, decían que eran muy lindos, que donde ellos vivían no habían árboles tan lindos.

En el alma palmareña, quizás surgieron los vestigios que el pueblo nariñense dejó en sus pasos hacia la independencia, que prosperó con la ideología religiosa, que empuñó las banderas de la libertad con la bendición de nuestra gobernadora: la Virgen de las Mercedes, la Michita, como muchos de los abuelos le decían, y que libró a los pastusos en numerosas batallas. Esos rastros de fervor religioso se ven reflejados en los deseos de construir una iglesia católica (se enfatiza en iglesia católica, porque era la única representación, en esos tiempos, de Dios. Hoy en día, en este pueblo existen varias iglesias diferentes a la católica, entre ellas, la Nueva Alianza y la de Pentecostés); así, los habitantes de esta comunidad no sólo se preocuparon por educar a su juventud en la parte académica, sino también en formar a sus gentes en la parte espiritual.

La creación de un espacio, en el que se puedan efectuar las prácticas religiosas, celebrar y conmemorar los acontecimientos que vivió Jesús en su paso por la tierra, era una necesidad que, como católicos, los habitantes de esta comunidad querían satisfacer, pues llevar a cabo los sacramentos y demás celebraciones permitían representar su fe. El bautizo, el compadre, la comadre, el sancocho con gallina para atender a los invitados, la primera comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, después de haber confesado las mil y una fechorías que a la corta edad de los diez años se había cometido; la confirmación de los votos que los padres hicieron en el momento del bautizo, el matrimonio y el juramento: “hasta que la muerte nos separe”; la extremaunción, que une el paso de esta vida con el caminar de la otra y que dará la curación y el vigor que acompañarán al cristiano cuando muera, son y han sido las prácticas y creencias que hacen prioridad en la vida de todo católico. Surgen en todos los pueblos, sin importar su religión, su cultura, la necesidad de vivir y expresar las creencias que le dan sentido a la vida, por lo que se crean espacios para venerar a sus dioses. Las religiones precolombinas, por ejemplo, edificaron templos para honrar al sol, a la luna, entre otros dioses que concebía su creencia, y así, en un gran escenario, se presentan los dioses que presiden la vida de los seres humanos; un santo, una Virgen, un astro, protegen a su pueblo, tras el sacrificio o la ofrenda que se les haga. En este caso, se puede ver que para que San Isidro, patrón de los campesinos, cuide las cosechas y haya una bonanza, los palmareños le ofrecían los frutos de sus fincas, como una muestra de agradecimiento y así asegurar que sus plantíos estén protegidos todo el resto del año. Los Incas, asimismo, en el tiempo de sequía, peregrinaban hasta llegar al templo del dios del rayo y la lluvia, llamado Illapa, le ofrecían ofrendas o sacrificios humanos, con lo que conseguían que lloviera y sus tierras fueran fértiles. Se ve, entonces, cómo, desde tiempos remotos, los seres humanos han actuado de una manera similar, con respecto a la adoración a sus dioses, la construcción de los templos, la creación de espacios de encuentro con seres supremos, porque existe y ha existido la necesidad de sentirse protegido y, además de esa protección,

que ese Dios sea la explicación del origen de todas las cosas, la explicación de la existencia y de lo que rodea al ser humano.

En otro fragmento del relato de la señora Alejandrina, se evocan las fiestas que se realizaban en fechas especiales que son muy importantes, ya que la fiesta popular es una de las costumbres más remotas de todo pueblo; en ella se conmemora la historia, los actos religiosos y se convierte en el espacio esencial para lucir los vestidos tradicionales, los platos típicos, las danzas, las artesanías, con lo que se revela la idiosincrasia de los pueblos, al poner en escena su cultura.

Con alegría, evoca los maravillosos tiempos de juventud, que vivió junto a sus amigas, y cuenta:

Todas las fiestas las coordinábamos con Guillermina, en diciembre, hacíamos el seis de enero; como en ese tiempo no se hacían reinados como ahora, eso no se acostumbraba hacer sino que se vestían damas, los Riascos hacían un baile con unas cintas, plantaban un palo y envolvían una cinta y, bailando, la iban desenrollando; también las mujeres se vestían de gitanas, se cabalgaba en los caballos más finos del pueblo; p'hacer las novenas, le cuento que toda la gente se reunía y nos poníamos a hacer los taita puros de calabazos, se los metía en un palo y se les pintaba una cara y esos andaban por las casas; se hacían muñecos pa'l pesebre con un barro azul, hacíamos el Niño Dios, la Virgen María, san José, todas las figuras; como no había otra cosa en ese tiempo, con ese barro tocaba hacer el pesebre; se hacían grandes bailes, que se acompañaban con un trago que se llamaba chancuco; pa' prepararlo, se ponía quince días antes de la fiesta guarapo en un cuero de ganado, se le echaba anís, cuando chispeaba ya estaba de hacer el chancuco; se alistaba unas ollas de barro, se las plantaba en una tulpa, se molía plátano verde con una piedra y con eso se engrudaba la olla pa' que no salga el vapor, después se plantaba otra olla ya engrudaba, se ponía un tubo y ahí estilaba el aguardiente; con eso se alegraban las fiestas, la gente se reunía y parecía una sola familia, se disfrutaba sin miedos hasta el amanecer.

Este relato, en el que se vuelven festivas las palabras, al sentir la alegría que causa el recuerdo de una tradición que se lleva en la sangre, conmemora y preserva las costumbres culturales y populares de este municipio; contribuyen para que, los estudiantes y habitantes de esta comunidad, continúen valorando, conserven y practiquen estos valores culturales que otras generaciones han dejado. El carnaval, el reinado, las danzas, los encuentros musicales y deportivos, son puentes que afianzan y unen a la comunidad con sus costumbres, pero además son época de encuentro, de compartir con el vecino, el paisano, de saber que se trata de una sola raza, que nació con un mismo propósito y que hoy los vuelve hermanos, porque son hijos de una misma tierra, lo que los hace característicos por su manera de hablar, de pensar, de actuar, pero, sobre todo, de soñar.

Después de exaltar en el alma los gratos recuerdos de una vida que lleva a cuestas ochenta años, se llega al final de este relato, donde la legalidad de los trabajos de tiempos pasados dejaba tranquila la conciencia de la gente que, junto a Alejandrina, creció.

Ya el pueblo era otro; más gente, muy trabajadora, empezaron a sembrar frijol, maní, soya; mi tío Félix sembraba bastante soya y la sacaba en una recua de mulas hasta El Remolino los lunes o los martes; como en ese tiempo no había carretera, todo tocaba llevar en mulas o caballos, ese era el transporte; les amarraban las ancas con manilas, unas con otras, pa' que no vayan comiendo hierba ni se amontonen y se rueden, cada arriero llevaba cinco mulas; después de sacar la soya hasta El Remolino, toda se iba pa' Palmira y Cali; don Betancourt y don Eloy compraban soya pa' sacar al centro; otra gente sacaba panela, en eso era lo que más la gente trabajaba, casi todos tenían en sus fincas trapiches, todo El Palmar se llenaba de ese olor a caña y se reunían y hacían el alfeñique pa' comer en la familia; de eso se vivía y también del ganado, se criaba cerdos, aves, en ese tiempo había mucha abundancia, todo el mundo trabajaba y todo lo que se sembraba se daba, los animales se criaban sin vacunas, los sembrados sin abonos, eran tierras muy fértiles, nada maltratadas por la mano del hombre; lo que se hacía era trabajarla bien. Era muy bonito ese tiempo, la gente trabajaba a lo legal y se miraba el surgimiento de mi pueblo.

Se trabajaba a lo legal, esta frase expresa una cultura del trabajo de aquellos tiempos, donde la panela, el olor a caña, eran el aroma que arrastraba el viento por las cordilleras de El Palmar. Una economía basada en la crianza de animales, en el cultivo del plátano y la yuca, de la soya, que, si bien en su mayoría eran para el consumo familiar, servían también como medio de entrada para los campesinos.

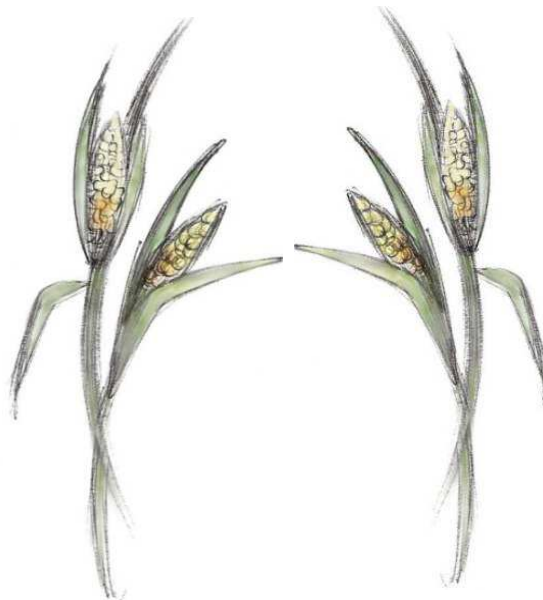
En otro relato, donde también se cuenta cómo era en un principio El Palmar, en el que hoy se vive, deja ver cómo poco a poco el progreso va llegando, el cambio de los trabajos, la construcción de casas modernas, los primeros negocios, y tantos cambios más, que traen satisfacción, pero que también traen desconsuelos, porque, en ese llamado progreso, la coca empieza a fundarse como el cultivo base de la región, y con esto el vandalismo, la violencia y la falta de educación van dejando analfabeta a la juventud, que pasa a ser parte del vandalismo, y, con esto, generadora de violencia, lo que en su progreso ocasionó muchos atrasos y muertes.

Este relato se logra al buscar los rastros de una historia albergada en el corazón de una vida, y ya casi cuando cae la tarde, encontrar al señor Ananías Castro fue uno de los mejores hallazgos de las voces y rastros de este pueblo; su labor en el campo había terminado, en medio de los verdes potreros y, acompañados del concierto que evocaban los gorriones, san luises y paletones, se adentra en las remembranzas de una vida, que también creció en las montañas de El Palmar. De ese fascinante viaje al pasado, Ananías dice:

Soy nativo de esta región; cuando empezó a fundarse este pueblo, yo era muy pequeño; mi papá me contaba que esta región era pura selva y que a él y otros fundadores que llegaron les tocó unirse y derribar la montaña; las mujeres a cocinar y los hombres a volear hacha y machete. Después le buscaron un nombre y le pusieron El Palmar, fue por lo que la selva se vestía de pura palma. Me decía mi papá que había muchos animales de la selva; que salían machines, micos, pájaros de toda clase, pero a medida de la explotación han desaparecido; entonces, ya no se ve fauna, por el mal control de la misma humanidad; creo que ha hecho falta civilización en la región.

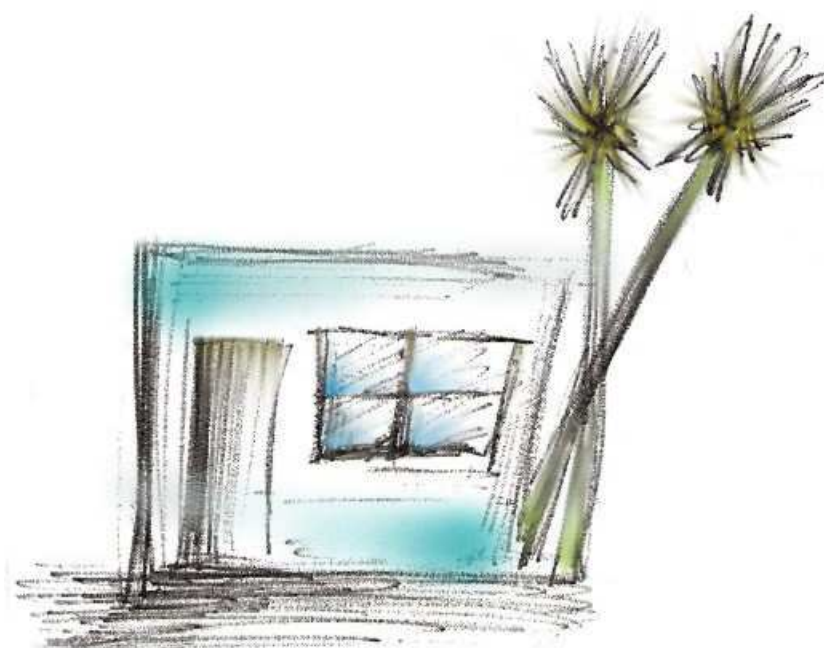
La gente de ese tiempo pensó en dejar mucha área al pueblo, pero muchos ambiciosos fueron metiéndose y cogiendo propiedad, y esas tierras ahora tienen otros dueños y así fue quedando el pueblo escaso de área, por falta de espacio no crecía más, estaba un poco atrasado, después la gente se reunió p'hacer una junta que lidere al pueblo, y en ese tiempo esa junta quería reubicarlo, pero le cuento que no fue fácil, porque había muchas discusiones entre la misma gente de El Palmar, unos querían que el pueblo fuera en una parte, otros querían en otra; por ejemplo, habían quienes querían que se lo reubicara en Campo Alegre, otros en La Villa, y otros que se quedara donde estaba; después de tanto desacuerdo, se decidieron a dejarlo donde estaba, porque era más cerca a Leiva.

Recuerdo que en esos tiempos se vivía muy mal, porque se sufría por muchos motivos: uno era por las vías, y por la alimentación, tocaba comer sin sal, muchas veces no había panela; la gente, cuando tenía hambre, comía cogollos de palmicha, hacían unos compuestos con eso; luego, poco a poco se fue mejorando; recuerdo que se sembraba maíz, con eso se hacían muchas comidas, se hacía sopa, mazamorra, hasta se preparaba chicha p' alegrar algunas fiestas, así se fueron pasando los malos tiempos.



Gráfica 4. Maíz

La mejor casa que yo conocí en El Palmar, que la hicieron como moderna y como la casa que tenía más fama, era la de un señor Benjamín Toro, y sucede que en ese tiempo la arrendó un tío mío, que se llamaba Félix Daza, él la arrendó con el fin de poner los primeros negocios; lo primero que hizo fue traer una vitrola, eso no se conocía por acá; hizo la propaganda en El Palmar y, cuando llegó con la vitrola, salió todo el mundo a ver qué era eso y también salían expreso a bailar, hacíamos fiestas y bailábamos bambuco en las puntas de los dedos; la gente salía de La Florida con carga de leña, yuca y plátano pa' quedarse bailando toda la semana; fue la novedad de esos tiempos; como la gente no conocía eso, se le hacía extraño, y muchos preguntaban que quién era el que cantaba, que si se lo podía ver, y eran muchas recochas en las noches, eran tiempos bonitos, en los que se podía compartir.*



Gráfica 5. Tiempos modernos

El conocimiento de las nuevas cosas trae consigo la facultad de poder sorprenderse, de asombrarse y conmoverse ante algo inexplicable, pero maravilloso; lo misterioso, que no se entiende desde el conocimiento técnico, se descubre desde el sentir de la música. No se sabe cómo funciona, pero sí se sabe para qué sirve: para divertirse, para “compartir”, para acompañarse en el baile y el canto de un bambuco, que lleva el son nacional, y disfrutarlo en comunión con el otro, al brindar la cosecha improvisada de yuca y plátano, la leña para cocinar en la olla comunitaria y, con esto, disfrutar de la felicidad que reunía, en un solo canto, mil voces en aquellos “tiempos bonitos”.

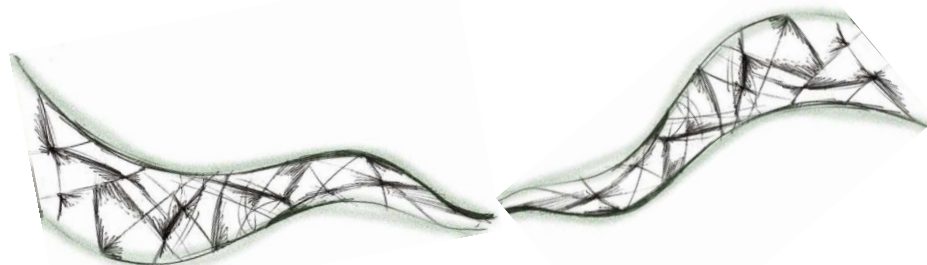
* Ananías Castro, 75 años, Vereda La Villa, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

Ahora es otra la forma como se comparte, otros los gustos musicales y otros los aparatos; han pasado muchos años y la tecnología ha logrado grandes avances; no es ya la vitrola, ni el LP, ni los casetes, son los CD, la USB, los ipod, la electrónica, la salsa, el reggaetón, entre otros tantos géneros que escuchan los pobladores de estos tiempos; no son la yuca ni el plátano, ni el asombro de la vitrola lo que une, es quizá el ensimismado ruido de una música que se baila en multitud lo que reúne. Un “antes”, un “ahora”, tiempos que mudan, que fluyen y que, ante el cambio que le hace el ser humano a las cosas, sólo queda el recuerdo que permite diferenciar unos tiempos de otros y así saber que nada ha sido igual y que, afortunadamente, todo está en continuo movimiento, que lo único al parecer estático son las remembranzas de aquellos días.

Así como se fueron conociendo los logros de la tecnología, también se disfrutaban los avances en la construcción de carreteras; el progreso no sólo se ve tecnológicamente, también hay adelantos en la estructura de las regiones, lo cual les ha permitido actualmente dar mayor salida a los pobladores, facilitar el acceso a las ciudades y acortar tiempo y esfuerzo, para lograr así no solo abrir caminos, sino brindar una mejor calidad de vida a las personas que viven en regiones alejadas y distantes de las urbes.

El narrador reconoce el progreso con la construcción de la carretera, y cuenta el beneficio que esto trajo, pero en su rostro poco a poco se va reflejando la tristeza que se anuncia en su boca, al contar el atraso que dejó la violencia; así, en el progreso se conoce la muerte, y la desesperanza de un pueblo; él continúa y dice:

El pueblo siguió prosperando; después ya había carretera de Leiva a El Palmar, y fue de gran ayuda porque ya quedaba un poco cerca; por la vía que tocaba antes, había que caminar de La Villa al Cerro de Piñas, y de ahí se pasaba a Balboa o a Las Delicias, se gastaba más de un día de camino; por eso le digo que fue de gran ayuda y de progreso esa carretera, porque nos comunicaba.



Gráfica 6. Caminos de esperanza

Pasando el tiempo, se fue civilizando esto, hubo un buen mercado, pero luego se descontroló por la violencia, empezaron a haber muchas muertes, la gente se empezó a salir y fue quedando solo el pueblo, quedó abandonado, y sucede que, de ahí en adelante, otra vez con la vuelta del tiempo, se fue poco a poco levantando, pero no dejaba de haber guerra y, por ese motivo, los palmareños de ese tiempo no se pudieron educar, porque por el conflicto no mandaban profesores y se quedó la gente analfabeta y los que se crecieron, de ese tiempo, cuando se fueron formando, por falta de la escuela y profesores, no ocupaban el tiempo en cosas provechosas, fueron unas personas que ya se desviaron y se inclinaron a la maldad, fueron malas, rateras, y se fue convirtiendo en el pueblo más mentado de por acá. Luego, los que iban creciendo, juventud que se creció y fueron adultos, eran también malos y, otra vez, a la gente de bien le tocó salirse, se iban para el Huila, para el Putumayo, para partes lejanas a trabajar, se iba quedando la gente que hacía daño, entonces el pueblo iba destruyéndose. Después, entre el 50 y 58 fue recuperándose.

El conflicto, la guerra, deja estancado el progreso de los pueblos y sus gentes; la violencia trae atraso, miseria, desolación y, como se puede ver en el relato, también analfabetismo. La educación, que desde la antigüedad ocupa un papel primordial para la formación de los seres humanos, no se la ha tenido en cuenta como un derecho esencial y básico que ayuda al crecimiento de la sociedad, sino como algo a lo que pueden acceder los que se encuentran en mejores condiciones, tanto geográficas como económicas. El pobre, el campesino, pudo educarse solo después de muchos años; se aclara, “educarse formalmente”, porque se educó con los conocimientos y valores que recibió de sus padres, los que no se toman en cuenta, porque esta escuela no tiene licencia para dar cartones o diplomas que certifiquen esos conocimientos; la insignia de esta primera escuela se la lleva en la vida y su certificación es saber vivirla. Es hermoso leer la Constitución y encontrarse con largos párrafos donde se aclara la importancia de la educación y su función social, pero es triste saber que sobre el papel han ido quedando las palabras, en silencio, inmóviles en el tiempo y el espacio, mientras en las serranías de un pueblo muchos jóvenes urgían por un profesor, que les negó la guerra y la falta de acción del Estado... “por el conflicto no mandaban profesores y se quedó la gente analfabeta”...

Ananías Castro recuerda la ilusión con la que llegaron muchas personas a estas tierras, trayendo la esperanza de poder sembrar grandes cafeteras, cruzaron el Río Patía, que desafortunadamente, por su clima tan ardiente, cobró muchas vidas. Los juegos, las diversiones y los festines de ese tiempo, se conmemoran, con picardía y entre risas, también en su relato.

Casi todas las rastrojeras, los potreros que hay en la actualidad, antes eran cafeteras, pero eso no sirvió aquí, porque venían las heladas y las cosechas no salían exactas, daba muy poquito; se corría el rumor por los otros pueblos que en Leiva se daba muy buen café y la gente se venía para estas tierras con los deseos de sembrar café por la fama que le habían creado y mire que, en esa época, era muy duro llegar hasta acá porque tocaba pasar el Patía en canoa y en esos tiempos había mucho miedo de cruzar ese clima tan ardiente y sucedía que mucha gente se moría porque les daba una fiebre muy dura; a eso lo llamaban el mal caliente, y se morían, y lo peor era que no había droga ni ningún remedio pa' eso,

pero la gente, por la ambición de esta tierra, que era tan buena pa' la agricultura, venía de muchas partes y se arriesgaba a pasar el río y el clima, venían de San José, San Pablo, San Lorenzo, La Unión, gente muy buena, pusieron negocios y fue prosperando el pueblo, hacían fiestas, carnavales; esa gente, como conocían la ciudad, trajeron la primera banda de música, y eso atraía mucho porque, como había mucha gente que era de los alrededores de esta región, de El Rosario, Balboa, Las Delicias, gente que nunca había salido al centro por no pasar el Río Patía y por eso no conocían ese tipo de eventos y se asombraban de ver eso tan bonito, salían a conocer y distraerse un poco.



Gráfica 7. Palitos de café

La gente también se distraía jugando tejo, la cache y la bola de mano y el naipe; se reunían los trabajadores a jugar, o en veces se encontraban los viciosos en el camino, tendían la ruana y las piedritas y se ponían a jugar naipe, habían varias personas que se perdían de los cultivos y, al buscarlos, se los encontraba en el camino jugando. Recuerdo que pa'l juego de la chaza, en esos tiempos era bueno un señor que se llamaba Cornelio, don Pionono Muñoz, eran buenos jugadores, se desafiaban con otro pueblo, invitaban a los de Las Delicias, de Leiva, venían de las veredas, pero la chaza no era como la juegan en otras partes, que es con explosivo, acá era a un palito y el que le dé más cerca ganaba; así se entretenía la gente.

Como los tiempos son variables, poco a poco fue cambiando la situación, se empezó a sembrar caña y, para la caña, estas tierras resultaron muy buenas y en un tiempo dio muy buen resultado, porque se sacaba de la región a vender a otros pueblos y entraba plata, se sacaba a La Central, principalmente a Mojarras, ahí era el cruce, era por La Unión, la carretera vieja, esa carretera era la que facilitaba los negocios y, entonces, nosotros traíamos todo de Balboa.

En ese tiempo no había carretera a Pasto; la carretera, recuerdo que decían los viejos que se hizo por un presidente que se llamaba Olaya Herrera, por el conflicto en el Putumayo; entonces resolvieron meter la carretera por La Unión hasta el Putumayo, pero en malas condiciones, y también moría mucha gente; resulta que p'hacer esa carretera llamaban a trabajar y era muy buena la paga, entonces la gente se iba a echar pica y pala, pero las personas que venían de lo frío morían mucho en ese clima ardiente del Patía, se morían por ganar un jornal, es que eran muy selváticas esas tierras, desde el plan del Patía todo eso era montaña y nadie vivía por esos lados; yo conocí de Santa Lucía a Mojarras, casi era selva pa' llegar a La Central, la gente tenía por ahí animales, pero eso era en común, nadie era dueño de nada; después ya fueron cercando y haciéndose dueños; como antes solo se le decía sitio al pedazo de terreno, pa' tener ganado se lo señalaba, no con marcas, sino que se les cortaba las orejas, unos en una forma, otros en otra, pa' distinguirlos, y esa era la señal; si uno decía aquí tengo tres reses, esa era su palabra y en eso se creía, o este es mi sitio, era la palabra de esa persona la que valía, no se necesitaba de papeleos ni escrituras que verificaran que era verdad, se vivía de la palabra y era un honor cumplirla.

Entonces, “se vivía de la palabra y era un honor cumplirla”, esta es la voz de la palabra de otros tiempos, en los cuales su valor superaba la escritura, porque había un serio compromiso entre lo que se decía y lo que se hacía. Hoy, ese compromiso ha sufrido su propia metamorfosis, la voz pasa a ser *escritura*; es decir, la firma sobre un documento es ahora el emblema de cumplimiento. Ya nadie cree en la palabra del otro, ni en la buena fe de sus actos, quizá porque esa palabra fue violentada por el incumplimiento, lo que ha hecho que poco a poco vaya perdiendo su valor.

Muchos de los abuelos, para poder comprar o vender sus fincas, casas o animales, tuvieron que fiarlas, o con-fiarlas a sus compradores, así como alguna vez se las confiaron a ellos, y su único comprobante de cobro era la palabra dada, la palabra donada, que certificaba la legalidad de la compra. Los padres de los abuelos y los abuelos repartieron sus bienes solo con el poder de su palabra; los linderos se registraban en la memoria, que no podía abatir el recuerdo, porque entonces se faltaba no solo a la palabra de un padre que descasaba en paz, sino a los valores que en vida infundió: “no faltarás jamás a tu palabra” era algo que pesaba en el corazón de un alma sincera y correcta. Pero la generación que surgió de esos hijos abatió el recuerdo; es decir, incumplieron, entonces prefirieron que sea el papel la remembranza de sus actos, y así surgen las escrituras como la otra metamorfosis de la Palabra. Ahora, los retoños de esa generación son los que escrituran hasta el amor y dicen: “este o tal es de mi propiedad”, en libre juzgamiento, pero lo que sí es verdad es que ahora casi nada certifica algo, todo se apela con recursos, demandas, tutelas, ¿a quién creerle?, es un combate continuo entre lo que se dice y lo que se hace; quien tenga los documentos firmados, así sean falsificados, tiene la “razón”; eso de que “nadie era dueño de nada” es,

en estos tiempos, una utopía, un sueño que alguna vez tuvo su propia realidad, su propio tiempo y espacio, de total comunión con el que nunca ha dejado de ser un prójimo, en quien hoy no se puede confiar. Ahora, la pregunta es: ¿cuándo la palabra perdió su credibilidad?, ¿cuándo se puso en duda su respeto?; parecería simple su respuesta: el día en que se deja de cumplirla.

Despertar el interés de recuperar el valor de la palabra y que, con esto, se pueda “vivir el honor de cumplirla”, es de resaltar en este relato, que fundamenta el valor con el que se educaron en otros tiempos y se tenga clara la importancia de no contradecir lo que se dice con lo que se hace; esto ayudará a ser reflexivo, coherente y comprometido con su labor, al mirar que detrás de la palabra dada está la responsabilidad de cumplirla, no porque la ley lo exija, pues no se trata de imposiciones ni castigos, sino de trasladarlo a los genes de esos valores y despertar naturalmente el valor de cada conciencia. Que se cumpla con la tarea no porque se lo exigieron, sino porque se sabe que se está comprometido consigo mismo, con su futuro, con su aprendizaje; desde ahí se crea un ser que sabe que labora para su propio bien, no para la satisfacción de otra persona.

Relata, luego, Ananías Castro, el paso de los tiempos, cuenta un año tras otro, que vivió y que se notan en sus llamativas canas algo ocultas entre el sombrero, años que ya se fueron pero que se recuerdan, con los anhelos de que surjan cambios.

Luego los tiempos cambian y las necesidades de los campesinos también; es cuando la gente saca el comercio a Mojarras, en recuas de mulas, era un día de camino, se arrancaba a las cuatro de la mañana y se llegaba apenas a Mojarras; por la cuestión del problema del río, ahí tocaba descargar, meter a las canoas las cargas y volver a cargar al otro lado; era lo más duro y miedoso, ese río era muy caudaloso y, para pasar las mulas era otro problema, se les quitaba la montura, las amarraban unas con otras y se las jalaba desde la canoa; cuando estaba el río bajito sólo se las arriaba y las esperaba otra persona del otro lado; era complicado el tiempo de antes, ahora es más fácil, pero esta juventud no aprovecha, es muy rebelde. La gente también vivía de alquilar la recua de mulas; empezaban con una o dos y, al tiempo, ya tenían diez, y el que era pensador vendía seis y compraba un pedazo de tierra y se dedicaba a la agricultura y a alquilar el resto de mulas que le quedaba, y con lo que daba la finca seguía ampliando la recua.

Todo el mundo trabajaba; ahora se siente más malo, porque la gente se mal acostumbró, la juventud ya no es como la gente de antes, ahora les gusta coger harta plata y no la saben manejar; yo, como soy de la gente antigua, he pensado bien; a mí no me gusta el trago, por lo menos no derrocho lo poco que tengo, vivo contento y no pienso irme de estas tierras, sólo que me corran, pero yo he sabido manejar la región, es muy bonita la vida.

Yo siempre fui ganadero desde joven y la gente me decía que venda el ganado y siembre coca, y les decía que no, porque, diga usted, yo tengo el ganado, lo vendo y siembro la coca, en eso viene la erradicación, ¿qué pasa?, he quedado sin ganado y sin coca; entonces, yo voy por el camino correcto, no muy adinerado pero tranquilo; una cosa es verdad y es que la coca da plata, y mucha, pero así como da quita, y no solo quita la plata sino la vida, la tranquilidad y la paz, porque hay mucha gente

que, por buscar bienestar, encontró la muerte injustamente; yo voy por el camino despacio, porque el ganado se demora cuatro a cinco años en crecer, pero va pa' delante; aquí hay buenos pastos, buena agua, con un poquito de tecnología se sale adelante, tenemos buenas tierras, es un paraíso; porque hay partes difíciles, yo he conocido muchas tierras y pocas son las productivas, les falta agua o son estériles, toca abonar mucho, todo será El Palmar, pero aquí es buena tierra, en las partes bajas hay colineras que yo las conozco desde que tenía ocho años y, a mis 70 años, todavía existen.



Gráfica 8. Plantas de coca

Tomar la decisión de querer verse fuera de la ilegalidad y optar por la conclusión de que no todo lo que da bienestar financiero y cubre la necesidad y el hambre es bueno, no es una decisión que se fíe al azar, sino es el resultado de una reflexión, una deliberación que mira dos puntos de vista: el económico, pero también el de la tranquilidad: “yo voy por el camino correcto, no muy adinerado pero tranquilo; una cosa es verdad y es que la coca da plata, y mucha, pero así como da quita, y no solo quita la plata sino la vida, la tranquilidad y la paz”...

Para los muchachos que han crecido en medio del patio lleno de coca y que desde niños la han trabajado, es muy fácil determinarla como la única opción de trabajo; no existe una reflexión, actúan al ritmo de una costumbre, lastimosamente una mala costumbre; es preciso, entonces, brindar este tipo de herramientas educativas, como son los relatos, porque en ellos se cuenta no sólo una realidad, sino sus consecuencias, se da la oportunidad de que el joven sea un crítico de su contexto y analice cuál es el verdadero avance económico de una región, que no se mantenga la idea de que si se está bien económicamente, existe un verdadero desarrollo; aunque socialmente se esté en malas condiciones, con pobreza, desigualdad e injusticias, esto sería un contrasentido, e ilógico, pues la coca, da “mucho plata”, pero roba tranquilidad.

Otros productos, como lo fueron la caña de azúcar, entre muchos, no auguran un estado financiero abundante, pero sí un capital suficiente para vivir tranquilos. Ilusoriamente, se ha pensado que la coca permitió el progreso de la región, pero por qué llamar progreso el paso de la caña de azúcar a la coca, después de saber que esto incrementó la violencia, y que muchos de esos mismos muchachos han tenido que enterrar a sus padres por culpa, no de la mata, pero sí de lo que viene tras de su mal cultivo: grupos armados, bandoleros, mafias, etc., etc., etc.

Muchos de los jóvenes que ya salieron de la escuela son hoy un paramilitar más, un asesino más, un narcotraficante más y, con todo esto, un muerto más, sin culpa, porque no hubo una puerta diferente que se abriera que no fuera la de lo ilegal; juzgados por la sociedad, que no brinda más que leyes de exclusión, partieron a su propio destierro. La ilusión está en muchos otros jóvenes que se dieron la oportunidad de ver otras opciones de una vida digna, legal y sin miedos; esos jóvenes son hoy panaderos, zapateros, tenderos, ingenieros, arquitectos, médicos, regentes de farmacia, músicos, profesores, abogados, seres felices, que honrarán la memoria de sus compañeros, los que fueron víctimas de una ilusión mortal: la coca.

En otra versión, se desarrollan más ampliamente las consecuencias que dejó la comercialización de la coca, y cómo su cultivo fue desplazando la siembra de muchos otros plantíos; así empieza el comercio y sus rumbos de derrumbos; en esta versión, al igual que en el relato anterior, se retoma la problemática que el vandalismo ocasionó en la región, se comentan otras fases de violencia, que se ocasionó por las contrariedades políticas entre los partidos tradicionales, y el primer arribo de la guerrilla al pueblo.

El señor Hernando Gómez, uno de los primeros comerciantes de esta zona, puso el primer almacén de ropa; en sus tiempos de juventud fue presidente de la junta y ayudó al verdadero progreso de El Palmar; él, como muchos otros, recibe con agrado la propuesta de retornar a los años de juventud. Desde la sabiduría ganada a lo largo de su vida, reflexiona en sus palabras sobre el pasado, y en un diálogo con las estancias de su memoria dice:

Recuerdo que El Palmar era muy productivo y la mayor fuente de entrada era la panela; todo el mundo tenía su establecimiento, mal o bien, pequeño o grande, pero lo tenía. Yo creo que la ambición de todos los colonos, cuando llegaron, fue el café, por lo que la mayoría venía de San Pablo, La Unión, partes donde cultivaban el café.

Todos tenían tronquitos de café en el pedazo de baldío que hayan desmontado; lo que ocurre es que en ese tiempo la fuerza de la montaña, la mucha humedad no dejó producir; por ejemplo, la mata de café que más daba llegaba a cargar solo medio fruto, de ahí se quemaba con todo por la mucha humedad. Viendo eso, comenzaron a cultivar tabaco, lo que en ese tiempo era inclusive más perseguido que lo que fue la coca; en ese entonces, los empleados del gobierno, sinceramente le digo, eran más cumplidos, había un grupo

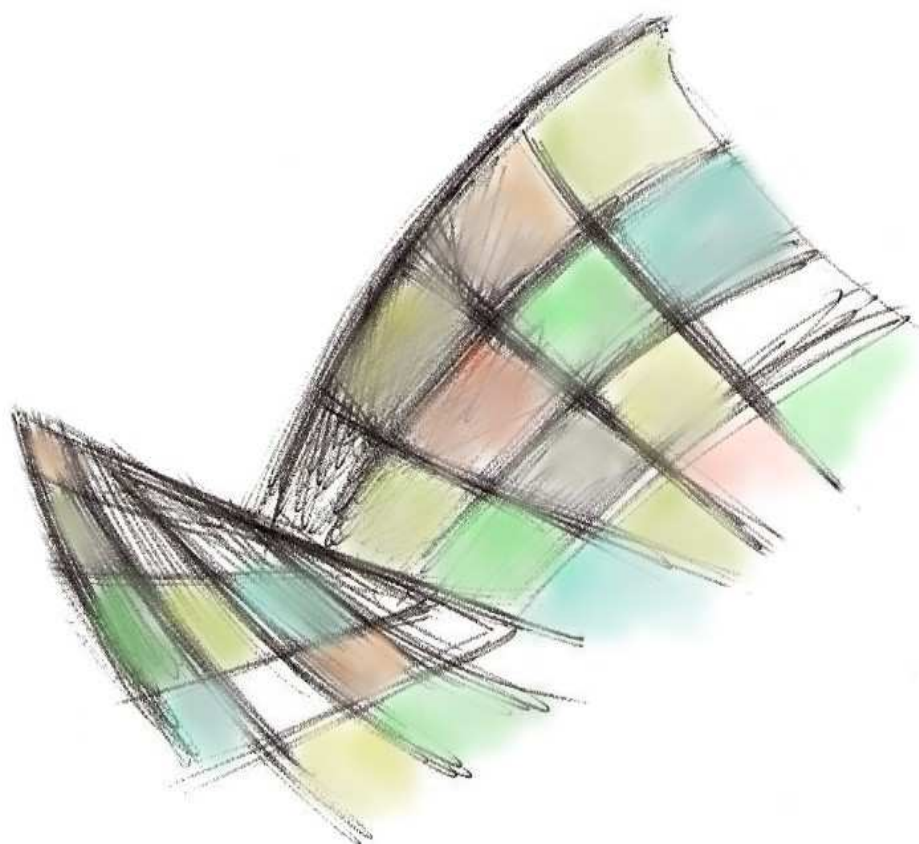
que le llamaban los perros, o sea un grupo de agentes del resguardo; más que todo, ellos perseguían lo ilícito, y el tabaco era una mata que la tenían por ilícita; parte era legalizada; por ejemplo, el gobierno, si usted iba a sembrar esta mata, tenía que decir cuántas iba a tener en el cultivo, entonces lo dejaban cultivar, después cosechaba según el proceso como fuera, y lo hacían en bolas o lo hacían en cigarro, luego lo sacaban al pueblo.

Como en El Palmar ponían un jefe que distribuya y organice las cosechas de tabaco, ese jefe tenía que encontrar un buen mercado para venderlo; en ese tiempo era un señor, que prefiero no mencionar, al cual lo asignaron para que recibiera ese producto y le busque mercado; él cumplía con recibirlo y guardarlo, pero el mercado era muy difícil, lo más cerca era La Unión; entonces, lo recibía y lo dejaba ahí porque el transporte de El Palmar al Remolino era muy dificultoso, en ese tiempo tocaba a caballo y los caminos eran intransitables; entonces, él los dejaba guardados y eso se podría; diga usted, sacar un producto para que se dañe, no era negocio; entonces, tocó francamente dejarlo; quien podía sacaba su parte, sus morralados a vender, porque eso sí se vendía, pero, entonces, ya era ilícito, de contrabando.

Después de eso sacaron a vender fríjol, pero el fríjol tampoco fue muy fructuoso porque el invierno lo dañaba; luego la gente siguió sembrando caña, plátano, yuca, arracacha, inclusive maní, pero eso era más que todo para el gasto de cada familia; lo que sí tenía mercado era la panela, la producción de panela fue la entrada más fuerte. Había también ganado, cría de gallinas, el mercado de Leiva se surtía de todo lo que sacaban de El Palmar; sacábamos huevos, gallinas, ganado, queso, cuyes, esta región era bastante productiva, había mucho comercio.

Recuerdo tanto que en El Palmar se consumía siete reses en el día sábado; el miércoles y el viernes había que vender, y quien compre; es decir, había producción y tenía mercado. En Leiva eran muy baratas las cosas, porque quedaba más cerca de El Palmar; en cambio, en El Rosario, Las Delicias, estos productos costaban un poco más; lo que no pasa ahora, porque la canasta familiar de Leiva es más cara que en La Unión, Pasto, Popayán, porque cuando vino la coca, arrasó con todo, plataneras, potreros, cañeras, acabó todo; entonces, aquí ya toca y tocaba surtir de San Pablo, de La Cruz, Pasto, El Bordo, inclusive de Sandoná la panela, entonces llega caro. Por motivo de los cultivos ilícitos, todo mundo, en cualquier pedazo de tierra, si había una mata de guineo o una mata de yuca, lo que fuera, la sacaba para sembrarle dos matas de coca; por una mata de caña sembraban tres de coca, eso hizo que se acabara todo; había plata y un comercio enorme, pero la gente de El Palmar pasó de vender a comprar; los que vendían ahora los plátanos, yucas, panela, eran comerciantes de otras partes. También la gente se dedicó a la coca por el mucho abandono del gobierno; esa fue, para mí, la principal causa.*

*Hernando Gómez, edad 80 años, Municipio de Leiva – Nariño.



Gráfica 9. Retazos de cultivos

El conocimiento empírico de estas gentes campesinas sobre el cultivo de las plantas, hortalizas, frutas, animales, era la base para abrir los primeros comercios de la región; para cultivar la tierra no necesitaban un estudio de los suelos; la experiencia ganada año tras año, más los conocimientos que se fueron transmitiendo de padres a hijos, eran la sabiduría presente de sus días; así fueron descubriendo lo fructífero que podía llegar a ser el baldío para algunas labranzas, entre esas la caña de azúcar, que representó el mayor ingreso de dinero, en esos tiempos, para sus habitantes.

La economía, constituida por la agricultura tradicional, se realizaba con herramientas rudimentarias, como la pala, el machete, el hacha, y sin fertilizantes, ni abonos. Estas labores campestres, que se representaban con los policultivos, entre esos el plátano, la yuca, el café, la soya, eran trabajos agrícolas que no establecían una agricultura comercial en potencia, pero sí favorecían el bolsillo de los leivanos, pues los productos que se sacaban eran de la misma zona, lo cual no significaba muchos costos para su comercialización; era una región que se autoabastecía, lo que permitía bajar precios.

Pero el cambio de los tiempos, las nuevas ambiciones, traen consigo un nuevo cultivo que transforma el comercio y la economía, cambio que se simplifica con esta frase; “ahora que vino la coca, arrasó con todo”.... Todo es vidas, todo es cultivos, todo es paz, tranquilidad, valores, todo es más que una yuca y un plátano; sin su territorio fértil, todo es un pueblo sin nada.

Se va acabando la mano de obra rudimentaria; los fertilizantes, abonos, máquinas, como: guadañas, motobombas, pueblan las fincas de los que en un inicio fueron pequeños agricultores, que labraban la tierra con la esperanza de ver crecer su cultivo con el tiempo, quizás tiempo que los cansó, porque no veían llegar la bonanza; encerrados en dos cordilleras, la espesa montaña intransitable, que apenas sí figuraba en algún rincón del mapa colombiano, no tenía la entrada que la mafia les dio. Dos caminos para los palmareños: el de ser el cultivador de caña, yuca o plátano, que sólo era para el consumo y para un pequeño mercado en Leiva, o sembrar la coca, que les daba el triple de sus antiguos ingresos y para la que el mercado era tan amplio, que cruzaba fronteras. La coca, cultivo ilegal pero lícito en esas tierras, donde la ley no se aparecía para proteger a sus habitantes, menos haría presencia para corregirlos.

Sin justificar los actos, se puede ver que la ambición, combinada con el hambre y la necesidad, quebranta lo que se ha llamado “valores”; reconstruirlos es el deber del educador y de la sociedad, al ofrecer mejores oportunidades para quienes crecieron en medio del narcotráfico, que hoy por hoy aún tiene al país en desangre.

El relato continúa, y el narrador se adentra en episodios dolorosos, que empiezan con la violencia.

Después vino la violencia, digo que empezó a existir por ciertos motivos; por ejemplo: que yo me acuerde, por ahí más o menos a 1958, había contrariedades entre familias por los partidos tradicionales, liberal y conservador; a quien se postulaba jefe del partido conservador o del partido liberal, lo perseguían como perseguir una plaga, y murieron así varios por asunto de la política, directamente por los dos colores, sin ningún otro motivo; eso era así, como le digo, un duelo a muerte; murieron varios, de lado y lado.

Recuerdo que al pueblo lo fue a visitar un sacerdote antioqueño de apellido Medina, él había sido muy partidario de la política y, como en ese entonces no había sacerdote liberal, no sé por qué pero todo sacerdote era conservador, y este padre, en sus sermones, decía cosas ofensivas a los liberales, y, una noche, después de un rezo, una mujer lo esperó; como en ese entonces a las señoras o señoritas no les faltaba el pañolón, cuando salió el padre, lo había cogido a pegarle con el pañolón, y que le gritaba: ¡que vivan los liberales!; pero, al otro día, más bravo ese padre, los había acabado de regañar en el sermón a los pobres liberarles. Luego, a partir de unos años, eso fue cambiando, ya empezaron a familiarizarse, la hija de un liberal se casaba con el hijo de un conservador y así iba pasando a la historia ese duelo; gracias a Dios, esas uniones de matrimonio fueron trayendo la paz.



Estas palabras: “a quien se postulaba jefe del partido conservador o del partido liberal, lo perseguían como perseguir una plaga, y murieron así varios por asunto de la política”, tienen un gran peso histórico: 1840, año en que los colores de la bandera colombiana, el azul y el rojo, se convierten en los emblemas de dos partidos, el conservador y el liberal, que durante su auge dejaron huellas de sangre en la Nueva Granada, en Colombia, patria herida por las ideologías del centralismo y el federalismo.

Para entender un poco el porqué de las contrariedades entre estos dos partidos, es necesario saber un poco de su propia historia y, en la búsqueda de ese triste pasado y al desempolvar

la memoria de viejos libros, se recuerda que el partido conservador, al tener la ideología de la Iglesia Católica, se convirtió en un oponente radical de la ideología liberal, pues la ideología conservadora se basaba en el derecho divino, por lo cual mantuvo sus manos unidas a la Iglesia, dando así la noción de un estado confesional; con esto se puede dar respuesta a la incógnita “En ese entonces no había sacerdote liberal, no sé por que, pero todo sacerdote era conservador.” A esto se agrega que existió una manifiesta condena de los papas al liberalismo, que la acogieron los adeptos conservadores. Este partido defendía, además, la idea de un estado centralista, que propugnaba por un poder único central, manteniendo la concepción feudal de la propiedad y la sociedad; daba continuidad al régimen terrateniente, que dominaba desde la Colonia, y al régimen fiscal español, y ejercía, de esta manera, el monopolio estatal del comercio.

El partido liberal promovía los ideales de un gobierno localista, destacaba la división de poderes y, por su afinidad con la política social-democrática, buscaba, a diferencia del centralismo, que la Iglesia se separe del Estado. Se mostraron como defensores de las reformas que impulsaban el desarrollo del campo y, como opositores de la perpetuación del régimen terrateniente, se declaran, así, enemigos del feudalismo.

Así, tras de distintos ideales, se separan los caminos para “unirse” en una guerra absurda, que lleva a Colombia a un declive económico, con problemas de violencia y pobreza, desplazamiento, muerte, pues la guerra, que empieza con el bipartidismo, sólo dejó desconcierto, corrupción, temor, miseria y desamparo; sin embargo, esto se justificaba mientras existiera la razón de luchar por el poder, al sembrar en el corazón de los patriotas el color del partido que había que defender a muerte.

La cinta azul o roja, trenzada en el pelo de las mujeres y el color de las camisas de los hombres, declaraban el partido, pero también declaraban la guerra, unos colores que exponían sencillamente a un duelo: ¡Que viva el partido liberal!, ¡que viva el partido conservador!, eran los ecos que dejaban los borrachos a media noche, al amanecer; la gente que rodeaba la plaza del pueblo advertía que aquel ¡viva! había sido la proclamación de “una muerte anunciada”.

Tristemente, mientras el pueblo se mataba por el color de una ideología, sus dirigentes estrechaban tranquilamente sus manos y cerraban el tratado que vino con el Frente Nacional, a mediados del siglo XX, después de los hechos que marcaron la memoria nacional, como el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y la falta de garantías electorales; lo “único” que motivó al gobierno para realizar una tregua fue la inversión de capital extranjero; Colombia necesitaba mostrarse como un país fuerte, que garantizara la inversión, por eso acude al Frente Nacional, conformado por estos dos partidos que estuvieron enfrentados, o que aparentaron estar enfrentados durante siglo y medio, pero

que, en un momento dado, resuelven hacer un gobierno compartido durante dieciséis años, en los cuales el poder se alternó, sucesivamente, por un liberal y por un conservador.

Esta paridad política impedía la existencia de otros partidos políticos, lo cual fortaleció a la guerrilla, pues si no existían los medios democráticos para ser oídos, era necesario acudir a las armas. Lo que se buscaba con este Frente era aplacar los odios partidistas (supuestamente), pero se produjo, a la larga, lo que se llamó el “desgreño administrativo”.

En este caminar que se empezó desde la pequeña zona de El Palmar, se ha encontrado con una de las problemáticas que atravesó el país, una voz que trasladó a los sonidos quejumbrosos de un eco nacional, que dejan ver que el conflicto que se vive en una región pasa a ser una realidad nacional, la problemática es general, todos hablan de la misma historia con diferentes nombres, pero el dolor es el mismo, la miseria es la misma, porque la bandera es la misma; esto hace pensar que si el rojo de una bandera fuera una casualidad, sólo dejaría la mirada sobre todos sus colores inadvertida, pero, como es una realidad, se llora con toda una daltónica mirada, que observa, entre el amarillo y el azul, un rojo escandaloso como la sangre.

Cuenta don Hernando Gómez que, pasadas estas contiendas, el pueblo no descansa y entra en la fase de la violencia, que llega con la conformación de los grupos delincuenciales. Al respecto dice:

Después empezaron a formarse los grupos delincuenciales, por ahí en el 69, 70,71; en esos años hubo un tiempo de mortandad; se escuchaba que en Ramos, una vereda de El Palmar, habían tres muertos, que en La Villa dos; más que todo, morían los delincuentes; uno, que no estaba metido en eso, tocaba imaginar qué era lo que estaba ocurriendo; creo que esas muertes eran ocasionadas por los dueños del ganado, pues en ese tiempo había hartas ganaderías, pequeñas, pero habían varias, entonces robaban más ganado; creo que esas muertes se fueron produciendo por eso.

Lo cruel era que se mataban entre compañeros; como eran varios grupos, entonces parece ser que el ganadero que había perdido se daba cuenta quién lo robó, buscaba un compañero del ladrón y le decía: “le pago tanto, y quíteme de encima a ese señor”, y esa era la mejor estrategia, porque entre compañeros se tenían confianza; es que un delincuente de esos no se iba a confiar a otro que no sea del grupo; así era como se aprovechaban los traidores y mataban al compañero que hacía las mismas acciones que él, pero, como por plata baila el perro, no les quedaba duro hacerlo. Debido a tanta muerte, tanto delincuente, la gente de bien empezó a irse y, después de haber sido un buen mercado, se fue dañando, casi acabando.

Luego entró la guerrilla; también mataron mucho delincuente; yo ya estaba en Leiva cuando entró por primera vez, pero como tenía una casita en El Palmar, me tocaba ir; en

una ocasión, un día sábado, entraron varios a hacer una reunión y me pidieron permiso para hacerla en mi casa, que estaba desocupada, pero, como era un grupo grande, tuvieron que hacer la reunión afuera; desde ahí fueron convenciendo a la gente, pero, a la hora de la verdad, esas cosas siempre afectan a todo el mundo; el terror siempre a cualquier persona de bien afecta; varios miraban la forma de salir y se iban; después, no demoró mucho tiempo cuando empezó a llegar la gente y se formó otra vez el mercado.

Aquí, que yo recuerde, siempre después de ser un mercado bueno, mermaba hasta el punto de casi acabarse, pero luego seguía otra vez y nuevamente la gente entraba y volvía a poblarse la región; ahora lo vemos nuevamente en crisis; cuando hubo la bonanza de la coca, cualquier lotecito costaba veinte o treinta millones y había quien compre; ahora, ese mismo lote no vale nada, en este tiempo nadie compra, dice la gente que regalado es caro; si no hay comercio ni plata, no es negocio sembrar. Pero yo digo una cosa; El Palmar no se acaba, siempre ha caído, pero se ha levantado; por eso es que digo: El Palmar está bajonado, pero jamás derrotado.

En el ir y venir de la vida cotidiana, se marca la historia de este pueblo; entre la coca, la guerrilla, la delincuencia común, la escasez, la abundancia, la llegada y salida de los pobladores, la soledad, la compañía, todo transcurre y deja, a su paso, las marcas que aún perduran en la memoria, son acontecimientos que no se pueden olvidar porque desde ellos se han constituido estos tiempos y se los tiene presentes no para conmemorar las malas acciones, sino para reflexionarlas, porque entender y pensar el pasado hace más fácil la tarea de construir el presente; el volver la mirada a los bordes del camino andado da la facultad de no seguir cometiendo los mismos errores y dejar, con esto, de sufrir los mismos efectos. Los estudiantes, los niños y jóvenes, no son parte de esa historia, pero sí parte de su cambio, son el fragmento de la historia que se empieza a contar y que otros tratarán de cambiar y conservar, a su vez, porque el objetivo de leer la historia es volver a su éxodo, para partir de nuevo, no dar vueltas en lo mismo, sino evolucionar.

Para continuar, en la siguiente narración se habla de lo doloroso que ha sido, para los pobladores de El Palmar y de sus alrededores, haber estado marcados por la cultura del narcotráfico, y en una esperanza de ser mucho más que lo que encierra este término, se habla desde esa alma herida para, en una auténtica catarsis, desentrañar esa triste realidad, que han sufrido tres pueblos, que un tiempo fueron uno solo, y, como lo expresa la relatora: poder decir que somos uno, somos más...

Más que la coca, más que la violencia, más que la muerte, un pueblo que es más porque aún tiene sueños, esperanzas, aunque su horizonte y su libertad se le hayan confundido en la guerra, sigue con su lucha, continúa en la búsqueda de una vida, así sólo encuentren la soledad. Un pueblo que camina, que anda, que no se queda quieto y que cada día se ilusiona por ver morir lo que siempre los ha matado y resurgir, para dar inicio a un mundo que, sin lugar a dudas, si se une, le será posible vivirlo.

Esta relatora, que decidió ocultar su nombre, dice:

Quiero entrañar las inquietudes de una generación que “no es de aquí ni es de allá”, pero, para hablar del municipio de Leiva y de El Palmar, hay que hablar del municipio de El Rosario. Yo nací en El Palmar, me registraron en Leiva, pero viví mi mayor parte de vida en El Rosario, que en ese tiempo eran un solo municipio; por eso le digo que para hablar de Leiva es necesario ir a sus verdaderas raíces, que nacen con el surgimiento de El Rosario, y comentar que hace muchos años nacieron tres pueblos que hoy llevan distintas banderas pero que son pueblos hermanos, que fueron paridos con el mismo sufrimiento; estos tres pueblos, como El Rosario, Leiva y Policarpa, hace muchos años, aproximadamente en el año 1977 o 1978, se dividieron; una de las razones era por la distancia entre una zona y otra, principalmente. Pero, a mi parecer, nos une una misma raíz, una sola historia y un solo destino: la violencia y la coca, que, a la larga, son la única especie de “cultura” que se ha vislumbrado claramente por estos lugares, más bien la subcultura del narcotráfico y la muerte, que, aunque no nos agrada, aunque cause sufrimiento reconocerlo, han marcado un hito de la historia de estos pueblos, que han sido algo así como la Santísima Trinidad... tres territorios que, a la larga, siguen siendo uno solo, marcados por un solo destino, por una misma realidad. Pero no somos solo eso, somos más, sólo que esa situación coyuntural marcó de muchas formas a las gentes de esta región, especialmente tiñó de sangre estas tierras, comúnmente y tristemente denominadas: “zona roja”.*

La subcultura de la coca, una de las etapas de la historia de esta zona. Se dice que es una subcultura porque destruye, degrada, genera amnesia de las verdaderas tradiciones, deja en la nada las costumbres, aniquila el imaginario de un pueblo, que es, en sí, lo que le ha ocurrido a esta población. La cultura que construye, al enlazar un tejido de pensamientos, de saberes, que establecen el tejido social, se hace notar por su ausencia. Libros que ayuden a sus gentes a repasar su historia, sus orígenes, su “yo”, se necesitan con urgencia, para cavar en la memoria los verdaderos cauces y, así, ganarle a la indiferencia y ver renacer un *ser* palmareño, que origine actos positivos, al dismantelar los patrones y modelos generales que han reprimido a la región y surja la disyunción, la ruptura entre el pasado y el presente, dislocación del tiempo, que se parte o fracciona para una desconstrucción del comportamiento, lo que no significa distanciamiento de tiempos, o sea olvido, sino un recuerdo activo; al decir esto último, se pretende enunciar que si se recuerda sea para generar cambios, no para incurrir en simples repeticiones. El desarrollo debe partir de la propia cultura de la región, de su propia identidad, no puede partir de una diferente, porque si no tiende al fracaso.

Las palabras de esta mujer son espontáneas y expresivas; en ellas se revela el deseo de que, por fin, se den verdaderas acciones de justicia. En la continuación de su relato, dice:

*La Peregrina, edad 40 años, La frontera.

La sangre aún clama justicia, pero no aquella justicia de “ojo por ojo y diente por diente”, que era la usual. Esa justicia la han asumido, por etapas, primero la guerrilla y luego los paras, dependiendo de las circunstancias y políticas imperantes que, en materia de seguridad o indirectamente, inciden que se propague una u otra, o ambas, porque se escucha, y algo de verdad ha de haber, que la guerra es un negocio, y así parece porque en lugar de disminuir acrecienta, se arma más gente, con uno u otro motivo, por defender los intereses de grupos de gente pobre o rica al principio, luego por narcotráfico, ahora por vandalismo y delincuencia común, por venganzas.

Por acá, desde hace mucho tiempo se clama mejor la justicia divina, porque es Dios quien debe juzgar todo esto que acontece y tener misericordia de estos pueblos, que necesitan volver a Él para reencauzar su ruta, su meta de peregrinación por este mundo, de hermandad, de bien. Pero para ello es necesario reconocernos, ver nuestros motivos, los motivos de la gente de esta zona, nuestra historia, debemos saber o tratar de desenterrar algo de la cultura que debemos tener, aunque nadie se ha preocupado por recopilarla, por manejarla adecuadamente; por falta de instrucción, educación, estos lugares hoy son catalogados, además, como “zonas de inminente riesgo de desplazamiento”, y este es otro factor que tenemos en común hoy por hoy.

Es bueno quererse encontrar desde la memoria con la cultura y con la historia de este municipio, creo que porque, como en esta tierra, a causa de la violencia, hay muchos emigrantes, no hay una compenetración con la tierra a la que se pertenece, será porque nos conforma esa llamada “población flotante”, que hace flotar y esfumar nuestros sueños. Los que logran llegar al gobierno municipal no hacen sino explotar sus recursos; como las alcaldías se han convertido en única fuente de empleo, por eso la disputa es encarnizada, incluso familias se dividen por la contienda electoral, así seamos de un mismo partido: el conservador, en su mayoría, con algunos rezagos de liberales, pese a que, en los últimos tiempos, la izquierda ha obtenido gran acogida, pero la naturaleza de estos pueblos es conservadora.

En este relato, se enmarca el desarraigo, un corazón que siente que vive en “la tierra de nadie”, una generación “que no es de aquí ni es de allá”, pero que lucha por lo poco que les ha quedado, porque, así sea un pueblo en el cual duela vivir, es también, y a pesar de todo, un pueblo del que duele irse. Irse, emigrar y, en la misma tierra, sentirse extranjero. Irse y tener que entrañar el pueblo que es de “uno-s” desde la distancia, que no ha debilitado en el corazón de la relatora el amor por su tierra; entonces, se puede ver que no importa la distancia, porque no es la que aleja, pesa más el olvido que separa al campesino-citadino de la tierra que un día cultivó, el olvido que vuelve urbano su corazón, que deja de ser parte del campesino que se quedó disputando la liberación y la paz del pueblo.

Quedarse y luchar, pero, al mismo tiempo, al ver la crudeza de la realidad imperante, el deseo de salir corriendo fuera de su territorio. El desarraigado corazón perdió su amor... la tierra es de ellos, de los que tienen las armas para conseguir el “pan de cada día”, mientras el campesino tiene que trabajar para merecerlo. Por eso se van, por eso es flotante su destino, una población en el aire, a donde nadie llega, pero también de la que los pocos que quedan se van... “creo que porque, como en esta tierra, a causa de la violencia, hay muchos

emigrantes, no hay una compenetración con la tierra a la que se pertenece, será porque nos conforma esa llamada población flotante, que hace flotar y esfumar nuestros sueños”.

La emigración que se presenta en este municipio, a diferencia o en comparación con muchos otros, no sólo de nuestro Departamento, sino del país, se da en su mayoría a causa de la violencia; muchos abandonan el territorio por miedo e inseguridad, presas de la violencia, se motiva el desplazamiento forzado, lo que genera un tránsito de gentes, de culturas, que no le permite al municipio implementar o consolidar políticas estables, y al pueblo, a su vez, tener una verdadera identidad.

Los pocos que por iniciativa propia salen a la ciudad a estudiar para alcanzar un grado más de educación, o para lograr mejorar la situación económica, son los jóvenes, que abarcarían una emigración individual; la emigración grupal se da por la violencia y la falta de oportunidades que con ella trae, no salen por el deseo de conseguir un mejor patrimonio o porvenir. El campesino no quiere dejar su pueblo, es muy grande la relación que existe entre él y el lugar donde vive, lugar que es mucho más que el escaso espacio que consiguió a la fuerza en la ciudad; lo obligan a salir, a él y su familia, a ella y sus hijos, a los huérfanos con una tumba como recuerdo, que batallan en la adversidad y sufren por la ausencia de su tierra y de sus seres queridos, de sí mismos, que ya no “son” pero que luchan por serlo, en tierra de extraños.

Cuenta la relatora, al retomar como fue el origen de este pueblo, que:

Como de El Rosario provino Leiva, hay muchas versiones de su origen; unos docentes estudiosos de este municipio mencionan que los primeros pobladores de El Rosario fueron los “patías”, que eran una etnia que vivía en la ribera del Río Patía. Pero que los indígenas propios de El Rosario son los camaguaras; estos indios hacían las mismas labores que nuestras gentes campesinas; argumentan que se dedicaban a la agricultura y la ganadería de manera primitiva, como hoy en día ocurre; como se ve, no ha habido mayor progreso desde esa época antigua hasta el presente.

Si usted observa, la gente, en el campo, vive así, sin mayores técnicas; más bien, todo se tecnificó cuando llegó la coca, se incrementaron los sistemas de riego, los abonos, etc., pero todo por el tiempo en que duró esa bonanza, porque ahora es desolación y pobreza, otra vez la agricultura reinante es más bien de subsistencia porque, para sacar los productos como el maní, maíz, plátano, yuca, arracacha, fríjol, papaya y cítricos, se necesitan buenas vías, centros de acopio, de lo contrario seguiremos en un círculo vicioso de buscar cultivos que den plata rápido; la agricultura que se da es más bien para la casa, para sobrevivir, porque no está tecnificada, no se sacan toneladas de un solo producto, que es lo que solicitan las grandes empresas y cadenas de supermercados; se sigue viendo la falta de preparación y de tecnificación, se requiere educación, pero cuando alguien sale a estudiar, ya no regresa, se queda en otra ciudad, pocos son los que regresan a dar progreso a nuestros municipios.



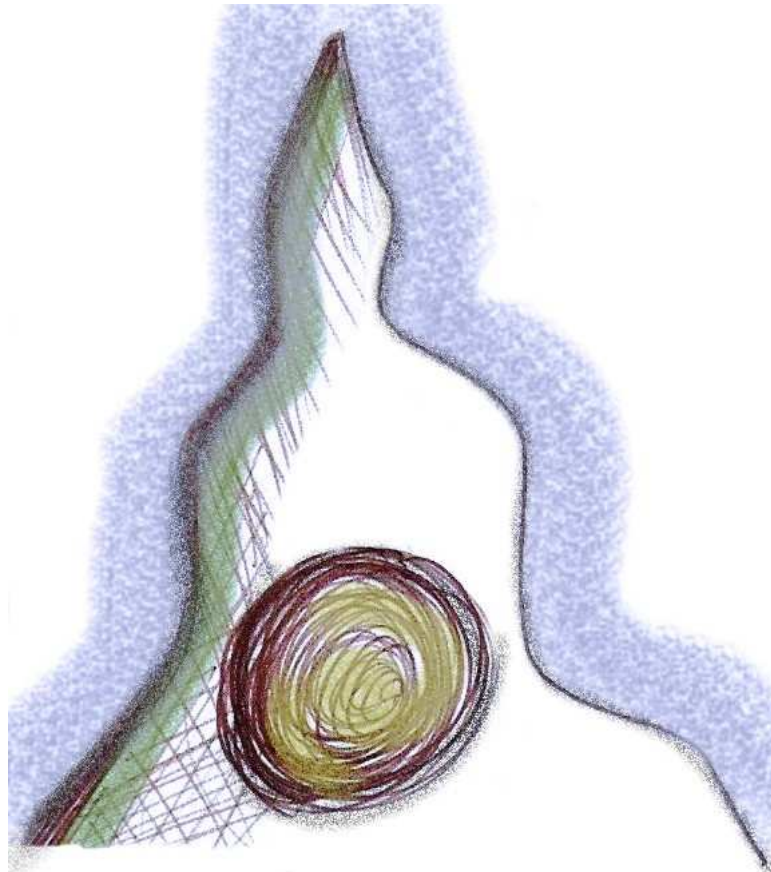
Gráfica 11. Refugios

Bueno, remitiéndome de nuevo a la historia, se dice que en el año 1815 llegaron unos señores españoles: Concepción, Vicente y unos dicen que José, otros dicen que Mariano Ojeda; esta dizque era una familia que estaba huyendo, que venían de Quito, Ecuador, eran gente desarraigada del lugar de donde vivían; los perseguían por cuestiones políticas, al parecer. Ellos se asentaron en ese lugar, en la parte encumbrada del Valle del Patía. También se menciona que llegaron a ese lugar los señores Mateo Cerón y Fermín Gómez, se escucha poca información de ese mestizaje. Por esa época, cuentan las gentes que había muchas guerras civiles, con las cuales llegó el Coronel Andrés Ojeda, seguido por algunos soldados. Mi madre me contaba que nuestra familia tenía el linaje de este Coronel, que era el tatarabuelo de la abuela de mi mamá; hace poco murió una tía en segundo grado, que vendría a ser la tataranieta, no sé en qué grado, de este coronel.

Es curioso ver como el origen del Municipio surge de un destierro; fue gente que llegó para refugiarse, para ocultarse de sus perseguidores. Veo que tiene alguna lógica que no fuimos una población que quiso nacer, que se planificó, sino que se creó por la fuerza de las circunstancias; ahí dejo planteada esta afirmación e invito a todos a actuar, para dar una solución teniendo en cuenta todo este panorama de saberes populares; que los jóvenes, sobre todo, se planteen preguntas, como ¿por qué somos así?, ¿para dónde vamos?, con el objeto de entrañar un cambio hacia la paz, de emprender este viaje hacia la búsqueda de las razones y motivos que nos han llevado a ser lo que somos hoy y a cooperar con Dios para poder parir la esperanza de estos tres pueblos, que son uno verdadero.

Hablando de muertes, y de tristes venganzas que en nombre de la justicia se hacían para saldar cuentas, y para mirar que la violencia también la producen los pobladores, los cuales, si no se controlan, pueden desatar también una gran guerra, en la siguiente narración se encuentra la historia de un oído que lastimosamente cobró la vida de un hombre que, al querer ayudar al progreso del pueblo, encontró la muerte; la mina de don Carrillo, que es hoy un mito hecho tumba, es el centro de este relato.

Al Caminar por las solitarias carreteras de El Palmar, para regresar del pasado encontrado en las palabras de tantos hombres y mujeres que, en un diálogo de experiencias, con gran cariño accedieron a contar, llegó la noche, sólo faltaban unos cuantos pasos más para encontrar el caserío, pero una sombra apareció en la oscura soledad; la reacción inmediata fue detenerse y esperar que se acercara más para reconocer quién era; buenas noches, una voz conocida, una mano amiga que se aferra al saludo caluroso que espantó el miedo y, de ahí en adelante, comienza otro viaje a la historia, donde se encuentra el misterio de la mina de don Julio Carrillo y su fatídica muerte.



Gráfica 12. Mina de don Carrillo

El caminante, como quiso llamarse el relator, se unió al retorno del ayer de su pueblo y contó una de las tantas experiencias que ganó a sus ya cumplidos cincuenta años; al lamentar el tiempo de violencia, al que El Palmar se vio sometido, recordó hechos dolorosos, y cuenta que:

Un hecho lamentable, en la historia de las primeras muertes de este pueblo, fue el asesinato del ingeniero Julio Carrillo; él venía de los Estados Unidos, llegó por embarcación a la Costa del Pacífico, ahí conoció a una morena, se enamoró y se quedó viviendo con ella; como, en esos tiempos, los negros que vivían en El Charco salían hasta El Palmar a cambalachar oro por remesa, entonces don Carrillo decidió venirse a vivir acá, interesado en una mina que, supuestamente, quedaba en una finca que se llama Australia, la cual queda en La Villa; comentaban que él era orientado por el General Obando, que tuvo unas corridas por estas tierras, y que él hizo unos planos de la mina y que el finado Carrillo se los quitó y, con la intención de encontrarla, se vino pa' El Palmar.

Como don Julio era muy amigo de mi papá, llegaba a la casa a pedir posada. Una noche escuché una conversación entre él y mi papá; don Carrillo le dijo que las minas que quedaban en Sindagua eran raíces de la mina que hay en la finca Australia: “son raíces; esas no son la mina, la mina está en ese cerro, ahí es la base de la mina”; yo era muchacho y me ilusionaba eso que él decía y creía en sus palabras, pero mi papá no le ponía mucha atención; una mina que hasta ahora nadie ha encontrado, eso era muy raro; todo el mundo comentaba que él sacaba mucho oro de ahí y que no le gustaba que los trabajadores lo acompañaran hasta la mina, ni la mujer conocía el camino, muchos la buscaron, unos decían que habían llegado pero que, cuando estaban cerca, sintieron que les empezaron a caer piedras, y no cualquier piedra, sino piedras grandes, y decían que era el duende que estaba adueñado de esa mina; otros decían que no existía, que era mentira, no se sabe a quién creerle; el que sabía, se llevó el secreto a la tumba.

Después de estar un tiempo viviendo aquí en El Palmar, él quiso ayudar al progreso de la región y pensó en hacer una carretera que no pasara por Leiva, sino por Santa Lucía, y que saliera a un punto que se llama La Garganta, que queda en medio de Leiva y Las Delicias, cruzara la cordillera y bajara a la finca de él, pero sucede que a un señor no le gustó que el trazo de la carretera cruzara por una parte de su finca, le puso mucho problema, hasta lo amenazó públicamente, se arrodilló en la mitad de la plaza y le juró que matarlo, lo mataba; toda la gente escuchó eso, se quedaron esas palabras en la memoria de todos los que estábamos en esa vez, pero, bueno, pasaron los días y casi no se le hizo caso a la amenaza.

Don Carrillo empezó con el trabajo de la carretera; como en ese tiempo era a puro pico y pala que se trabajaba, según el comentario, el día en que lo mataron, él llegaba de conseguir plata y herramientas; decían que traía cuatrocientas herramientas, pero, como no había carretera hasta El Palmar, las dejó en Mojarras, pa' luego ir entrándolas poco a poco. Como todo lo que él decía lo cumplía, si un camino estaba dañado él decía: “voy a traer plata p' arreglar el camino”, iba y traía la plata y hacía arreglar el camino, entonces parecía que esa mina sí existía, porque, imagínese usted, siendo él todo un ingeniero, pa' quedarse a vivir en estas selvas era porque aquí tenía, como quien dice, “una mina de oro”, entonces se ve que vendía el metal y traía plata pa' invertir en este pueblo.

La vez que fue por las herramientas visitó a mi padre, descansó un rato; mi papá le decía que se quedara, pero no quiso, dijo que al otro día salía a hacer remesa y que llegaba nuevamente ahí, pero al otro día no llegó; mi papá decía que tal vez estaba enfermo. Un día lunes llegó un señor de La Villa, que se llama Pedro, y le pregunté por don Julio, me dijo que había salido el sábado al pueblo, pero le dije que aquí no había llegado, que el viernes sí lo vimos; entonces, le dije que vaya a ver a mi papá y le comentara que don Carrillo no aparece, mi papá reunió a la gente y el día martes se fueron a buscarlo, lo encontraron muerto en el Río San Pablo; el que lo mató quería hacer creer que era que se había caído del caballo y se había ahogado, pero yo, con otra gente, declaramos lo que aquel señor dijo esa vez en la plaza, y lo detuvieron; luego, en la necropsia le encontraron un tiro de pistola en el sentido; antes de eso se creía que se había caído de la mula y se había golpeado en una piedra, pero yo estuve ayudando cuando lo sacaron de la sepultura para mirar qué era lo que había pasado, entonces mandaron a traer helechos y agua pa' lavar el cráneo y allí salió el proyectil y estaba la cabeza partida, entonces los médicos dijeron que p'acabarlo de matar le habían dado con una varilla.*



Gráfica 13. Ríos de muerte

Así se acabó con la vida de un hombre bueno, todo por la terquedad de unos, por no dejar que don Carrillo haga la carretera por una finca que no valía mucho; que, al contrario, podía tomar valor al tener la carretera cerca, pero no se piensa sino en los actos violentos y así no se deja progresar, y la juventud tiene que pensar en esto porque después serán ellos nuevos dueños de fincas y, como todo va por el camino del progreso, sepan que los altercados entre finqueros a veces son puros caprichos que llegan a finalizar en la muerte.

* El caminante, 50 años, Los montes.

En relación con el otro, los seres humanos construyen la sociedad y, con esto, un territorio, por eso la idea de saber convivir no puede ser simple y llana; por tanto, lo que pasa en la región debe servir de base dialógica entre sus habitantes y no un motivo más para tomar decisiones, que encuentren su única solución en las vías de hecho, como llegar a liquidar a quien discrepa de un pensamiento.

Una muerte no puede quedar como el símbolo de la diferencia entre dos pensamientos, por eso en esta reflexión que trata de destacar las malas acciones del pasado, se hace el llamado a tomar conciencia al exponer otra vía, la de saber compartir en la diferencia, para no enajenar un pensamiento a fuerza de imposiciones, sino para coexistir con otro que, sin duda alguna, es parte fundamental de cada existencia. Si esta es una realidad que sobrevive con el tiempo, no está demás en este relato, pues el relato sirve siempre y cuando hable de una realidad y de un presente y el saber convivir es una de tantas realidades presentes.

Tal vez don Carrillo estuviera vivo, la carretera hecha, el finquero con más posibilidades de salida, pero no se puede cambiar esa parte de la historia, se debe superar y tratar de construir una mejor para contar. Y, así, queda no solo en el recuerdo un hombre que sufrió las consecuencias de la falta de convivencia y diálogo, sino una mina que se vuelve un mito, perdida entre el espesor de alguna montaña, custodiada por los duendes, distante del ojo del ambicioso, del pobre que mira en ella su riqueza, del minero improvisado, del guaquero y hasta del ingeniero, quienes buscaban y aún buscan el camino de la fortuna, que se quedó inscrito en la memoria de aquel hombre de tierras lejanas que hoy reposa en alguna tumba.

Pero con la muerte de don Julio Carrillo no muere la lucha, el pueblo trabaja por conseguir un camino, que los comunique con el resto de la región y les facilite mejorar su economía; en el relato, el señor Edilberto Santander narra cómo se une la comunidad y consigue la carretera que se les habrá negado, por altercados personales; a diferencia de la experiencia anterior, esta es una demostración del cooperativismo y de los logros que una población puede llegar a conseguir, si se mantiene unida.

Las manos del obrero, del campesino, del ama de casa, del alcalde, del niño, que toma como una aventura trabajar por su comunidad y que, sin entender mucho lo que hace, lucha por alcanzar el sueño que los adultos se han propuesto lograr, se unen para conseguir que su pueblo avance. Esta labor por la región no es sólo un hecho patriótico, regionalista o heroico, es mucho más que vanidades; estas manos van en la búsqueda de salir de un estado estancado y, al ver que las ayudas se han quedado en el olvido, toman sus propias decisiones, y su camino como pueblo arranca hacia otro rumbo, que ha logrado que El Palmar sea hoy un territorio digno para vivir. Así, llegan los primeros rayos de luz y la aventura de construir nuevos caminos.

Desde los rasgos sonoros de la voz de un pueblo, que ha luchado por mejorar la morada que acuna a muchas personas, que serán la semilla del nuevo campo, el narrador cuenta:

Crecí en El Palmar, en medio de sanos trabajos, los que le enseñaban a uno desde que era pequeño, lo formaban en que había que ser trabajador y responsable; a mí me enseñó a trabajar mi padrastro, que se llamaba Arcesio, muy buena persona. Después ya fui creciendo, me casé y me quedé a vivir en estas tierras y quise ayudar a su progreso; entonces, nos fuimos organizando con otras personas y, como el pueblito no tenía luz, quisimos crear una planta; entonces, nos reunimos a trabajar para lograr tener energía en El Palmar; los hombres nos fuimos por la tubería a Mojarras, pero, como el camino era de herradura, nos tocó cargar esa tubería a puro hombro p'hacer la planta de luz, una planta inventada por el padre Antonio Bucher; eso fue en el año 70, toda la comunidad ayudó al padre a hacer esa planta; todos, con el anhelo de tener luz en el pueblo, logramos hacer la planta, nos unimos y nos preocupamos por nuestra comunidad, quisimos soñar con un mejor pueblo para nuestros hijos.*



Gráfica 14. Territorios de vida

*Edilberto Santander, 58 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

Edilberto continúa y expresa en sus palabras la esperanza de transmitir, a los nuevos hijos de este pueblo, el deseo de construir espacios de vida, para mejorar cada día lo que se forjó en el pasado.

La juventud de ahora poco se interesa por el progreso de su pueblo, si no esta región hubiera surgido más, porque se cree que ya todo está hecho. A nosotros, los abuelos, los papás, nos enseñaban a ser colaboradores, al menos con los curas que llegaban y que querían hacer algo, uno estaba dispuesto a colaborar, y así fue que logramos tener la planta, y era muy capacitada, porque la energía llegaba hasta Leiva. La planta la tenía ubicada el padre Antonio donde los Araújos, pero sucede que, después, el padrecito se volvió loco y se perdió, entonces poco a poco se acabó la planta.



Gráfica 15. Santa locura

Se siguió trabajando con las Juntas; a mí me tocó liderar la vereda El Chupadero, la que ahora es El Cedro, y me tocó seguir trabajando en las Juntas p' hacer la carretera; ya nos mandaron un alcalde, el cual era nombrado, no era escogido por voto popular; con el tiempo tuvimos nuestro primer alcalde por voto popular, él se llamaba Leader Guerrero; antes de él, los otros alcaldes trabajaron junto al pueblo para terminar de entrar la carretera, porque en ese tiempo estaba hecha de El Estrecho hasta Santa Lucía, después poco a poco fue llegando a Leiva, hasta que llegó a El Filo, o conocido como Plan del Oso, y ahí se iba a quedar, no llegaba hasta El Palmar, y era retirado; entonces, nos reunimos todas las Juntas pa' ver de qué manera se podía hacer pa' que la carretera llegara a El Palmar; entonces, resultó que la gobernadora de ese tiempo, que era Mercedes Apráez, nos cedió una máquina, pero el problema era que tocaba ir a traerla, pero no legalmente, sino que nos tocaba robar la máquina que estaba en Cabuyales, al lado de San Pablo; íbamos una gran cantidad de gente, entre mujeres, niños y hombres; cuando pasamos por Leiva, la gente se quedaba admirada de ver semejante procesión, nos preguntaban que a dónde era que íbamos, les decíamos que a traer una máquina para meter la carretera a El Palmar; se nos burlaban y no nos creían; entonces, decía un mayor que estaba en el parque: "no les crean, ha de ser una máquina pa' moler café, no más, que van a traer"; seguimos nuestro camino con el pensamiento de lograr traer esa máquina, no podíamos quedarnos quietos esperando a que nos ayuden porque ya habían pasado varios años y no se habían preocupado por nosotros, nos abandonaron en ese proyecto; tocó, entonces, ingeniárnoslas. Cuando llegamos, encontramos a un solo cuidador, a él le ofrecimos algo de dinero pa' convencerlo y se pusiera de acuerdo con nosotros pa' poder traer la máquina; él nos dijo que en la noche iba a haber una fiesta, esperamos a la noche y, cuando los otros cuidadores estaban bailando, subimos la máquina a una camioneta y la trajimos.

Llegamos a Leiva, la gente nos miraba y, entonces, nos creyeron y fue un bullicio celebrando, fue un logro de la comunidad. De ahí ya nos tocaba cuidarla, que no se la vayan a robar otra vez; para eso la gente se turnaba y se quedaba al cuidado de la máquina, pero después dijeron que pa' estarla cuidando era mejor bajarla al pueblo y empezar desde acá el trabajo, y así hicimos, la descendimos camino abajo y hasta que se logró entrar la carretera a El Palmar.



Gráfica 16. Sueños colectivos

Muchas maneras de hacer y pensar la comunidad, muchos actos transformadores y constructivos se dan y se logran cuando hay unión, compromiso y sentido de pertenencia. La colectividad que se genera entre los habitantes hace que surja como pueblo, si no existe unidad y compromiso es difícil que no sólo un pueblo sino todo un país pueda prosperar: “fue un logro de la comunidad”; no existe en estas palabras la intención de un beneficio individual, es un logro de todos y para todos.

Crear nexos entre la institución educativa y los actos sociales es establecer puentes de unificación entre la región y el individuo, que se requieren para que logre reflexionar sobre su estado y sea partícipe de sus cambios positivos, se encuentre no sólo con un aprendizaje basado en la acumulación de información cognitiva, sino con prácticas experimentales, que repercuten para crear seres sociales, que no sólo viven una realidad sino que la transforman, al entrar en un compromiso personal-colectivo, donde el aporte que haga el estudiante, el joven, el campesino, el niño, la mujer, el líder comunitario, contribuya para vivir en comunidad y solucionar juntos los conflictos, tomar en cuenta al otro y entender que su esfuerzo, su participación, ayuda a lograr los objetivos, no sólo de un pensamiento, sino de un pueblo.

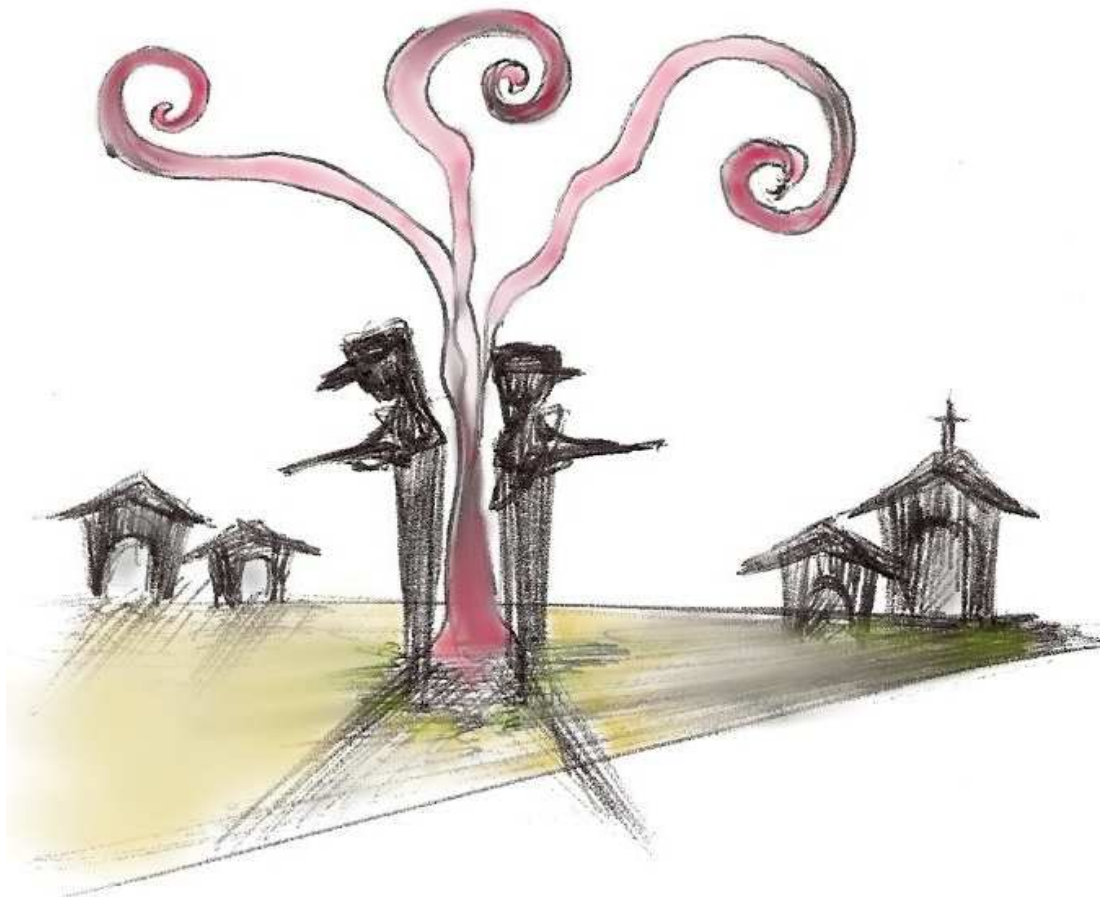
Desde la unión de esfuerzos, se consolidan los sueños; así, se ve crecer una región; don Edilberto Santander lo describe de la siguiente manera:

Después, se siguió trabajando para meter la carretera a las veredas y nos fuimos a hablar con el alcalde, que en ese tiempo era Afranio Rodríguez, y nos dijo que la única manera que él nos podía colaborar era lanzando una candidata en cada vereda y la que recolectara más plata era a la que se le iba a colaborar más y, como yo era de la Junta de la vereda El Cedro, me puse con la gente de esa vereda a trabajar, vendíamos envueltos, helados, hacíamos festivales y así El Cedro fue la vereda que más plata recolectó; con esto nos aportaron con la carretera, que iba desde los Roseros hasta la escuela, logramos eso también con la máquina que primero nos quitaron y que nos tocó ir a recuperar; ahora está por ahí tirada y dañada, pero nos ayudamos mucho. Así vimos llegar la luz, la carretera, el acueducto, con el trabajo conjunto; ahora que ya tengo mis años, espero que la juventud haga algo mucho más productivo por esta región, porque unirse a la comunidad es bueno, no hay que estar distanciado de lo que le pertenece a uno.

El hogar, desde donde se da el amor al primer territorio y a partir del cual se transporta el saber con el que los pueblos se han constituido, fundamenta, en los jóvenes, un acercamiento a su comunidad y da un sentido de pertenencia, y en la escuela se cimenta ese *ser regional*; así se logra que los muchachos y las muchachas no sólo reconozcan su comunidad, sino que ayuden a su progreso, mejoren su presente y se comprometan con el futuro de su región, al brindar un espacio en el cual se ayude a construir convivencia y nuevas alternativas para el desarrollo, tanto tecnológico, como académico y económico, para convertir lo que se ha recibido en el hogar en una pedagogía de construcción y hallar identificación entre lo que son y lo que aprenden.

Los viejos pobladores han realizado su obra; el acto siguiente está en las manos de la juventud, en ellas está la esperanza: “espero que la juventud haga algo mucho más productivo por esta región, porque unirse a la comunidad es bueno, no hay que estar distanciado de lo que le pertenece a uno”.

2.2.2 Un pueblo flagelado por la violencia. Los caminos, los ranchos de palma, el progreso, el comercio, las fiestas, casi todo se desarrolló en medio de la violencia y la coca; se fue conociendo desde los inicios la muerte, pero el pueblo mantuvo la esperanza de vivir, fue flagelado por la guerra, pero mantuvo la marcha hacia el porvenir; no obstante, los vestigios del conflicto quedaron cimentados en el alma, y desde ellos se hablará en las siguientes narraciones que, sin dejar de remitirse al pasado y la historia de la región, hablan del tema de la violencia, donde los testimonios desnudan el corazón herido y muestran lo oculto y silenciado por mucho tiempo.



Gráfica 17. Tierra emboscada por la muerte

El señor Segundo Morales, uno de los primeros policías que entró a la región, habla sobre su llegada a El Palmar y del dolor que le causó tener que ver partir a sus compañeros, después de recibir la orden de abandonar el pueblo, por la aparición de la guerrilla en estas tierras. La mirada triste de este excombatiente es uno de los reflejos más claros de los rastros que dejó la violencia y, aunque las arrugas den cuenta de los años que le lleva respirando la vida, la juventud prendida en el alma deja al descubierto la lozanía con la que aún enfrenta las desventuras del destino.

Su testimonio comienza así:

Yo era policía y me trasladaron de La Unión (Nariño) a El Palmar; en ese tiempo no había carretera, tocaba en canoa y a pie; se pasaba el Río Patía y después, a caballo, se llegaba al pueblo. Cuando llegué sólo había cuatro policías y un comandante, la gente era buena, no era problemática, no había disturbios, por eso no se necesitaban muchos hombres para cuidar el pueblo. Se convivía sanamente con los civiles, nos respetábamos y había una hermandad, porque ellos sabían que nosotros estábamos para cuidarlos, para defenderlos de robos, que eran muy frecuentes en ese tiempo, pues robaban mucho ganado, trapiches, esa era la vigilancia que nos tocaba hacer; no era como ahora, que se escucha tanta cosa, tanta muerte, tanta violencia; se controlaba el robo y algún problema que no faltaba entre las familias, o los borrachos que a veces eran los que más se metían a buscar peleas, nos tocaba controlarlos; a veces, con machete en mano, azotaban el suelo desafiando al enemigo y no pasaba de una pelea de borrachos, rabias que se ganan entre copas, pero había otras veces que esas riñas dejaban muertos; entonces, el responsable se lo detenía por veinticuatro horas en el calabozo y, posteriormente, era puesto a disposición de las autoridades competentes del municipio de El Rosario, porque en ese tiempo Leiva era un corregimiento que pertenecía a la jurisdicción del municipio de El Rosario, y eran ellos quienes dictaban los correctivos pertinentes. Así se castigaba en ese tiempo, al menos se los metía a la cárcel, no seguían la venganza, porque aquí, por venganzas, se han matado familias enteras; conozco el caso de la familia Hermosa Aguirre con la familia López Guevara: se declararon enemigos y ellos se mataron hasta el último hombre de cada familia, no quedó ninguno de los hombres, sólo los papás y algunas mujeres.

Eso pasó cuando el pueblo quedó sin autoridades, sacaron a los policías, con la llegada de la guerrilla; para ese entonces eran los ochentas y yo ya me encontraba jubilado, pero me quedé en este pueblo porque me gustaba la región. Con la salida de la policía, la gente empieza a aplicar su propia ley; por ejemplo, si usted mataba a una persona, había alguien que vengaba ese muerto, sea el papá o el hermano, y así seguía una cadena de muerte, porque la policía al menos ponía orden, agarraba al asesino, lo metía a la cárcel, y la familia, es duro decirlo, pero se consolaba, porque se sentía un apoyo, pero se llevaron la mano que en algo hacía justicia y se pone la ley del monte, como se dice.*

“La ley del monte” vendría a ser, tal vez, la ley del talión, ojo por ojo, diente por diente, es la ley que el pueblo crea para hacer justicia con la venganza: “si usted mataba a una

*Segundo Morales, 84 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva-Nariño.

persona, había alguien que vengaba ese muerto”. La justicia, una palabra manoseada por la muerte, impulsada por las ansias de compensar dolores, encerrada en conceptos erróneos, no puede seguir siendo más objeto de falsos significados; por eso se hace énfasis en la justicia, para cambiar el ambiente en que esta palabra se pronuncia, un ambiente que lleva auestas una cultura de violencia, una cultura que puede modificarse, porque el concepto de justicia, que se tiene en la actualidad, se ha adquirido a fuerza de malas costumbres; no es algo natural en los palmareños, ni en los colombianos, ni en ningún ser humano, es una construcción cultural que se puede transformar a través de la educación, de pedagogías que lleven la recta intención de formar personas para la paz, para el respeto de los derechos de sus semejantes, cerrar el círculo en el que han girado la injusticia, la muerte y la violencia a través de la historia.

Eliminar los problemas de la sociedad, de la comunidad o de la región, sería una visión utópica de seres pretenciosos, pero tratar de enfrentar esos mismos conflictos con una alternativa diferente a la violencia es una posición que toman personas que quieren alcanzar objetivos reales, sin hacer la guerra para alcanzar la paz, la justicia, la equidad.

El relator decía: “se llevaron la mano que en algo hacía justicia”, el Estado abandona la seguridad del pueblo: ¿miedo?, no tanto como el que sintió la gente que verdaderamente vivió la guerra y sus consecuencias; ¿estrategia?, tal vez, sólo que duró alrededor de veinte años, lo suficiente para entrar en la cultura de la ley del monte, tiempo para tomar como positivo el camino de la violencia para hacer justicia.

Enseñar en estos relatos la realidad, darla a conocer tal y como es, sin maquillajes, ni como algo ideal, es una opción de práctica-transformadora, porque no sólo se aprende de la realidad, sino que se aporta con otras opciones, para mejorar, la opción de la cultura de los seres pacíficos.

Y la marcha de un pueblo continúa, marcha que narra la voz de don Segundo Morales a la sombra de la noche, junto a una improvisada fogata en el patio, a las seis de la tarde, la noche ya casi desnuda en el cielo nublado de El Palmar, espesa niebla que sólo deja figurar su boca en los oídos, al sentir, en el sonido, el dolor de su vivencia.

En los años ochenta, empieza el brote de violencia y llega la guerrilla matando gente y, por este motivo, las personas se van a la ciudad, otros a los pueblos a probar vida por allá, tenían miedo de quedarse, espantados salían chorros de gente dejando el pueblito solo. Empieza la perturbación en el orden público y, como le cuento, le tocó ir saliendo a la policía; lamentablemente, el comando empezó a recoger los puestos de policía porque el personal era poco para toda la gente que manejaba la guerrilla, no hicieron por mantenerlos y reforzar con más agentes, nunca entendí por qué no dejaban a los compañeros para que nos cuiden, mandaron la orden de salida y se olvidaron de nosotros;

después de un tiempo, instalaron un puesto de policía en Leiva, pero casi poco venían hasta acá, por lo caliente que era esta zona.



Gráfica 17. Hombres de guerra

En la voz de don Segundo se desahogan muchos dolores; él abandona al ser individual, para ser portavoz de toda una colectividad: “...no sólo nosotros sufrimos sino todo el pueblo, porque así como a mí me mataron a mi nieto y a mi yerno, a otros les mataron los hijos, la mamá, el papá...”

Después empiezan a sembrar coca y eso alzó la economía del corregimiento, la gente se emocionó por esas matas, porque les daba buen resultado, entonces fue alzando como una espuma este pueblito, compraron buenos carros, ya teníamos salida en carro, se miraba el progreso; progreso, por decir, porque con ese progreso venía un atraso, porque como eso atraía a los grupos subversivos y ellos se adueñaban y, como le contaba, espantaban a la gente y la gente salía y el pueblo se quedaba solo y, después de un tiempo, a empezar de nuevo. Y así lo hemos ido pasando, unos tiempos buenos, otros tiempos malos, como ahora, porque en este momento nos encontramos humillados, en realidad con miedo y, más que todo, por la masacre que hubo en el año pasado, el 29 de diciembre de 2007, en la noche de ese diciembre murieron dos personas que pertenecían a mi familia: el uno era nietico, de tan solo quince años, y el otro era el marido de mi nieta, al que yo apreciaba mucho; eso hace que haya una desorientación, no únicamente en mi familia sino en toda la población, porque no sólo nosotros sufrimos sino todo el pueblo, porque así como a mí me mataron a mi nieto y a mi yerno, a otros les mataron los hijos, la mamá, el papá;

fueron cinco los muertos, entre ellos una mujer. Por ese motivo fue el desplazamiento de mucho personal que salió de este pueblo; yo no he salido, aunque parte de mi familia, como hijos, nietos, bisnietos, se fueron a pasar su dolor a otro lado; eso es duro, pero yo de aquí no salgo, esta es mi tierra y, pues, en realidad no me meto con nadie, mis años me enseñaron a no incluirme en ningún problema porque en estas tierras uno paga con la muerte.

Esta realidad, que afecta a un pueblo, surge desde el silenciamiento, para dar valor a la versión de unos acontecimientos, que tal vez se trataron técnica, estadística, económicamente, en la construcción de la historia, pero no afectivamente, no se prestaron los oídos para escuchar el dolor de las víctimas que ha dejado esa historia, un dolor que enmudecía en el corazón y mataba lo poco que en él quedaba vivo. La historia oficial de este pueblo, y de muchos otros, que data fechas, estadísticas, victorias, héroes y derrotas, lastimosamente no habla de que el campesino, uno de los eslabones para dar la victoria a un héroe, es también una de las víctimas incorporadas en aquellas estadísticas y, además, el más afectado por aquella derrota. ¿Dónde está esa voz?, ¿dónde su sufrimiento y su destierro, después de que todo, supuestamente, ya había *pasado*?; pasado que suena a verdadero olvido, no regresar, porque significaría remover viejas heridas, que es preferible que se queden como empezaron, en el silencio, como un fantasma que espanta a la verdad.

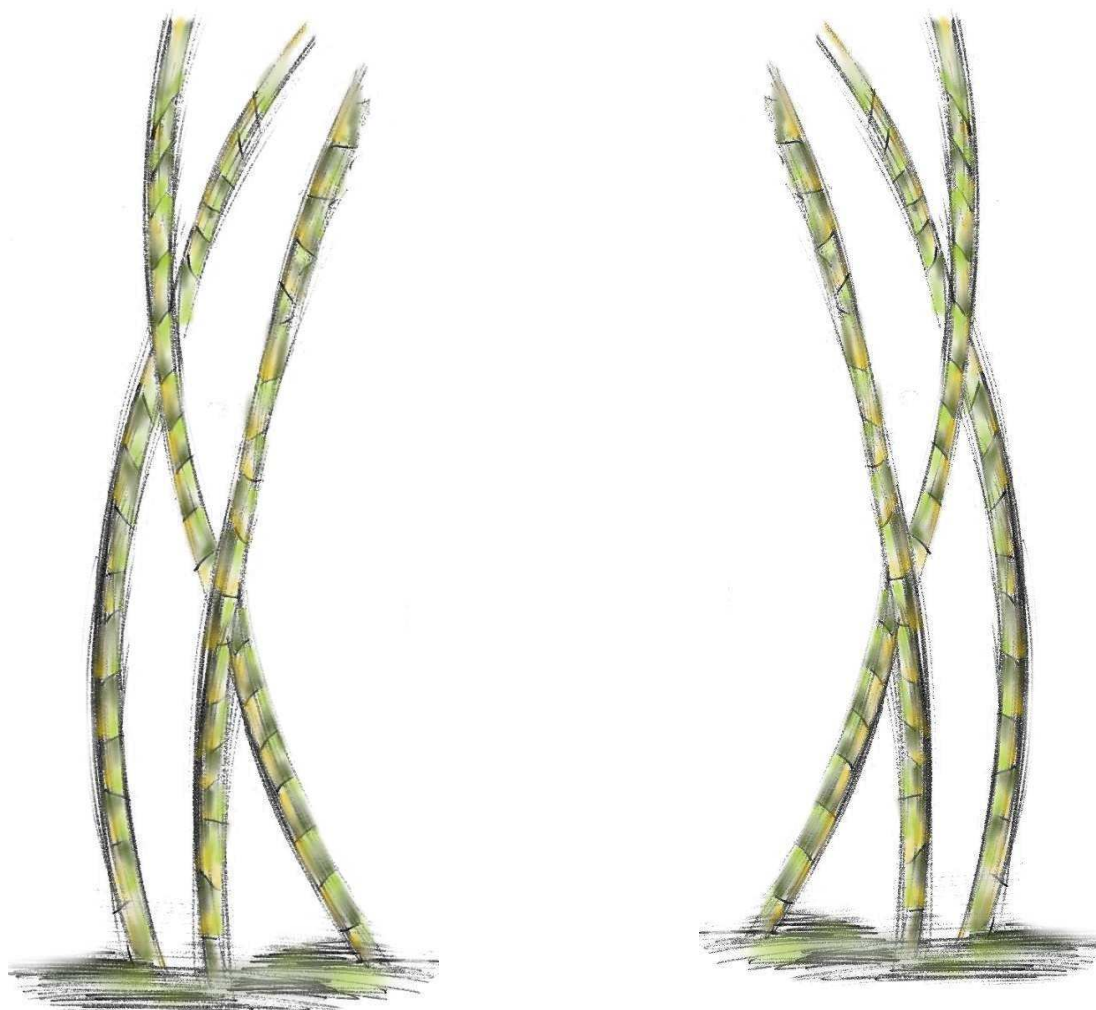
Esta historia, que se quiere reconstruir a través de los relatos, no es un collage de tragedias, ni una colección de datos; en este testimonio, la voz del campesino, que es mujer, hombre, niño, joven, pueblo, habla, llora su tormento, como expresión de una memoria colectiva, que también se presenta en el relato, de otro ex policía, que presencié el atropello que, los grupos subversivos y el abandono del Estado, ocasionaron a los habitantes de El Palmar.

Desde el destierro, en el entorno de otras tierras, con el paso encaminado en otros rumbos, este hombre, que empuñó las armas por defender al pueblo, repasa las tragedias, que con la violencia y el cultivo de la coca, tuvieron que padecer como pueblo, no ya como servidor del Estado, sino como campesino y labrador; el señor Miguel Alvarado refiere:

Como yo era agente de la policía, en los años de 1970 me trasladaron de la ciudad de Pasto al corregimiento de El Palmar; para entrar, recuerdo que me tocó llegar hasta Mojarras por un camino de herradura, después de estar en Mojarras tocaba alquilar una bestia para poder desplazarse hasta Leiva y posteriormente a El Palmar. Así fue la manera como entré por primera vez allá y todo me iba pareciendo sorprendente porque era muy dura la marcha, los caminos bastante difíciles de transitar, un clima fuerte en todo lo que era el Valle del Patía. Una vez llegamos a Leiva, en esa estación permanecimos un día y luego ya nos desplazamos hasta El Palmar, lugar donde me asignaron prestar mi servicio.

Durante mi estadía pude apreciar toda la forma de vivir de la gente, sus costumbres y me pareció muy buena, bastante trabajadora, gente honesta, que estaban dedicados netamente a la agricultura y ganadería, una región productiva, una región que se abastecía de todo,

en todas las veredas había gente emprendedora y trabajadora, había continuo movimiento, sobre todo en el trabajo de la siembra de caña, era bastante el trabajo, unos cortando caña, otros moliendo, otros sacando la panela en recuas para venderla, había un buen comercio para la caña de azúcar; los que no estaban dedicados a la elaboración de la panela estaban dedicados a la siembra de frijol, maní, maíz, plátano, productos que eran sacados a vender a la cabecera del corregimiento; en el caserío había personas que tenían sus centros de acopio donde compraban todo lo que se sacaba de las veredas; en Leiva, habían otros centros de acopio y de ahí llevaban esos productos a otros pueblos, e incluso a la ciudad.*



Gráfica 18. Caña verde

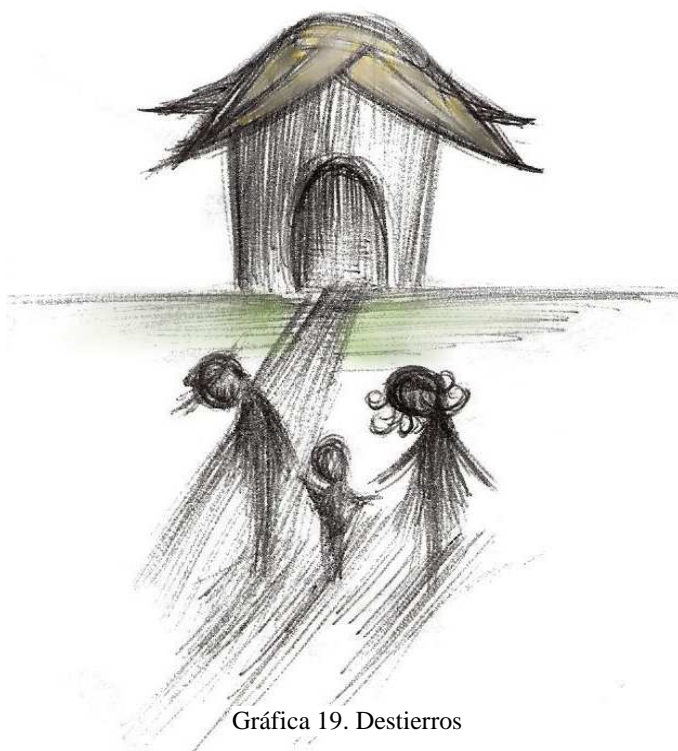
El olor a caña madura y dulce se mezcló con vientos rojos, con aires amargos que produjeron frenesí de dolores; panela enmelada con la muerte no endulza, es hiel en los

*Miguel Alvarado Toro, 62 años, El destierro.

labios remojados de llanto, el mismo que se esconde en los ojos don Miguel, cuando, antes de proseguir con su relato, dice: “nos llegó la muerte”.

Permanecí en el pueblo cinco años, luego fui trasladado a otro lugar, pero volví; fue cuando empiezo a vivir una de las épocas duras de El Palmar, nos llegó la muerte, porque en los ochenta se fue propagando la delincuencia común y empiezan a extorsionar a la gente, como a los señores que tenían sus bodegas y también a los finqueros que generaban trabajo al campesino, personas que ayudaban en el progreso de la región.

Apareció la delincuencia común y con esto el chantaje, la extorsión y, encima de eso, empezaron a matar a gente buena; es, entonces, cuando se dan los primeros desplazamientos y fue quedando la región totalmente abandonada, se encontraba el pueblo en decaída, poco trabajo, mucha inseguridad y, para rematar, empieza la guerrilla a tomarse la región; el frente veintinueve de las FARC, estos llegaron acibillando a las personas, matándolas por cualesquier información mal dada; ellos daban pena de muerte, matando en presencia de niños, de toda la gente. Para nosotros, eso era muy duro, y más para mí que ya me encontraba retirado de la policía y era un campesino más; me sentía impotente al mirar ese abandono, que pasaban las cosas y nadie podía decir o hacer algo porque perdía la vida, un pánico enorme de ver estos abusos que llegó cometiendo la guerrilla.



Gráfica 19. Destierros

Con esos brotes de guerrilla, los comandos de la policía comenzaron a levantar los puestos de policía de Leiva, de las cabeceras municipales y de los corregimientos, con

mayor razón, a pesar que Leiva, El Rosario tenían bastante protección en cuanto a que cuerpo de policía había en todos los corregimientos, con sus cuatro o cinco agentes, pero, visto la inseguridad, la dirección recoge los puestos, inclusive hasta los de las cabeceras municipales los quitaron y ahí fue donde el gobierno abandonó totalmente la región y los grupos subversivos se fueron apoderando del terreno, quedando nosotros a órdenes de la guerrilla.

Las personas, al ver ese abandono, se sentían atemorizadas a cada momento, los productos que se sacaban al mercadito de los días miércoles y los sábados ya no daban para comer, se sobrevivía con lo que había.

Acontece que por toda la zona del Cauca había una mata que los indios la mambiaban para tener fuerza en las jornadas de trabajo; es así como se conoce por primera vez la mata de coca, pero llega también la conversa que en otras zonas del país esa misma mata es la que está llenando de plata los bolsillos del campesino. Y le cuento que lo que era en un inicio una conversa se vuelve realidad en las tierras palmareñas, comenzaron a sembrar los cultivos ilícitos y, con este medio de subsistencia, el campesino se volvió a capitalizar y nuevamente el comercio se empieza a mover, después se logra que hagan la carretera y empieza a entrar más gente a trabajar con eso; pero, como ya estaba la guerrilla posesionada del pueblo, ponen un impuesto según las hectáreas sembradas de coca; según su rendimiento, era el monto de la vacuna.

Pasan los años y el pueblo se empieza a llenar de carros, mejores casas, poco a poco se va perdiendo el bahareque y las paredes son ya de cemento, los pisos ya no son de barro, o de tabla, la gente cree estar en el progreso; muchos jóvenes se salen de estudiar, no le ven sentido a quedarse en un salón de clase, cuando podían ganar plata estando cosechando en los cultivos; se va creando esa mentalidad perjudicante en ellos; unos no podían leer ni escribir, pero eran unos duros para las matemáticas, para sumar y restar las arrobas de coca que habían alcanzado a raspar en el jornal; otros pasaban a ser parte de las filas de la guerrilla, las armas y el poder que les daba los entusiasmos y se les hizo fácil pertenecer a ellos; la escolita casi vacía, era triste ver eso; pero, en una región abandonada por el gobierno, donde no había casi oportunidades, el campesino vio una salida en sembrar la coca y no se midió las consecuencias de estos actos. Cautivados por este cultivo, pasa el tiempo, la guerrilla sigue matando gente, sigue extorsionando, se mantiene del campesino, de la coca y así se siguió la vida.

El gobierno no le asegura un espacio al campesino de esta zona, en el que su existencia no se encuentre condicionada, ni amenazada. Nuevamente, una voz, que señala el abandono del Estado, hace ver la inconformidad de toda una colectividad, que rechaza la posición que toma el gobierno frente al conflicto; va creciendo la mentalidad del narcotráfico, de la violencia, de la delincuencia. Establecidas estas cosmovisiones como aceptables, los jóvenes se adhieren a ellas como una forma de vida y, al asumirlas como algo normal y admisible, cambian el salón de clases por un cultivo de coca, un lápiz por un arma, su uniforme por un camuflado, el que los oculta en el monte. Y así se ve cómo unos escolares se vuelven guerreros, mientras otros los nuevos raspachines de la zona: "... muchos jóvenes se salen de estudiar, no le ven sentido a quedarse en un salón de clases cuando podían ganar plata estando cosechando en los cultivos...", "... otros pasaban a ser parte de las filas de la

guerrilla, las armas y el poder que les daba los entusiasmos y se les hizo fácil pertenecer a ellos”.

Sin lugar a dudas, la educación es el espacio en que esa mentalidad se debe modificar, para superar la cultura del narcotráfico, de la guerra, que se constituyó a través de la historia, y rechazar los antiguos hábitos y modos de pensar; una educación que construya valores, que inserte a los individuos en una cultura pacífica, para desechar las conductas reprochables y los antivalores, introducir a buenas relaciones entre compañeros, que muestren el verdadero valor y respeto por la vida, al vincular a una enseñanza inclusiva, no excluyente, que termine con las primitivas y desgastadas formas de la educación, en las que se daban órdenes, que creaban un ser resentido, no alguien receptivo.

Los personajes distanciados de la realidad de la vida cotidiana de cada ser no aportan mucho a la fundamentación de verdaderos valores; los personajes, que hablan en estos relatos, son de carne y hueso, un rostro humano que vive, siente y expresa la realidad, lo que hace que los muchachos convivan con lo común, para crear, en definitiva, junto a la experiencia que se narra, verdaderas y positivas conductas, porque la intención de su enseñanza es que los destinatarios, en el reconocimiento de la realidad de su entorno, aprendan a través de la vida de sus vecinos, conocidos y, además, sepan elegir una posición positiva y diferente a la de la violencia, la delincuencia y el narcotráfico.

Desde el destierro, nuestro relator continúa su historia, en la que surgen los juzgadores y los juzgados, el gobierno y el campesino; los dos cometen errores: el uno por dejar que las mafias y las milicias tomen fuerza, y el campesino por dejarse seducir por lo ilícito, aunque esto le costara la vida o el destierro; el “delincuente” y la ley, unos que cometieron errores y otros que no supieron corregirlos, sino solo castigarlos. En la continuación del relato, este exagente dice:

La guerrilla permaneció durante mil novecientos ochenta, hasta el dos mil uno; nosotros ya, pues del tremendo abandono del Estado, cogimos mucha confianza y la gente se dedicó al cultivo de la coca, eso se estaba sembrando cerca al caserío, cerca a las poblaciones, porque, como el Estado nos abandonó totalmente y la que nos gobernaba era la guerrilla, y la guerrilla admitía esa clase de cultivos, no había ley que lo impida; inclusive, como le digo, era mayor ganancia para ellos porque se sostenían de esos cultivos, por los impuestos, porque también la compraban y la comercializaban. En el dos mil uno, resulta que los paramilitares llegaron a esta región, robando, matando, derrumbando las puertas, formó más pánico todavía que el que formó la guerrilla, sin decir que un grupo era mejor que el otro. A punta de tiroteos se posesionaron y la guerrilla abandonó estas tierras sin ninguna oposición. Como ya estaba establecido el trabajo con esta mata, se siguió sacando la mercancía, pero los paramilitares llegaron más duros con sus leyes e impusieron que toda la mercancía que se elabora tenía que ser vendida solamente a ellos; entonces, ponían el precio que más les convenía, perjudicando al campesino; entonces, no se hacía sino trabajar para pagar trabajadores y para ellos.

Muchos jóvenes, que no se ceñían a las órdenes, porque miraban que no resultaba, pues se arriesgaban y sacaban callado de ellos la mercancía para venderla a otros compradores, que la pagaban a mejor precio, y por ahí comenzaron las matanzas; fueron muchos los jóvenes que cayeron a los pies de los papás, de los hijos, de toda la familia, acribillados por las balas de los paramilitares, tal que fuimos gobernados por estos paramilitares hasta el dos mil cinco que Uribe les dice que se reinserten; los paramilitares se van de acá, después de haber hecho todo lo que ellos quisieron.



Gráfica 20. Acribillado corazón

Después que estos señores abandonan la región, entra el gobierno; por orden presidencial mandan las fumigaciones de los cultivos ilícitos, fumigando los cultivos con el herbicida de alto poder glifosato: mataron la fauna, quemaron la forestación, quemaron cultivos ilícitos, quemaron cultivos lícitos, potreros, los pastos, así que el ganado quedó desprotegido, sin su alimento; la fauna también acabó de morir, todo lo que eran animales de cacería, que también fueron medio de subsistencia de la gente que vive por allá en el campo, se extinguieron. Entonces, nos pusieron a morir de hambre, como le digo, a inhalar todo ese veneno fuerte; por lo menos los ancianos, los niños no resistieron, se enfermaron, y los que sufrían de las vías respiratorias se agravaron; eso fue el caos, fue un ataque también por parte del gobierno, una humillación porque, con este procedimiento presidencial, pues casi nos llegaron matando al quitar el medio de subsistencia, pusieron a morir de hambre al campesino.

Una vez erradicada la mata, se fueron los policías, nuevamente la región abandonada, con esto vuelven el resto de paramilitares, que no se reinsertaron, se quedaron y formaron otra

clase de grupos dedicados prácticamente al narcotráfico y a vivir de los impuestos que le colocaban a la gente, y el gobierno sale a decir que ha hecho un gran trabajo, aun sabiendo que no es así, porque quedamos sin coca, con la misma delincuencia y con más necesidades.

Yo hablo por un pueblo en miseria, golpeado por la guerra, por el gobierno. Yo y muchos de mis paisanos ya no sembramos esa mata, pero porque sabemos que el mal uso que se le dio trajo muchas desgracias: la ambición, por una parte, y el abandono, por otra, nos hicieron cometer un error, que se repitió en muchas regiones, y que por eso se convirtió en una problemática nacional.

El castigador: el gobierno; el castigado: el campesino; el victorioso: el gobierno; el derrotado: el campesino; el beneficiado: el gobierno; el perjudicado: el campesino y, con él, la miseria, el hambre y el desarraigo. Es lo que dejan las aparentes victorias, que terminan por apabullar al más débil.

Las mentalidades negativas no se quitan a fuerza de hambre ni de atropellos, resuena en esta voz abatida, que una vez más diversifica su pena al decir: "... yo hablo por un pueblo en miseria, golpeado por la guerra, por el gobierno". Un yo plural, que encarna a toda una comunidad.

El miedo se va apoderando de los pobladores, la confianza no está ni en el gobierno, ni en ninguna otra autoridad que reina en la zona, sumergidos en un laberinto que conduce hacia una sola salida: la muerte; comienzan a ser los cautivos ya no de la guerrilla, sino de los paramilitares, los nuevos caudillos del poder; así, en el avance de estos relatos, se encuentra el testimonio de El Montañero, hombre que, con ochenta años, pasó por todos los abatimientos que haya tenido que sufrir el pueblo, víctima del vandalismo, de la guerrilla, pero sobre todo de las AUC, porque es el recuerdo más vivo que mantiene en su memoria.

Este campesino, por razones de seguridad, decidió, al igual que otros relatores, ocultar su nombre, y el lugar de residencia; dijo: dígame El Montañero, así me gusta que me digan, porque es en la montaña que yo nací, y en ella voy a morir, pero, por los designios de nuestro Señor Jesús, no por un fusil, ni leyes terrenales.

Con estas palabras: muerte al amigo de mi enemigo, se describe un poco lo que El Montañero cuenta:

Lo que le voy a narrar es todo lo que ha sucedido cuando la gente trató de colaborar con la ley; fueron muchos los que murieron por tratar de hacer justicia pero, por hacer más, hicieron menos; como quien dice, pa' salvar la región se sacrificaron y le digo que por

nada, porque ni en la ley del gobierno se podía confiar; en esa ley había gente infiltrada, tanto de los paramilitares como también de la guerrilla.

Conozco el caso de una señora que vivía en la vereda La Villa, ella colaboró con el ejército, pa' que pudieran, como se dice, interceptar un grupo de paramilitares que estaban operando en esa vereda y, gracias a esa información, pues, que le dio esta señora, el ejército pudo dar con cinco paramilitares y darles de baja. La información ella la da cuando a su hermano esos paracos lo golpearon; él se encontraba en uno de los billares de El Palmar jugando con un jefe paramilitar; este jefe no quería que el muchacho le gane ningún chico, porque no quería verse humillado, y pasa que el joven le ganó y este hombre lo golpeó con la cacha de la pistola en la cabeza, entonces fue trasladado al hospital San Pedro, lo atendieron, y es ahí donde la señora dio una versión sobre quiénes fueron los que le proporcionaron las heridas. Entonces, esto llegó a oídos del ejército; el ejército, con esta información que dio la señora, fue hasta el corregimiento de El Palmar y localizó a estos cinco paramilitares, que estaban hospedados en el caserío de La Villa Baja; le cuento que el centinela de los paracos se quedó dormido y, en ese momento es cuando pasa el ejército, llegan hasta la casa donde estaban los paracos y los encienden a bala; entonces, dicen que el centinela se despertó y que empezó a echar bala él también, según que p' alertar a sus compañeros, pero los compañeros ya estaban muertos y otros los llevaron presos; posteriormente, el resto de paramilitares que quedaron se dieron cuenta, por la información que le dieron la gente infiltrada, consiguieron el nombre y el lugar donde vivía, fueron y mataron a la doña.

Ellos le habían manifestado que sabían bien que ella había sido la informante y que, por su culpa, los habían matado; le habían dicho que ellos tenían informantes dentro de la fiscalía, dentro de la policía y del ejército, que por tal motivo los que sigan dando información serán muertos de esa manera. Entonces, como ve, nosotros no teníamos ninguna seguridad pa' poder colaborar con la justicia, de tal manera que nos tocaba doblegarnos a lo que digan los paramilitares, porque si no nos costaba la vida.

Otro caso fue por una información de un muchacho; fue dado de baja porque colaboró con la fiscalía cuando por primera vez entró a El Palmar en busca de paramilitares; él, inocentemente, sin intención de sapear a nadie, respondió sencillamente una pregunta que le hizo uno de los de la fiscalía, va y le informa a la fiscalía que en tal parte quedaba el campamento de los paramilitares y resulta que ahí, en el pueblo, estaban las mujeres de algunos de esos paramilitares y ellas se dieron cuenta que él fue el que informó; no más salió de allá el ejército, fueron los paramilitares a la casa y, en presencia del papá, lo mataron; el muchacho cayó muerto en los pies del papá.

La guerrilla también hacía lo mismo; yo recuerdo que mataron a un señor que se llamaba Gerardo Parra; lo sacaron de la casa porque él no cumplió con unas órdenes que le dieron y, en presencia de su hija de cinco años, que no se le despegaba del brazo, la soltaron a la fuerza y a unos metros, en presencia de ella, lo mataron.

Así, muchas familias de aquí de El palmar vivieron eso; creo que no queda una sola familia que no haya llorado un familiar muerto por la violencia, todos tenemos un dolor que nos dejó la guerra, o, así no haya sido familia, pero eran conocidos, amigos. Es cruel tener en común un dolor, pero así pasa en esta tierra: los que lloran un día consuelan a los que lloran otro día y así se han ido pasando los días.

Yo cuento lo que muchos aquí han vivido, cosas que no han salido por los noticieros y no han sido noticia porque, en la soledad y en la distancia que se encuentra mi tierra, no permite que se dé cuenta el gobierno. Así, muchas otras muertes fueron en presencia de la familia, es algo que a uno lo sacude, que uno no quiere que sus hijos vivan esto, ni vean esto, ni les pase esto, que esa parte de la historia ya no se repita más; por eso se quiere que estos jóvenes estudien, ojalá tengan mejores oportunidades que las que tuvimos los jóvenes de otra época, porque pa' nosotros hubo pala y machete, pa' ellos que haiga cuaderno y lapicero, y eso sí que me gusta, ver al muchacho estudiando, que se forme pa' que no se repitan estas cosas, que esto solo sea una historia, nada más.*

Muchas de las víctimas del conflicto sienten temor en el momento de denunciar los atropellos que han llevado a cabo contra ellos los grupos al margen de la ley. La confianza está perdida, los acuerdos no arrojaron buenos resultados, en el limbo se encuentra la seguridad de la población, vulnerable emprende el camino del silenciamiento, les resulta mejor callar que denunciar y poner en riesgo su vida, aunque, con esto, las “autoridades” después los consideren cómplices de esos grupos.

Un seudónimo es el símbolo de la voz que encubre el rostro con miedo, el mismo que, a escondidas, entre tantas palabras, hace el recuento del temor que siente cada vez que recuerda que la única protección le viene del cielo; no hay poder humano que le haga confiar en el ejército nacional, que tiene en sus filas a héroes que cuidan y defienden la patria, ni en la policía nacional, ni en la fiscalía, ni en... su sombra, porque por informar las injusticias, vio morir acibillados a muchos de sus conocidos, para recibir el único beneficio de llamarse: “inocentes víctimas de la denuncia”.

No se debe generalizar, así el dolor y el sentimiento de incompreensión y soledad que generan hechos como estos embarguen, porque existen otros, de esos muchos que pertenecen a las fuerzas militares, que hoy están mutilados, muertos, secuestrados, por defender a la misma patria que sus compañeros traicionaron. Quitar el mérito a su labor sería dar una bofetada al esfuerzo que entregaron hasta el último segundo de sus días los que ya partieron, hasta una parte del cuerpo los mutilados y hasta su libertad los secuestrados que, en conjunto con el pueblo, no han dejado de ser víctimas del conflicto.

Soplar... soplón... el viento no se llevó sus palabras, las trajo a los oídos del enemigo, las centró en su corazón envenenado y formó la obra desde sus adentros; un disparo: la muerte, un huérfano que clama con miedo y llanto a su padre en las tinieblas de la noche, un padre que no volverá a ver, porque la gente del uniforme, sin especificar cuál, se lo llevo: “él no cumplió con unas órdenes que le dieron y, en presencia de su hija de cinco años, que no se le despegaba del brazo, la soltaron a la fuerza y a unos metros, en presencia de ella, lo

*El Montañero, 80 años, El Hueco.

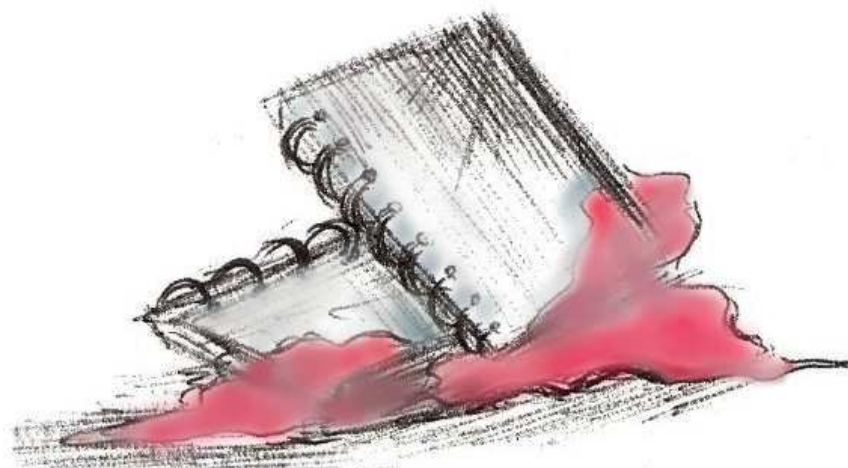
mataron”. ¿Donde están?... ¿dónde el gobierno que impera?, no está, al menos no en estas tierras, porque el relator no los encontró en su memoria.

Mira y, lastimosamente con miedo, no soy de ningún grupo, soy estudiante, milito en el ejército de las letras, se agrega; él se ríe y su sonrisa hacía comprender que ya no tendría miedo. El sol era incesante: ¿una limonada?, dijo, después invitó a pasar a la cocina, el molino, el fogón, los cuyes que en correrías tropezaban con mis pies, el olor a leña, todo eso familiariza el encuentro; entonces, sus labios se movieron, ya no se escondía en ellos el silencio, su voz no de denuncia, sino de desahogo, un desahogo pacificador y mitigador de penas, deja escuchar el dolor no atendido, el sufrimiento ignorado.

Una realidad que duele, pero que los jóvenes y las jóvenes tienen que conocer, para que sepan que es necesario un cambio, y sean portadores de una solución, no futuros actores del problema: “Que esa parte de la historia ya no se repita más, por eso se quiere que estos jóvenes estudien, ojalá tengan mejores oportunidades que las que tuvimos los jóvenes de otra época”. Una historia que no recorra los mismos caminos; por eso se vuelve, no para quedarse, sino para partir de nuevo, siempre partir de nuevo, hacia mejores cielos, que generen otro tipo de historias, menos dolorosas, más positivas, donde lo común entre los habitantes no sea la muerte, sino la esperanza de tener un mejor territorio para habitar, y en los niños y jóvenes se debe sembrar la primera semilla de la paz, el común denominador de los palmareños, que aprendan a verla como algo posible y no como una utopía ilusionadora de tantos corazones agobiados por su ausencia: “es cruel tener en común un dolor, pero así pasa en esta tierra: los que lloran un día consuelan a los que lloran otro día y así se han ido pasando los días”.

Para seguir con los relatos que encierran historias crueles en su testimonio, se presenta la vida de los niños y jóvenes que han sido testigos o víctimas de ataques indiscriminados por los grupos subversivos; víctimas al ser reclutados en sus filas, asesinados y, muchos, huérfanos, testigos, desde muy corta edad, del asesinato de sus padres, que se ha perpetrado en su presencia. Con los siguientes relatos empieza esta lamentable experiencia.

2.2.3 Un soplo de vida en un apagón de muerte. Historia de los jóvenes, víctimas de la guerra.



Gráfica 21. Letras muertas

Y se oye decir: “...Le cuento que experimenté la tristeza de ver partir muchos jóvenes estudiantes a la guerra...” palabras que cortan la voz y el alma de este profesor, pero, además, dislocan el corazón de quien lo escucha, cuando el eco de su voz se vuelve una oda al dolor, mientras la mirada se pierde entre el salón lleno de pupitres rayados, entre azules y rojos, nombres sin caras, nombres con cruces, nombres sin apellidos en la sociedad, nombres que incluyen el anonimato, el silencio, nombres entre un tablero borrado por una mano asesina; El profe es el sobrenombre de este personaje, para no revelar su verdadera identidad; asistió a la despedida de uno de sus alumnos a la guerra; narra, con melancolía, esta experiencia que lo marcó para toda su vida.

Lo que le puedo contar es una parte de lo que viví durante el tiempo que trabajé en el Colegio Agropecuario de El Palmar; le cuento que experimenté la tristeza de ver partir muchos jóvenes estudiantes a la guerra, salían de las escuelas, tanto de las veredas como del colegio; unos para la guerrilla, cuando este grupo estuvo en la zona, y otros para las AUC. No importaba el género; eran mujeres y hombres, por no decir niños y niñas, porque no alcanzaban la mayoría de edad, cuando pasaban a ser parte de las filas de estos grupos. Como profesor, traté de hacer bien mi trabajo, de seducirlos al estudio, pero faltaba algo y eran buenas oportunidades; la juventud tenían tres opciones de vida en este pueblo, las cuales eran: estudiar, trabajar en los cultivos de coca, o ser guerrilleros o paramilitares. Al estudio no le veían sentido porque decían que en qué se emplearían, que no tenían plata para salir a estudiar a otra parte; la coca les daba plata, era como la opción más frecuente entre ellos, y los grupos, en su mente, los sedujo, marcando macabramente su destino y, así, estos muchachos fueron labrando su futuro.

Hubo una historia que me impactó, porque fue un estudiante mío; le comento que tuve la oportunidad de conocer a muchos niños en el colegio de El Palmar, fui testigo de su vida personal, cómo eran y cómo fueron convirtiéndose en hombres. Un profesor, además de dictar clase, debe preocuparse por el comportamiento de los estudiantes, para fortalecer su parte humana y mejorar sus valores; formé en los niños una cultura deportiva, los motivé para que se enfocaran en el deporte y en una diversión sana, que se divirtieran jugando. Como le digo, conocí a un niño que me llamó la atención, de esos jóvenes que impactan por su forma de ser; con tan pocos años presentaba mucha madurez, pensaba diferente a los niños de su edad; él formó parte del equipo del colegio, era el portero, muy buen portero; un día, en el aniversario de la institución, invitamos a varios colegios a una jornada deportiva; como todo el municipio se caracterizaba por tener y sentir pasión por el deporte, entonces estos encuentros deportivos eran de gran importancia para la gente.

El nombre de este joven era Wilmer Díaz, tenía dos hermanas y un padrastro; cuando él tenía dos años, mataron a su padre. Wilmer creció en un hogar donde se sentía bien, pero decía que le faltaba algo; su madre lo amaba, pero él no se sentía bien, estudiaba, hacía caso a lo que le mandaban, pero no lo hacía con el entusiasmo o motivación que debiera. Mostraba tristeza, era callado y, aunque el deporte lo hacía feliz, sólo lo demostraba en la cancha, pero cuando todo terminaba comenzaba nuevamente su tristeza.

La familia se lo llevó al Departamento del Cauca y luego de dos años vuelve. Es, entonces, cuando forma parte de la selección, desempeñándose como portero; ya tenía doce años y estaba en quinto de primaria. En el aniversario, el equipo ganó la semifinal y, en el último partido, fue la estrella del equipo, tapó un penalti y con eso se logró ganar el título, todo el mundo lo abrazó, esa vez lo miré tan feliz como nunca. Luego se lo volvieron a llevar y regresa cuando tenía 14 años; había crecido mucho, era un joven respetuoso, muy trabajador, pero decía que él trabajaba mucho pero que no encontraba la recompensa que esperaba, no conseguía la calidad de vida que anhelaba.

Un día, un mal día diría yo, los paramilitares, que habían llegado al pueblo, estaban reclutando jóvenes y les ofrecían un sueldo de 800.000 mil pesos mensuales y con la opción de que, luego de seis meses, ganaran más, que el gobierno pagaba, así de claro se lo dijeron; a Wilmer lo conquistó esa idea, lo sedujo el hecho de portar un arma y, además, de ganar un sueldo.

Fue a los entrenamientos que se hacían todas las mañanas en el patio del colegio, porque ellos entraron a las instalaciones del colegio, lo ocuparon y allí hacían ejercicios; también, para probarlos, se los llevaban a los potreros de los alrededores; después de eso, le entregaron un arma y lo prepararon.

Recuerdo que un día sábado los llamaron y los encerraron en el colegio, les habían dicho que al otro día se los llevaban para cambiarlos de sitio y que, una vez entraban, no podrían salirse. Wilmer habló con su mamá y luego sale de su casa; la madre lo siguió paso a paso, caminó detrás de su hijo por toda la plaza del pueblo llorando, le suplicaba que no la dejara, que no se fuera; Wilmer caminó sin mirar atrás; antes de entrar al colegio, la madre se le aferró al brazo, pero él la soltó y le decía que no se preocupe, que

él iba a volver, la trató con dureza; ella lloraba desesperada pero él no lloró y se entró al colegio; los paramilitares cerraron el portón y la madre de Wilmer se quedó triste.*



Gráfica 22. Eterna despedida

Se fue.... dice con tristeza El profe, y así continúa una historia que termina por otorgar un soplo de vida más a la muerte.

Se fue, pero después de que pasaron tres meses, lo volví a ver caminando por la plaza, estaba con camuflado y más grande, se había crecido; contaban que él era uno de los mejores hombres del comandante, por ser fuerte y valiente. En su regreso, saludó a su madre y hermana. Luego se volvió a ir y regresó después de tres meses; esa fue la última

*El profe, 60 años, El salón.

vez que lo miré. Escuché que estuvo en Policarpa y que, en un enfrentamiento con la guerrilla, una bala atravesó su cuerpo, pero que, a pesar de esto, él tuvo la oportunidad de vivir, que alcanzaba a salir al hospital, pero, como la bala que lo atravesó estaba envenenada, dañó los demás órganos; es cuando, en las montañas, muere acribillado por la guerrilla.

Cuando los paramilitares o algunos paramilitares se reinsertaron, regalaron 10 computadores al colegio y acondicionaron un salón para que funcione como sala de informática; a esta sala le pusieron: “En memoria de Wilmer Díaz”.

En un nombre sobre una pared quedó la valentía de Wilmer, la valentía que le reconocían los paramilitares, porque su verdadera valentía era en las canchas, enfrentando a sus rivales; sus verdaderos rivales, su verdadera guerra, que tantas veces libró, era en una cancha de micro, en esos escenarios era un gran guerrero, pero se dejó seducir por falsas promesas, porque, aparte de todo, no le pagaron lo que le prometieron. Cuento esto para que lo escuchen y lo sepan otros jóvenes, que la guerra nunca paga con otra cosa que no sea con la muerte; sin ir en contra de nadie, sino en favor de la vida de la juventud palmareña, que estudien, así sus bolsillos no carguen riquezas, porque nadie piensa en ellos como ellos mismos. Wilmer murió en una guerra que no le concernía, fue víctima del desastroso problema político que hay en el país. Colombia aporta con muertos y Estados Unidos aporta con armas.

Un joven que parte a la guerra en busca de un lugar, y los motivos del por qué lo hizo quizá sean los mismos que tengan hoy en día en el pensamiento muchos otros; por eso se muestra este tipo de relatos, en los que se trata de desenmascarar el rostro de la violencia, que cobra, con su engaño, la vida y los sueños de un gran porcentaje de la juventud colombiana. Al pensar en el lugar que están ocupando los individuos, sean jóvenes o niños, en la sociedad, en la familia o el colegio, tristemente se ve que se los ha dejado en un segundo plano, no tienen la importancia y el respeto que merecen; los toman por desorientados, inmaduros, rebeldes, por lo que no se les confían valiosas decisiones, ni los tienen en cuenta en la creación de proyectos que se elaboran para sus necesidades, se les niega una verdadera participación desde la cual puedan evaluar y formular propuestas para su propio bienestar, porque las autoridades dan siempre las pautas a seguir, e inciden en modelos que no consideran las necesidades reales de los jóvenes.

Ese negado lugar, que fomenta la exclusión, sumado a la falta de educación, de empleo y de mejores oportunidades, influye en su gran mayoría para que estos jóvenes se incluyan en el conflicto armado, pues miran en esto, no sólo la manera de acceder a lo que no tienen, sino también sienten que en estos grupos son importantes y los valoran, y terminan por remplazar el hogar y el centro educativo con la guerrilla, las AUC, las pandillas, las tribus urbanas y muchos otros grupos creados por ellos mismos, con los que se identifican y cambian poco a poco los valores tradicionales por nuevos valores, representaciones y lenguajes.

Desenmascarar el rostro de la violencia y su concurrencia en los actos y pensamientos de los jóvenes de esta zona tiene un objetivo claro: implementar alternativas que permitan actuar sobre los conflictos que genera. Una de esas alternativas es brindar estos relatos, recopilados de la voz de los pobladores de la región, que hablan, con su experiencia, de la problemática que ha generado la violencia a través de los años, en su pueblo, y lo que, aparte de invitar a hacer una lectura reflexiva, analítica e interpretativa, desmantela la perspectiva a partir de la cual los jóvenes veían legítima la violencia, al mostrar el sufrimiento, el dolor, el deterioro de una región como el resultado de lo que se aprobaba, tal vez inconscientemente, porque se vivía en la cotidianidad de los días de los jóvenes palmareños.

Desde las consecuencias que actos como estos han dejado, no sólo en estas personas, sino en toda la población, se hace, además, la invitación a los profesores, y líderes comunitarios para que tomen la iniciativa de interesarse en los conflictos que puedan estar viviendo sus estudiantes y pobladores, establezcan caminos para lograr que esos jóvenes, a los que ellos educan hoy, sean mañana quienes cambien la sociedad, al ayudarles a desarrollar su potencial humano. Se debe llegar a los combates que se libran en el interior de cada estudiante, prestar atención al mundo que da vueltas en su cabeza, ingeniar un aprendizaje comprometido con su realidad, su contexto, porque español, filosofía, sociales, historia, son materias que, entre muchas otras, se enseñan desde la teoría y para lo teórico, es decir, desde la suposición, lo hipotético, que a veces giran en una redundante posición y el estudiante tiene que entrar en este juego de lo absurdo, de lo paradójico, no de lo práctico y real, que se puede sustentar desde argumentaciones educativas.

Educar no es adecuar, por eso no se pretende enajenar las diferentes personalidades de los jóvenes, pero sí tratar de orientar su paso cada vez, cuando se esté desmoronando en el camino, porque la educación también es una labor social y, desde esa labor, se puede fomentar el apetito por la lectura, pero una lectura que construya seres que no sólo memoricen, sino que entiendan, deliberen, debatan lo que leen con su conciencia, con sus otros, con su palabra en el escrito de un nuevo texto. Educar desde estas lecturas para que sean pensadores, no simples representantes del lápiz y el papel, a quienes se los cataloga de estudiantes.

“... Cuento esto para que lo escuchen y lo sepan otros jóvenes, que la guerra nunca paga con otra cosa que no sea con la muerte”... un ausente que habla y se expresa en otra voz, acompaña desde su ausencia estas palabras, que hubieran querido escribir otro final en esta historia, pero que, irremediablemente, no puede ser así, no se puede regresar el tiempo, pero sí tratar de construir con los jóvenes, en memoria de Wilmer, otras historias con finales más vitales. Para el amigo Wilmer, una memoria que va más allá de un recuerdo y “...un nombre sobre una pared...”, una memoria que se evoca con deseos de cambio, con intenciones de mostrar la cotidianidad narrada con los silencios de un joven que pudo haber

sido un gran profesional, pero que, por la ausencia estatal, la falta de oportunidades escolares y laborales, no pudo lograrlo.

Estos son los resultados inevitables que dejan unas falsas expectativas, que se pueden tratar en los salones de clases para que los muchachos puedan manejar el contexto social en el que viven, porque: “Un profesor, además de dictar clase, debe preocuparse por el comportamiento de los estudiantes, para fortalecer su parte humana y mejorar sus valores”.

El relato de un joven que mató la guerra, ahora se narra desde el corazón apretujado del dolor de una madre, que revive en el recuerdo a su hijo, en momentos de evocadoras nostalgias de tiempos pasados, que representan, para su alma, un interminable presente. En honor a su existencia, se presenta esta historia, para que su partida no quede impune, en los rincones de una tierra violada por la muerte.

En este relato se evoca la memoria de Brayan Ricardo Patiño, un joven de quince años, abatido por los fusiles de las AUC. Su sueño de graduarse y continuar estudiando se vio frustrado un veintinueve de diciembre de dos mil siete; ese día, su existencia, que iluminó muchas vidas, se esfumó, para dejar un gran vacío en el alma de todos aquellos que, junto a él, habían construido una historia; en su salón de clases, un pupitre siempre estará vacío, ocupado por la ausencia de un pequeño ser que enfrentó con coraje la vida, que se aferró a ella con valentía hasta el último momento, y con la mirada siempre adelante cerró sus ojos y concluyó el último capítulo de su vida, con un final que ni él, ni nadie, pudo entender. No ha muerto, aún vive en cada calle de este pueblo, en cada esquina del colegio, en cada recuerdo elevado al viento, en el corazón del viejo amigo que sostiene la amistad, a pesar de la distancia entre la tierra y el cielo.

Hilda Morales era el nombre de esta madre que, día tras día, lloró a su hijo; este relato lo hace cuando llevaba un año de muerto; lamentablemente, hoy, doña Hilda, ya no está, murió, por coincidencia del destino, cuando Brayan cumplía un año y once meses de muerto, el veintinueve de noviembre de dos mil nueve; su enfermedad y el dolor que le dejó la muerte de su hijo, la postraron en cama; casi sin esperanzas, continuó batallando ante la vida, pero no resistió y se marchó hacia un encuentro, que tenía una cita en la eternidad.

Esta triste historia se evoca y se cuenta desde su ausencia. Hilda Morales, con su vientre de luto, narró:

Yo perdí a mi hijo en esta violencia que no para aquí en El Palmar; él tenía quince añitos, se llamaba Bryan Ricardo Patiño, estaba estudiando en el colegio de aquí del pueblo, en

décimo grado; el último de tres hermanos, él era mi bastón, mi mano derecha, mi enfermero, porque yo tengo diabetes y está muy avanzada; mis riñones no me sirven y tengo que realizarme la diálisis; para eso yo uso una máquina y él era el que la podía manejar, era muy inteligente, buen muchacho, le gustaba la medicina, él decía que quería ser doctor, que cuando saliera del colegio se iba a Popayán donde el tío, él le iba a ayudar para que estudie esa carrera; yo tenía la esperanza de que estudie, que se prepare; pero, como ve, los sueños que mi hijo tenía no se pudieron realizar, porque los paramilitares acabaron con su vida y, de paso, con la mía también.

Un veintinueve de diciembre de dos mil siete, a mi hijo lo mataron, junto con el marido de mi hija mayor y otras tres personas más, en una masacre que hicieron los paracos; esas personas eran buenas, eran los líderes de este pueblo, les gustaba ayudar a la gente, pero mi hijo no era sino un estudiante, nunca se metió en ningún problema, no era líder de nada, pero pagó inocentemente las consecuencias de esta maldita guerra.

Mi gordo, como yo le sabía decir, porque, como él era gordito desde pequeñito, entonces, de cariño, todos le decíamos El gordo, se fue de vacaciones a Popayán, cuando, en eso, esa máquina se dañó y, como mi hija, la mayor, no podía manejarla muy bien, intentó hacerme la diálisis, pero no se pudo y yo me empecé a enfermar; entonces, lo llamó, para preguntarle qué hacía; él le había dicho que mejor se venía; al otro día había madrugado y, cuando menos pensamos, fue que llegó, yo estaba acostada y cuando lo vi parado en la puerta con el maletín y me dijo: ¿qué fue, Hilda?; como él a veces me decía así, entonces yo le dije: esa máquina, que no funciona, y me estoy hinchando; él ya la vio, la prendió y la acomodó.

Pasé esa tarde con mi hijo y, como se había hecho peluquear, estaba bien chusco y las primas lo molestaban, le decían que tal vez era que tenía novia, que por eso se había puesto tan chusco, pero él no más se reía, se achantaba; pasé ese último día con él y, ya llegando la tarde, fue mi hermana a traerme para rezar; como mi mamá se había muerto, tenía ocho días de muerta, con la familia le estábamos haciendo el novenario, y ella le dijo: vamos, m'hijo, a rezar; yo le dije: camine, m'hijo, pero él dijo que iba más tarde, me pidió la bendición y, sin pensar que esa era la última vez que se la daba, le dije: que Dios te bendiga, hijo, y me fui. Habíamos terminado el rezo y la gente ya se había ido; le dije a mi hermana: no vino ese gordo, mañana lo traigo a la fuerza.

Como ya estaba tarde, les dije que me vayan a dejar; cuando estábamos saliendo, sentimos un tiroteo, nos tocó regresar y nos entramos toda la familia a la cocina, a esperar que pase; como eso era normal en este pueblo, dijimos: ya no más ha de pasar; pero no, otra vez otro tiroteo, ya nos asustamos y, como estaban unos primos con nosotros, ellos salieron a ver a un niño que tenían en la casa solo y, cuando regresaron al rato asustados y nos dijeron que los paracos estaban como locos, que tenían a un poco de gente tirada en los andenes y que a ellos los habían hecho acostar en el suelo y que les habían apuntado con el fusil en la cabeza y les habían pedido los papeles; de ahí, los habían soltado; cuando ellos estaban entrando, unos amigos, que subían en pura carrera de la plaza, les habían dicho que en el billar habían estirado a unos para matarlos; yo me asusté y, de una, dije: mi gordo, mi gordo, porque el mejor amigo de él vivía en los billares, los papás de él eran los dueños y a mi hijo le gustaba ir a conversar con él en las noches.

Yo tenía una mala corazonada, algo me apretaba en el pecho, cuando, en eso, empezó otro tiroteo; después de eso, sentimos que unos carros salieron a toda, quedó en silencio el pueblo, no se sentía ni gente ni ninguna bulla; ya se fueron, dijo un cuñado; yo les dije: me voy a ver mi hijo, y ellos no me dejaban; yo estaba preocupada, cuando, en eso, sentimos que una mujer subía de la plaza gritando y llorando; dijimos: mataron a alguien; cuando menos pensamos, llegó a golpear la puerta, desesperada; yo, de una, reconocí que era mi hija; se me estremeció el corazón; cuando mi cuñado ya le fue a abrir, entró con mis nietos, llorando; apenas me vio, me abrazó y me dijo: mamá, mamá, mataron al gordo, mamá, el gordo y el Omeyer están muertos; Omeyer era el marido de ella. Mi hija se recostó conmigo y yo le lloraba y le decía que por qué no me lo escondió al niño, pero ella me decía: mamá, si entraron y el gordo se escondió tras del portón, pero lo sacaron a la fuerza; lo habían cogido a mi hijito y lo habían hecho arrodillar, como si él fuera una basura, y le habían disparado.



Gráfica 24. Ocaso

Yo sentí un vacío en mi corazón, no creía; yo le decía: vamos, Mireya, vamos a verlo; una ambulancia, gritaba, él ha de estar vivo; esa era mi esperanza, yo quería ir a recoger a mi hijo y sacarlo en un carro, pero ella me decía: no, mamá, si yo ya lo vi; a él, al Omeyer, a don Rigo, a doña Leonila y al ferretero los mataron, están muertos, mamá, ¿qué hacemos?; a mí se me apretó el corazón, sentía que no podía respirar, era como un sueño,

como si no fuera verdad; esa fue la noche más eterna de mi vida, la más eterna y dolorosa, yo quería ir a ver a mi hijo, pero habían dicho que nadie podía levantarlos, que nadie vaya a llamar, nos dejaron incomunicados, habían dañado el Telecom y, como en ese tiempo todavía no había señal de celular, no se podía comunicar a nadie.*

Esa fue una noche infinita en horas, en tristezas, en desvelos; parecía que el día se hubiera encaprichado en quedarse a oscuras, seducido por las sombras; se quedó amando el azabache del dolor, mientras la lluvia acunaba, con su manto húmedo, sus cuerpos.

Esta madre continuó el relato de su desdicha, pero sus palabras se ahogaron en un llanto que no se puede transcribir; secando sus ojos con una camisa, que siempre conservó, de su hijo, expresó:

Nadie podía dormir, por esperar a que llegue el día para ir a hacer el levantamiento y, como estaba llueve y llueve, yo sufría, porque ellos se estaban mojando, ahí tirados toda la noche; al otro día, yo quería ir a ver a mi hijo, pero no me dejaron, me detuvieron; yo me quedé en una banca, con la hija de la señora que también habían matado, y ella me decía que no lo vaya a ver, que los recordemos como ellos fueron en vida, pero yo quería verlo y abrazarlo por última vez y para creer, porque, para mí, eso era un imposible, era algo que yo no lo podía entender.

Ya, después, llegó la ley, hicieron el levantamiento y los velamos en el salón comunal; en conjunto, lloramos a nuestros muertos; ya pude ver a mi hijo, yo quería sacarlo de ese cajón y abrazarlo, tenerlo en mi brazos, pero ya estaba muerto, mi hijo ya no volvería más nunca a estar conmigo, esos paras hicieron el daño más grande a mi vida; perder un hijo es el dolor más grande, es mucho el dolor que uno siente, hubiera preferido que me maten a mí y no a mi gordo, que estaba empezando a vivir, que podía haber terminado el estudio, pero, por culpa de esta violencia, se me fue para siempre.



Gráfica 23. Tumba de Brayan Patiño

*Hilda Morales, 51 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva- Nariño.

En el contexto del conflicto armado, los niños y jóvenes constituyen uno de los grupos más vulnerables y más afectados; en esta zona y sus alrededores, muchos atentados hechos a la población civil han dejado niños y jóvenes muertos; dos casos conocidos, que no se presentan en los relatos, son el de un niño que murió el dieciocho de marzo de dos mil dos, en un ataque de las FARC a Policarpa, Nariño; en el dos mil seis, otro niño de seis años muere al lado de su padre, que fue asesinado por las AUC. La cantidad y la recurrencia de actos crueles han cobrando numerosas vidas de inocentes, lo cual es motivo para pensar que los derechos humanos se han convertido tan solo en un montón de palabras, que le hacen tumulto a la muerte: ¿dónde han escondido a la vida?, de alguna manera se ha perdido, se la debe encontrar, recobrarla, porque, en este desangre, pronto se encontrarán sólo dos, fusil contra fusil, en una hostilidad tantas veces llamada “revolución”.

En el testimonio que narra La mona, se encuentra el fatídico final de la vida de un joven de veintitrés años, que había llegado a El Palmar con la ilusión de trabajar, pero en esta búsqueda, desafortunadamente, encontró la muerte; ella repasa los hechos en su mente y, con nostalgia, cuenta lo que sintió al ver morir a Wilson Mera, por tan solo un altercado insignificante con un paramilitar; sobre ese suceso, La mona relata:

Wilson era un muchacho que había llegado al pueblo, pa' trabajar, porque en esos tiempos estaba dando buena plata la coca; no sé cuánto tiempo estaría viviendo acá; la verdad, yo sí lo conocí, pero no éramos amigos; yo lo distinguía a él, pero porque una vez había un festival y él estaba allá y unas amigas dijeron que él era forastero y que se llamaba Wilson; sólo sabía quién era, y ya.

A ese muchacho lo mataron los paras por un mal entendido que hubo; pasa que un señor Jairo, él era el coquero más duro de aquí, le hizo una fiesta de quince años a la hija; entonces, como él tenía harta plata, invitó a casi todo el pueblo, y también a los paras; ellos amanecieron bebiendo y, después, se pusieron a tomar en la cancha; harta juventud de aquí de El Palmar estaba tomando con ellos; entre esos estaba Wilson, y un amigo de él que le decían El barbacho; entonces, pasó que un paramilitar, que era como uno de los jefes, o algo así, él era uno de los que sabían de antiexplosivos, empezó a coquetearle a la mujer de Jairo y, como él estaba dormido, El barbacho, que era bien amigo de Jairo, le reclamó al para, y ese hombre se enojó, quisieron como pelear y se volvió un problema, Wilson volvió por El barbacho y desafió al paraco; entonces, los compañeros de él, para calmar la situación y que no se vaya a presentar nada más grave, desarmaron al para, pero ese hombre se entejó más, y alegraron, hasta que El barbacho se fue a tomar a otra cantina.

Después, como el paraco estaba bravo, quería quitarles el arma a los compañeros, hasta que, en un descuido, cogió el arma y empezó a disparar como loco, disparaba pa' toda parte, y empezó a buscar al barbacho y, como él había tenido un revólver, lo sacó y le disparó y, pa' la de malas, le dio en todo el corazón y lo mató de una; en ese momento, esos paras se enloquecieron y Wilson se corrió y se fue a esconder a donde don Roque; él se había metido en un cuarto y se había acostado y los paramilitares lo descubrieron, lo sacaron a la fuerza y lo llevaron a la plaza del pueblo.

Rabiosos, esos paras echaban tiros por un lado y otro y nos obligaron a escondernos, nos metimos en un restaurante y nos echamos al piso mientras pasaba el tiroteo; yo tenía mucho miedo, sentía muchos nervios porque esos hombres estaban como locos disparando; ahí, en el restaurante, estaba con nosotros el odontólogo, un muchacho que no hacía mucho de lo que había llegado a trabajar al puesto de salud; él no era de aquí; como él había estado tomando con los paras también, estaba algo borracho, entonces se salió del restaurante y fue hablar con los paramilitares para que le perdonen la vida a Wilson; ese hombre lloraba como un niño; de ahí lo metieron al restaurante y una amiga de él lo detenía pa' que no salga otra vez, pero no se calmaba; él decía: no, si Wilson es inocente, ¿cómo lo van a matar?, él no se merece eso, no lo permitamos; pero qué, los paras estaban heridos porque le mataron al compañero; entonces, cogieron a Wilson, lo hicieron arrodillar y le dispararon primero en el pie y de ahí le pegaron unos tiros en la cabeza; no lo dejaban recoger rápido, eso fue muy feo; yo no lo conocía, pero a uno le duele, así sea alguien extraño, porque es un ser humano. Mataron a ese muchacho, por no más de unos malos tragos y una bobada, en, delante de todos, en plena luz del día; había niños, eso todo mundo miró, pero ¿qué se podía hacer?, a ellos no les dolía matar un poco de gente; matar, para ellos, es como comer, algo normal.

Después, se fueron a buscar al barbacho por toda parte, se iban salida a La Villa y disparaban al monte, pa' donde más pudieran, de bravos; ellos sabían que Wilson no debía nada pero, por haber defendido al barbacho y por estar ahí, lo mataron de puros ardidos; el barbacho se había metido en una marranera y dicen que se había quedado dormido de lo borracho que estaba; después, yo no sé, él no apareció más por el pueblo.*

La muerte es el precio que se ven obligados a pagar, por un simple error, los habitantes que viven en contextos como estos; las indulgencias no existen, por eso los motivos, aunque no justifiquen un atentado como este, son sólo mecanismos imperialistas para hacer regir el poder y mantener dominada un región y, al amedrentar al pueblo con las armas, lo tienen bajo su órdenes, sumisos a sus crueles leyes.

En este acontecer de ausencias, se suma una más, sólo que, en este relato, es un huérfano el rostro que encarna la muerte. Delfilia, junto a su esposo, por mucho tiempo el inspector del pueblo, presenciaron las atrocidades que dejaron el odio y la guerra. El soplo de tantas vidas sofocadas por el disparo de un fusil es el recuerdo más amargo que se refugia su memoria y, por mucho que se intente olvidar el rostro de los huérfanos, no se puede porque en su alma quedó el eterno reflejo de la tristeza adherida a los ojos de muchos niños. Ese dolor empieza así:

El esposo mío fue el inspector de El Palmar por mucho tiempo; a él lo nombraron cuando nosotros salimos de la vereda a vivir al pueblo; recuerdo que había mucha violencia y a él le tocaba hacer muchos levantamientos; había de dos a tres muertos en cada parte: a unos los mataban los enemigos y a otros la guerrilla, que hacían muchas masacres.

*La mona, 25 años, La plaza.

Ya, como le digo, entró la guerrilla y mató mucha gente; nosotros, cuando los veíamos, temblábamos; aquí hemos tenido que vivir mucha cosa en ese sentido: primero ladrones, después guerrilla y, por último, ya entró las Autodefensas, de grupo en grupo hemos ido pasando y todos nos han dejado muertes. Uno de los primeros dolores fue el de ver a una pareja de esposos muertos; la pobre señora había estado en embarazo. Al lado de los cuerpos, encontramos a un niño llorando, era hijo de ellos, lo habían amarrado con la manga de la camisa del papá, él había presenciado el asesinato de sus padres.*



Gráfica 25. Sombras de un hogar

*Delfilia Cerón, 57 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva- Nariño.

Con desaliento, la relatora continúa y dice:

Otro hecho que me dolió mucho fue lo que le pasó a una vecina mía; ella se llamaba Lucy Araújo, entró el ejército y, pues, ella se hizo amiga de ellos; entonces, los soldados entraban a la casa y se llevaban ahí, y a nosotros eso nos preocupaba; cuando a los pocos días el ejército ya se fue y entró la guerrilla; un día ella vino a mi casa a conversar conmigo, me dijo: a mi me da como miedo de ellos; era como que algo presentía; decía: me da ganas de irme; pero, le dije: usted no debe nada; pues sí, dijo, pero a mi me da miedo, porque yo defendí a una muchacha a la que querían violar y esos andan bravos y ya me hicieron llegar un pasquín y allí dice que si no me voy me matan, y que, si no, que me cuide mucho; entonces, yo le dije: no, pero ellos ya no le hacen nada, ellos, ¿qué le van hacer?; luego, cambiamos de conversa y al rato se fue.

Una noche sentíamos que gritaba, nos despertamos y yo le dije a mi esposo: parece que el marido de esta mujer se emborrachó; como él era jodido con ella, pensábamos que de pronto estaban peleando; cuando en eso mi esposo se levantó y me dijo que vamos a verla; íbamos a ir a verla cuando en eso mi esposo se arrimó a la ventana a mirar y, como la luz de la calle la habíamos dejado prendida, se podía ver; entonces, él dijo que miró que bajaban varios hombres y les brillaban los fusiles; parece ser que es la guerrilla, dijo; yo me asomé y les alcancé a mirar los fusiles; entonces, nos arrimamos a la pared, cuando sentimos que ella dijo; ¿qué quieren? ¡No me maten!, decía, ¡por Dios, no me maten!; entonces, nosotros nos asustamos, nos quedamos quieticos, cuando, ahí mismo, sonó el tiro y el hijito de ella lloraba desesperado, pobre niño, tendría unos nueve años no más, entonces el niño pedía auxilio y se les prendía de los fusiles, a no dejar que le vayan a disparar a la mamá, pero uno de los guerrilleros lo golpeó y lo tiró al suelo.

Hubo un momento que el niño se calmó; nosotros dijimos no pasó nada, pero ahí mismo sonaron los tiros, eso fue una descarga grande; ya nos quedamos todos calladitos, parecía que nos iban a matar a nosotros también; con miedo, nos quedamos sintiendo que bajaban y subían al trote, después salió un carro y salían unos guerrilleros pegados del carro, cuando uno de esos guerrilleros le dijo al niño: ¿dónde está tu papá?, le gritaba; entonces, el niño, llorando, le decía: por allá 'bajo está; entonces, vino acá al solar y echó un tiro; ya que ese hombre disparó, al rato salió, se pegó del carro y se fue; cuando el carro iba por la cancha, salimos todos los del pueblo a alzarla, pero ya estaba muerta y el niño abrazado a ella llorando.

Destrozado el latir de su pequeño corazón y aferrado a la ausencia de su madre, un pequeño se enfrenta a la vida, pero sus pasos se van derribando; en el borde del camino están sus huellas, eternamente seguidas por la muerte.



Gráfica 26. A orillas de la muerte

El niño, después de eso, quedó traumatizado de ver cómo mataron a su mamá; él era nervioso, nunca se lo miraba sonreír, ni nunca se lo miraba normal como cualquier niño, no tenía alegría, poco jugaba; él ya, de ahí pa' delante, vivía como con rabia, no le encontraba sentido a la vida, a él no le gustaba nada; la abuela de él conversaba que a todo momento intentaba matarse, que se subía a unos barrancos y que se paraba en el filo y que ahí, pensativo, mire y mire pa' bajo al abismo, que lo tenían que bajar a la fuerza y que él decía que quería morirse, que sin la mamá no quería vivir.

Después de un tiempo, el papá se lo llevó a otro pueblo y, de eso, regresó joven y decía la abuela que, cuando llegaba al pueblo, lo primero que hacía era ir a la tumba de la mamá, que se pasaba días enteros acostado en la tumba; después se fue a Balboa y allí lo mataron, han de ser unos tres años que lo mataron; muy trágica terminó la vida de ese pobre muchacho, por la violencia perdió a su madre y eso él no lo superó.

Viendo tanta muerte, las mujeres del pueblo nos reunimos y conformamos un grupo, que se llamaba La Legión de María, hicimos un grupo bastante grande y, de ver la violencia que había, andábamos por todas las casas rezando el santo rosario; en cada casa había una petición, pero la petición más grande era que cese la violencia, porque, de verdad, daba miedo; al esposo mío lo sacaban a toda hora a hacer levantamientos, habían muertos en el pueblo, en las veredas, en toda parte; yo quería irme, pero nos daba miedo salir a sufrir a otro lugar y, al tiempo, miedo de quedarnos, era una incertidumbre grande, pero así se ha ido pasando entre muerte y guerra; hay que hacer algo, no sólo soportar y esperar que algún día pase.

Los atropellos no se sufren pasivamente, como simples consecuencias que ha tocado vivir; se lucha y algunos las superan; otros, como el niño de este relato, no prevalecen, porque el dolor derrota, en muchas ocasiones, las ganas de seguir en pie en la vida, pues presenciar la muerte de una madre, no es solo un acto cruel que se vive en una noche, es una huella eterna que se establece en todas las etapas de la vida, cimentada en el crecimiento del nuevo hombre, que lleva a costas nostalgias casi imposibles de sanar.

Los niños y jóvenes son las personas más afectadas por la guerra, porque, a corta edad, enfrentan realidades que ni siquiera han podido interpretar en sus mentes, lo que puede ocasionar trastornos emocionales y llevar al suicidio, como única manera de salir de su insostenible dolor; es una lucha contra la vida, no por la vida, la que emprenden estas víctimas, porque aparentemente ya no tiene sentido continuar; las razones para seguir nacen en el seno de su familia, en la escuela, que puede acompañar más humanamente el acto de educar, al ayudar a sanar heridas, con el acompañamiento profesional, no solo psicológico, también con la sensibilización de los educadores, que tienen en frente personas con vidas propias. A veces, los familiares no tienen manera de orientar, ignoran muchas posibilidades; allí, la escuela puede servir como parte orientadora, para las consecuencias del conflicto y sus posibles soluciones.

Es difícil, para los educadores, explicarle a un niño que su madre no volverá; también, puede llegar a ser inentendible; dirán, tal vez, que esa no es su labor, porque la labor no pasa de enseñar, por citar un ejemplo, quién descubrió América, las penurias que se sufrieron en aquellos tiempos, y se queda en lamentaciones patrióticas, cuando hay una realidad más cercana y aun más doliente antes sus ojos; es difícil, pero, es aún más incomprensible quedarse inmóvil, viendo morir las ilusiones de un niño y no tratar, al menos, de aplicar los nuevos planteamientos curriculares, de evaluación y de relación con los alumnos, que aportan con una pedagogía de convivencia y paz.

Para seguir la secuencia de los relatos, que expresan el sufrimiento de los huérfanos que deja el conflicto armado, están las narraciones de dos hermanos que perdieron a su padre y que, a pesar de haber vivido el mismo momento y de sufrir el mismo padecimiento, quisieron dar su propia versión de lo que representó, para cada uno, la partida de su padre.

Los juegos de soldados y guerras, disparos y armas, para Jefferson no son ya una diversión porque, cada vez que le dicen que jueguen a los soldados, su mente se traslada a lo que pasó la terrible noche en que murió su padre; lo que es para muchos otros niños una diversión, para él y su hermana es una cruel realidad, que no quiere volver a vivir ni como un juego.

Jefferson cuenta lo siguiente:

Mi papá ya no está, a él lo mataron los paras, pero yo sí lo recuerdo, aunque se haya ido pa' siempre; él está con mi mamá, mi hermana y yo. Esa noche la recuerdo y eso que pasó jamás se me quita; yo me distraigo pero es como si no pudiera quitármelo de mi mente. Me acuerdo que nosotros estábamos en la casa y llegaron los paracos en unas camionetas y nos mandaron a las casas; cerraron los billares, sacaron la gente; nosotros estábamos sentados con mi papá conversando, en una tienda, él me dijo que no nos asustáramos; nos entramos a la casa, llegaron al rato y tocaron la puerta y que salieran los hombres, y mi mamá deteniendo a mi papá, que no salga; yo estaba en el lavadero sentado, sacaron a mi papá y a mi tío, yo sentía miedo, yo detenía a mi papá pa' que no salga y, mientras deteníamos a mi papá, habían sacado a mi tío, y mi mamá estaba diciéndoles que no le vayan a hacer nada, que él era un niño; yo me les tiré y me pegaron con el arma en la cara, y entonces mi mamá cogió, me jaló y me entró; después nos fuimos al segundo piso y desde allí estábamos mirando, cuando le estaban haciendo, creo, unas preguntas y, después, lo hicieron arrodillar y al ratico le dispararon; en ese momento sentí miedo y rabia, pensaba hacer lo mismo, tenía mucho odio.

Después de que los mataron, decían que a ellos no era a los que tenían que matar, que eso fue una equivocación; en ese momento, se metieron en la camioneta y se fueron; después de que ellos se fueron, toda la gente estaba llorando los muertos y tenían mucha pena porque habían matado a los que colaboraban en el pueblo; pasaron unos días y nos llegaron amenazas, que si no nos salíamos del pueblo nos mataban, y desde hace dos años estamos viviendo en otra parte.

Mi vida es triste, vivo con pena porque mi papá me hace falta; la guerra no es cosa de ir matando al que se le aparece, la guerra se la pelea con el que es de pelearla y no con las personas trabajadoras y colaboradoras, porque, por no más de tener un arma en las manos, ellos no tienen el poder pa' matar a una persona inocente como mi papá; a mi, por eso, cuando mis amigos dicen: hola, Jefer, juguemos a los soldados, yo les digo que eso a mi no me gusta; ellos hacen armas de palo, pero eso a mi me recuerda cosas feas. A mi me da pena por dejarlos en el pueblo, solos, y, aunque estén muertos, nos hacen mucha falta, nos da duro, a mí, a mi hermana y a mi mamá, superar la muerte de mi papá y mi tío. Yo quisiera superar esta muerte, quisiera que se acabe esa guerra y que ya no sigan matando a más gente; yo quiero soñarlo una noche, que se me revele y preguntarle qué le habían

dicho los que lo mataron y por qué lo habían matado, porque yo no entiendo por qué lo hicieron.*

No entiendo por qué lo hicieron, dijo, mientras su mirada se perdía en el cielo, en busca de alguna respuesta en su infinito resplandor, pero no encontró más que dos cometas, que otros niños, junto a sus padres, estaban haciendo volar; se paró del andén y saludó a su amigo, cogió la cometa y ayudó a elevarla al viento, corriendo, vuelve y se sienta, una sonrisa se figura en su rostro y, con anhelo de conseguir en un sueño la presencia de su padre, para sentirlo al menos por un instante nuevamente a su lado, se sienta junto a su hermana, mientras Dayana, de diez años, con una sonrisa, que la guerra no pudo borrar, y con un amor profundo por su hermano, abrazada a él narra:

Lo que dice mi hermanito es verdad, yo también quisiera que él se me aparezca en un sueño y preguntarle por qué se fue, porque eso yo no lo sé, porque me quedé sin papá.

Para mi también fue esa noche muy dura y la muerte de mi papá también; yo me acuerdo que nos fuimos al patio, sintiendo el tiroteo; entonces, mi mamá dijo que nos subiéramos al soberado; cuando ya nos íbamos a subir al soberado, tocaron la puerta; mi papá salió por la puerta de nuestra pieza y todos salimos atrás de mi papá llorando; él nos decía que no tengamos miedo, que no le iba a pasar nada, y todos salimos a correr con mi papá y ahí fue donde, a mi hermano, el paraco negro lo devolvió con un culatazo en la cara, mi hermano se devolvió a la casa, y ya se llevaron a mi papito y a mi tío, mi mamá cerró la puerta y nos subimos a la pieza de mi abuela, mi hermano se metió debajo de la cama, yo y mi mamá nos sentamos en la cama llorando, al ratico, sentimos varios tiros y, a lo que sentimos los tiros, nosotros nos asomamos por la ventana, y ahí el Jey salió de la cama, y miramos candela, yo me sentí que me quería morir, me apreté las manos y dije en mi mente: voy a ser fuerte, voy a ser fuerte, y esperamos hasta que se vayan los paracos, y cuando se fueron, nosotros salimos a correr y los miramos muerticos, yo me tiré al piso a tratar de tocarlo y no pude; llegó mi mamá y se tiró encima del cuerpo de mi papá y lo levantó y, cuando lo levantó, se le vaciaron los sesos en las manos, y mi mamá se puso a llorar; eso a mí me asustó mucho, yo me paré y me fui donde mi abuela y mi mamá me cogió y me dijo: no te vayas, espérame, y nos fuimos donde mi abuela. Después, en la casa de mi abuela, nos recostamos, y me había dormido y, cuando sentí una voz que decía: morillo, no me dejes ir; morillo le decía, mi papá a mi hermano, de apodo, y de allí ya no pude dormir más; después, salimos a Leiva a traer los ataúdes, y me senté en un barranco a llorar y la gente se arrinconó a preguntarme ¿qué había pasado?, yo les conté todo, hasta que compraron los ataúdes y nos fuimos a El Palmar; yo no quería enterrar a mi papá, no quería ver cómo se quedaba en ese hueco, pero se llegó la hora de enterrarlos y me tocó dejarlo solito ahí.*

*Jefferson Padilla, 11 años, Los Laureles.

*Dayana Padilla, 10 años, Los Laureles.



Gráfica 27. Soledad

No queda más que decir y repetir, una y mil veces, que los menos comprometidos en las consecuencias de los atentados deberían ser los niños, las niñas, los jóvenes, los campesinos, las mujeres, los hombres, los pueblos, es decir, todos. No es trillada la idea de querer desarmar la guerra, para construir la paz y que, una mañana, muchos vientos sirvan para que todas las cometas vuelen a dos manos: la del padre y la del hijo.

En estos episodios inhumanos, está también el caso de dos hermanas que perdieron a su madre, y de dos niños que perdieron a su padre, contada desde la voz de un poblador que presenció la aterradora noche en que sus amigos cayeron abatidos por los paramilitares.

Leonila Grijalva fue una gran líder comunitaria, que luchó por el bienestar de su pueblo, y por los derechos a la vida y a la paz; por esto y por muchas razones más, será recordada, por siempre, como una mujer valiente, que enfrentó con una gallardía inigualable el atropello que, en contra de su comunidad, cometían los grupos armados. La existencia de Leonila, su historia y la lucha que empuñó en su corazón, continúa en el recuerdo de los tantos que emprendieron un caminar junto a ella, y sobre todo de sus hijas, que son el legado que reanuda los pasos que un día les enseñó a dar, y que hoy acompañan su caminar

con el amor que derrumba las sigilosas fronteras, que se apuntan sobre el horizonte de pausadas soledades, las mismas que se mitigan al recordar la alegría y el optimismo que esta madre siempre tuvo y el cual les enseñó, para que en su ausencia puedan sobrellevar la vida; para ella, que fue siempre una luchadora, estas palabras: “hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles”. - Bertolt Brecht -.

Desde la voz de uno de los testigos de este inhumano acto, del veintinueve de diciembre de dos mil siete, se relata esta historia; Fer dice:

Yo tengo una niña pequeña; entonces, ella estaba con dolor de cabeza y con fiebre, me fui a comprarle algo pa' darle; cuando ya iba cerca a la plaza, me encontré con mucha gente que salía corriendo a esconderse; un man que salía era amigo mío, entonces yo le pregunte: ¿qué fue?, le dije, ¿qué es que pasa?, y me dijo: marica, llegaron unos tipos armados y nos sacaron del billar, ahí extendieron a otros y les pidieron los papeles; yo me regresé con ese man y, cuando estábamos en la conversa, escuchamos unas ráfagas, ahí mismo nos corrimos y alcanzamos a meternos en una casa, después se escuchó otro tiroteo; los de la casa cerraron la puerta y yo me metí al solar a esperar a que eso pase, pero se calmaba un rato y al instante otra vez; unos señores decían que estaban buscando en las casas, yo no hallaba cómo irme, porque como había dejado sola a mi mujer con la niña, me daba miedo que les vaya a pasar algo.

Después, pasaría una media hora, y ya no se escuchó más tiros, sino unos carros que salían; cuando, al rato, una lloradera, gritos; ahí mismo salí, pa' irme a la casa, yo no me imaginaba que iba haber tanto muerto; yo pensé: mataron alguno; entonces, cuando yo vi que unos corrían pa' un lado, otros pa' otro, yo dije: Dios mío, ¿esto qué fue?; yo, pues, del susto, fui primero a mi mujer, pero ella se había encerrado, no le pasó nada, le dije que me esperara, que yo me iba a ayudar en algo, entonces fue cuando yo miré que el Telecom lo habían destruido, y decía la gente: mataron a la Leonila, yo no creía; entonces, como al lado de esa casa quedaba la ferretería, ahí sí miré tirado al Henry; yo, después, subí donde estaba Leonila y eso fue un impacto pa' mi, algo inexplicable, muy duro, mirar como esos desgraciados habían sido capaces de matar a una mujer indefensa, un acto de cobardes, es eso pa' mi.

Yo me bajé, y la gente comentaba que la niñita de ella, la última, había presenciado todo lo que le pasó a la mamá, que la habían encerrado en una habitación y que escuchó todo, lo que los paras le decían a la mamá, pero que Leonila a ningún momento se les humilló, siempre se enfrentó a esos manes, no les tenía miedo, fue una mujer valiente; no cualquiera, viendo que lo van a matar, les discute; a mí me impresionaba lo de la hija, porque ella tener que escuchar todo, ahí mismo en la casa, porque a ella la mataron fue en su propia casa; a los otros los habían sacado, a ella no; esa niña, también valiente; en el día del entierro la despidieron con unas palabras bien especiales, no lloraron, sino que, con resignación, le dijeron adiós a su mamá.*

*Fer, 32 años, La Plaza.

Cada vez que se alza una voz en contra de las injusticias, hay fusiles que quieren callarlas, pero se levantan cien más; cada vez que se rebela un ser en contra de la violencia, se levanta un fusil y lo matan, pero nacen diez mil seres más; cada vez que un pueblo no se deja doblegar, se forman ejércitos y lo masacran, pero se levanta una nación en pro de la libertad; por eso, cada vez, una vez que un fusil se enfrente a una vida, siempre habrá quien se sume a continuar la lucha; es absurdo tratar de dominar, porque no se acalla el pueblo matando a sus líderes; siempre, siempre existirá uno más, muchos más, que no puedan callar, porque se mata al hombre, mas no los pensamientos de libertad.

Para narrar el siguiente relato, en el que se cuenta la historia de otro de los líderes que murió en la masacre, habla Jorge, un nombre ficticio que se utilizó, pues el nombre verdadero se reserva.

Este relato resalta los momentos de pánico que se vivieron durante el atentado al pueblo; Jorge cuenta lo duro que fue, para él, encontrarse con su amigo Henry muerto, al que, de cariño, lo apodaban “el ferretero”, quien participaba activamente en defensa del bienestar de la comunidad; a Jorge, la impotencia de no haber podido hacer nada, lo hizo llorar, porque vio la crueldad con que, indiscriminadamente, habían asesinado a su amigo. Jorge cuenta:

Yo estaba en el billar mirando jugar un chico, cuando entraron unos hombres encapuchados y nos hicieron tender en el piso y nos requisaron; nos dijeron que nos fuéramos cada cual pa' sus casas; yo me corrí; cuando llegué a la casa y le dije a mi mamá: llegaron los paras; cerramos las puertas con mis hermanos; cuando, sentimos los tiros: están matando gente, dijo mi mamá, apaguen las luces; yo las apagué y nos metimos al cuarto; al tiempo, quedó en silencio, yo me iba a asomar a la ventana pero mi hermano dijo: no te asomes, que por ahí te están dando a vos, y otra vez el tiroteo; como la casa queda cerquita a la plaza, eso se escuchaba durísimo, se sentía que corrían; después, se quedó en silencio el pueblo; de ahí, fueron y golpearon, no encontrábamos dónde meternos, y cuando dijo: abran, ya le conocí la voz, era un amigo, y me dijo: vení hombre, vamos, que mataron al ferretero; entonces, yo salí, y estaba por la plaza doña Leonor, ella se encontraba en un estado crítico, y, de miedo, por lo que había visto sobre la muerte del ferretero, ella había estado en el momento en que los paras lo habían ido a buscar, y nos contó que llegaron y le habían exigido que entregara el dinero, él lo había entregado, y lo habían matado en la sala; ella no se podía reponer del susto, del pánico por lo que había visto matar al socio.

Después, lo fuimos a ver, el pobre man estaba lleno de sangre, irreconocible, le habían destruido la cabeza y pedazos de cráneo estaban en el suelo; eso, ¿uno cómo se lo borra de la mente?, pa' toda la vida le queda ese mal recuerdo, la tristeza y la impotencia de no haber podido hacer nada p'evitar semejante masacre; me hizo llorar; el odio se notaba, de esos manes, un odio encarnizado, porque pa' dejarlos así, como animales, enfurecidos, entraron y se tiraron el pueblo.

Él fue un gran amigo, muy sociable, bien colaborador con la gente, un líder, porque hablaba y defendía al pueblo, él había sido nombrado como director del hogar juvenil, y recibía el cargo el primero de enero y, como no era de aquí, se iba a pasar el año nuevo con la mamá, la mujer y sus dos niños a Sandoná, pero, lastimosamente, no pudo, los niños quedaron esperando al papá que perdieron en otra tierra, no pudieron compartir con él el fin de año, ni su vida de ahora en adelante; esa es la peor consecuencia de esa muerte, los hijos que quedan a la deriva por la vida.

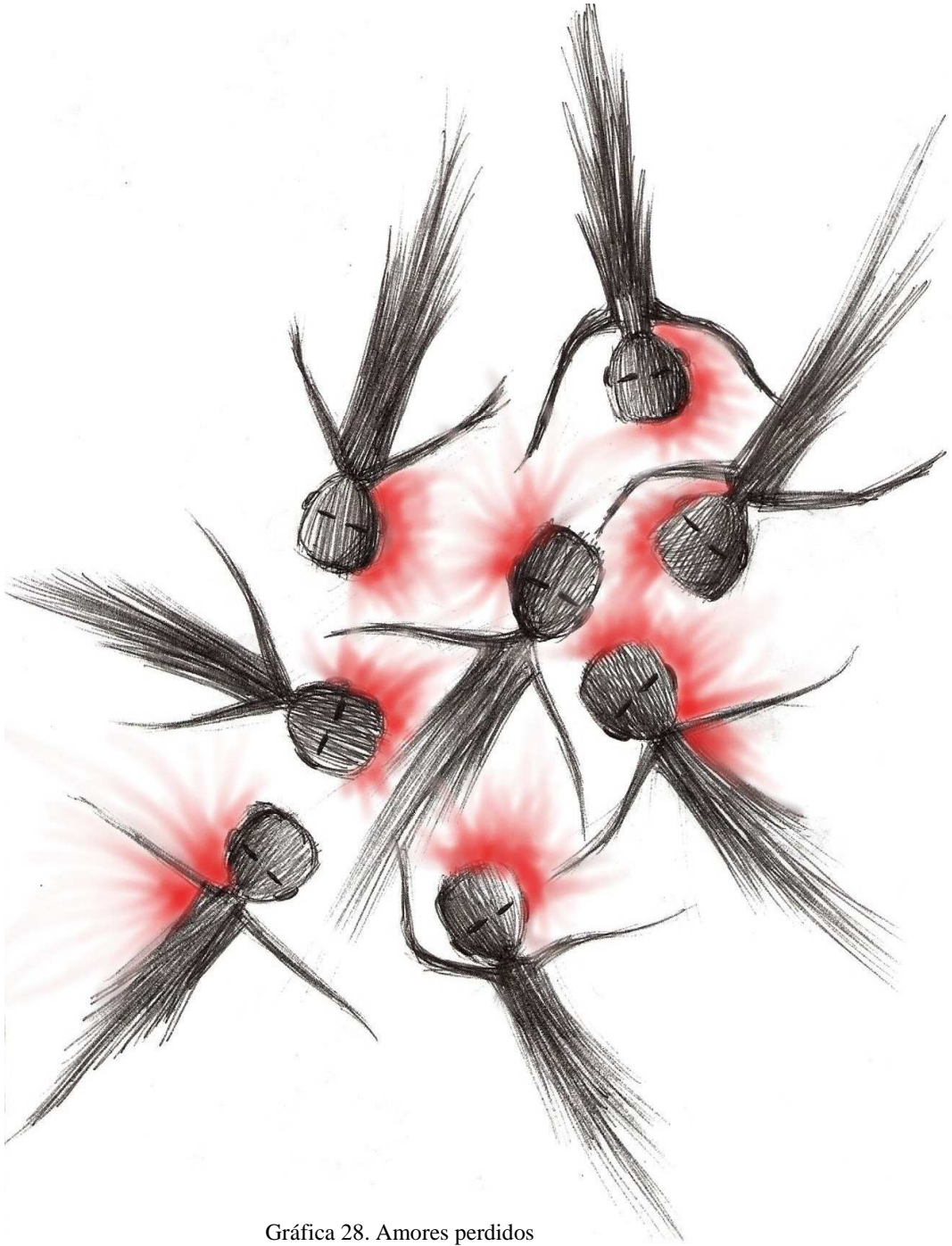
Después, fuimos a ver a los demás; Omeyer y El Gordo habían quedado en la esquina de la plaza principal, salida a la vereda La Planada, ellos tenían disparos en la cabeza, y, más allá, estaba Rigo; en ese momento, el pánico de toda la gente me hacía poner nervioso a mí también, porque decían que los paras posiblemente volvían a seguir matando a la gente: no se acerquen, decían, no pueden tocarlos, pero yo tenía temor que los carros o motos que llegaran se fueran encima de los muertos y los pisaran; entonces, les pusimos plásticos y sábanas blancas, pa' que los miren desde lejos, la gente me gritaba que me retirara porque en cualquier momento volvían a seguir masacrando; cuando yo estaba tapándolos, llegó una camioneta, donde se creía que volvían, y todos se corrieron, pero había sido la camioneta que los había ido a dejar hasta cierta parte del camino; a ese man que los fue a dejar, lo habían obligado a trasportarlos, en la misma camioneta que era de propiedad del finado Omeyer Padilla.

Amanecimos acompañando los cadáveres, hasta que alguien de la justicia llegara a hacer los levantamientos; se demoraron mucho, no sabíamos qué determinar, porque la señora Leonila era la que manejaba todos los medios de comunicación y, como fueron destruidos a plomo pa' qu'el pueblo quede totalmente incomunicado, por tal motivo no pudimos llamar inmediatamente a Leiva; fue llegando al medio día, la unidad médica a hacer los levantamientos de los cadáveres. Después, a los mismos familiares les tocó bañarlos y acomodarlos; de eso, ya los pasamos al salón parroquial pa' velarlos; a mi amigo, el ferretero, como no era de aquí, los amigos fueron a dejar el cadáver a Sandoná.*

Los niños, niñas y jóvenes, hablaron, desde lo más profundo de su ser, unos con voz propia, otros fueron desde otras voces evocados, pero se escribieron y valoraron con igual sentimiento; ahora, en esta continuación de dolores, hablan las viudas, madres de los huérfanos, que en crueles episodios perdieron a sus esposos.

2.2.4 La voz de un corazón de luto. Solo una hora bastó para dejar el día, solo un día bastó para dejar la vida y, así, la breve historia, en la que empezaron dos, concluyó, para alojar, al otro lado de la cama, a la soledad.

*Jorge, 38 años, El Llano.



Gráfica 28. Amores perdidos

La voz de un corazón de luto y la soledad que deja una partida rompen el espacio donde ronda una ausencia, y entre un recuerdo y otro, doña Elvia Morales, viuda de Araújo, cuenta el padecimiento que le tocó vivir cuando perdió a su esposo por culpa de la guerrilla; el adiós eterno no fue motivo de olvido, ella aún lo recuerda y a veces, al olvidar que ya no regresaría, lo esperaba y, como siempre, al caer la tarde, le servía a la mesa.

Desde ese recuerdo, narra:

A mi esposo lo mataron un día domingo, que íbamos saliendo de Leiva; en el camino salió la guerrilla y lo cogieron a él, y a mi cuñado, y los llevaron al monte; yo los seguí, pero me regresaron; entonces, me metí en unos árboles a esperar, ellos estaban discutiendo y uno de los guerrilleros le apuntó a mi cuñado y, de una, lo mató; mi marido le dijo que por qué mataban al hermano, entonces le dijeron que ellos sabían por qué lo mataban; con rabia de verlo muerto, les dijo que él no debía nada, entonces ellos se enojaron y le dijeron: ¿usted también quiere que le demos?, y entonces le dispararon; cuando pasó el tiroteo, se fueron, yo salí y fui a buscarlo por el camino y lo encontré caído, lo cogí y lo alcé en las faldas y todavía respiraba; cuando íbamos saliendo, encontré a unos del pueblo y me ayudaron a hacer una camilla y lo trajimos; llegó al pueblo y duró un poco, estaba agonizando, y pedía al hijito menor, lo tocaba y lloraba: decía que no lo dejen morir, pero no se podía hacer nada, a la media hora murió.

Dejó cuatro niños pequeños y sufrí mucho cuando quedé sola, me tocaba seguir trabajando y llevar carga de gasolina solita, y en el camino, cuando ya no podía, me ponía a llorar, porque se me caía la carga; me tocaba de caminar como dos horas para entregar esa gasolina en La Planada; con él era más fácil la vida, su compañía, su amor conmigo y con sus hijos, hacía que no sean tan duros los problemas; había veces que yo lo esperaba, sin pensar y por la costumbre, parecía que ya llegaba a la merienda, siempre tenía esa sensación; es muy duro, se sufre mucho, solo uno sabe cuánto duele; todo eso es lo que deja la guerra, soledad y sufrimiento.

Después de que ya lo había perdido a él, no dejaba de sufrir con la violencia, porque le cuento que la guerrilla seguía afectando al pueblo; y pasa que, un día que me fui al potrero a ordeñar, hubo un enfrentamiento entre el ejército y la guerrilla; yo sentí fue un tiroteo y cuando me dijeron unos: córrase, que vienen ahí y la acaban a usted, y me fui corriendo potrero abajo y me disparaban a la cabeza y los ojos me ardían, a lo que me cruzaban las balas; ellos creían que yo andaba con los guerros; en esas corrí donde tenía el caballito para salir por el camino, pero no me siguió; ese caballo se asustó y salió corriendo solo por la carretera, pero, gracias a Dios, porque en el camino los guerrilleros habían puesto una bomba, y me hubiera muerto; lo que yo hice fue coger potrero abajo y salí a donde los Roseros, y cuando sentí una voz que me dijo: doña, no se meta que allá están echando bala, devuélvase y métase en una casa; me escondí y, al rato, fue pasando la balacera. Daba miedo salir al campo, uno no sabía cuándo quedaba en medio del fuego; era muy peligroso estar por ahí.*

*Elvia Morales, 58 años, corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva–Nariño.

Ahora los latidos de un corazón herido son del corazón de Mireya, una madre que desde muy joven construyó un hogar con Omeyer, su difunto compañero; presencié dos asesinatos, el de su hermano y el de su marido; destinada a la soledad, deja su tierra, su casa, sus muertos y empieza una nueva vida lejos de la guerra, pero, al encontrarse con otra manera de vivir, otra cultura, otro lugar y, a cuestas, dos niños, que viven traumatizados, quiere desfallecer, pero saca fuerzas y, a pesar de ya no querer continuar, anima a sus hijos, desmotivados por vivir, y asume su papel de madre cabeza de familia, le dice adiós al pasado, para forjar con sus pequeños un mejor presente.

En su narración está la soledad, pero también la esperanza de poder ver crecer a sus hijos en un mundo mejor; Mireya expresa:

Perder el marido, eso es muy duro, porque uno se acostumbra a su compañía; nosotros ya llevábamos viviendo quince años, teníamos una vida, un hogar, y se destruyó en un abrir y cerrar de ojos, en un instante se desmoronó mi vida y ahora estoy sola con mis hijos, yo me miro sola y eso es muy duro, pero tengo la esperanza de que mis hijos puedan crecer en un mundo mejor que el que me tocó a mí y, pues, salir adelante a pesar de este dolor de haberlo perdido a él y a mi hermano.

Pues esa noche, que fue la más tormentosa de mi vida, yo estaba en la esquina de la tienda y llegaron unas camionetas de paramilitares; nosotros estábamos allí, sentados con mi marido y mis dos hijos, y nos mandaron cada cual para su casa; nosotros nos vinimos para la casa, cuando empezaron a sonar unos tiros; nos entramos; al ratito llegó mi hermano, le abrimos la puerta y nos encerramos; y, siguió el tiroteo, cuando ya llegaron aquí a la casa y los sacaron a ellos; mis hijos se le prendieron a mi marido, pero ellos los quitaron a la fuerza; yo les decía que los suelten, que no los vayan a matar; mi hermano, un niño de quince años, yo no pensé que a él lo iban a sacar, cuando, en un descuido, uno de los paracos lo llevaba empujado; él me volvió a ver, asustado y pálido se puso mi hermanito; él les decía: yo no debo nada, no me vayan a matar; ellos se demoraron un rato hablando, yo pensé que ya no les iban a hacer nada, pero me asusté cuando vi que tenían amarrado a un vecino más arriba de mi casa; él ya estaba muerto, lo habían amarrado y ya lo habían matado.*

Lo miró por última vez desde la ventana, la confusión y el dolor dejaron sólo el reflejo de un cuerpo tendido sobre el andén; Mireya prosigue y dice:

Después, del miedo, nos encerramos con los niños, y nos subimos al cuarto; de la ventana, yo vi que se arrodillaron, los paracos los hicieron poner las manos en la cabeza, cuando sentimos los tiros y vi que cayó mi marido, porque primero lo mataron a él, y mi pobre hermano tuvo que ver eso, y de ahí lo asesinaron a mi hermano; después, nos escondimos, porque ellos se metieron a la fuerza a la casa y sentíamos que movían cosas, que estaban buscando como algo y hacían mucho estruendo; pensamos que nos iban a matar también, pero al rato se fueron; cuando bajamos, estaba todo hecho una nada; salí con mis hijos

*Mireya Patiño, 29 años, Los Laureles.

corriendo a recogerlos, pero no se podía hacer nada, esos descargaron toda la munición en ellos, los destrozaron, no había ninguna posibilidad de vida; yo abracé a mi esposo y cuando lo alcé, la cabecita de él estaba destruida; yo me quería volver loca, era como si no fuera verdad, como una pesadilla, lo único que hice fue salir corriendo para la casa de mi abuela, a traer a mi mamá; no sabía cómo le iba a decir que mataron a esos dos hombres que eran nuestro sustento, porque ella estaba enferma y me daba miedo que se me muriera con eso, pero tenía que avisarle.



Gráfica 29. Última mirada

En un espacio en el que se asesina, se destierra, se esclaviza al poder, carente de valores, de sentido de humanidad, donde abunda el odio y la venganza y no existe el mínimo derecho, ni se respeta el más básico, que es el derecho a la vida, es el espacio donde madres, como Mireya, tienen que vivir con sus hijos, expuestos a todo tipo de abuso, sumado al abandono del Estado y sus carentes leyes que no ofrecen, para ellos, una verdadera seguridad democrática; un Estado en el que a la justicia la vuelven plata, pero el dinero aún no ha

podido sobornar a la muerte, porque Omeyer no está y porque en este pueblo siguen matando, violando derechos y desterrando vidas; así, Mireya, en su desahogo, reclama justicia, porque, para ella, hubiera servido más, que el ejército llegara al pueblo a establecerse desde siempre, y no ahora que ya no puede defender sino a la muerte. Así enfrenta los designios de los nuevos tiempos y dice:

Ahora cargo con dos penas, la de mi hermano y la de mi marido, y con el dolor, también, de ver que mis hijos quedaron huérfanos, después de haber tenido un papá responsable, cariñoso con ellos, y eso ni la plata ni ninguna riqueza puede cambiar.

A nosotros nos tocó salirnos, dejar la tierra, la casa, nuestra vida y nuestros muertos, irnos a otras tierras a sufrir; mis hijos quedaron traumatizados con tanta muerte, ellos son los que más sufren las consecuencias de esta violencia. El pueblo fue quedando poco a poco solo, ese pueblo quedó muerto; mis hijos viven atemorizados, nos dañaron la vida a muchas personas; el gobierno nos ofreció ayuda y ahora que necesitamos nos dio la espalda, toman mano de una población cuando no hay remedio; cuando hubo esa masacre, nos medio ayudaron; nadie vive así, es preferible una ciudad, aunque viva mal, aunque sea diferente la vida, pero uno está tranquila, mejor que vivir con la zozobra que lo van a matar.

“...vivir con la zozobra que lo van a matar”. La integridad, la libertad y la seguridad de las personas se ven afectadas por el constante deterioro de los derechos humanos, pues la no continuidad, seguimiento e implementación de los programas, normas y mecanismos de protección y vigilancia, provocan, por su ausencia y falta de rigurosidad, que los ciudadanos se vean inmersos en un abandono del Estado y sean presa fácil de los grupos al margen de la ley y de todo lo que alrededor del conflicto armado se desarrolla.

Martha Lucía Londoño, en seguida, cuenta su caso, que no se diferencia de los otros relatos, porque a ella también le ha tocado enfrentarse con sus hijas a la soledad, el miedo, la inseguridad y el destierro. Esta mujer perdió a su esposo, en el peor momento de su vida, porque estaban afrontando la cruel enfermedad que postró a su hija menor; Kerly Díaz Londoño tenía un tumor en la cabeza y se encontraba en recuperación; su padre se había convertido en su soporte, su aliento y motivación de vivir, era el guardián que custodiaba sus pasos, lo cual ayudó mucho para que Kerly se recuperaba rápidamente; pero desde la fatídica noche en que pierde a su padre, pierde también las ganas de continuar y se sume en una profunda tristeza, lo cual la lleva a la muerte. Este ángel hoy está en el cielo, descansa en paz, quizás en la paz que en la tierra se le negó.

Los sentimientos de dolor de esta esposa y madre se expresan así:

Esa noche pasó así: yo estaba en la pieza, con mi hija enferma, operadita, entonces sentíamos unos tiros, pero no salimos a asomarnos, porque no sabíamos qué era; entonces, cuando en ese momento salió Rigo, mi esposo, abrió la puerta del balcón y lo llamaron, le dijeron que bajara con los papeles en la mano; entonces él retrocedió y yo salí a asomarme; él me dijo que no me asomara, entonces volví y cerré la puerta, y ya lo llamaron; él bajó, apenas bajó lo cogieron y lo arrimaron contra el portón y lo golpearon; en esas salió la hija mayor, defendiendo a la niña porque uno de esos paracos se iba a meter a la pieza de ella y, como ella no podía tener sustos, porque estaba recién operada, por eso la hermana se fue tras de ese paraco; nos daba miedo que le vaya a dar un infarto y se muriera.

Yo, después, salí atrás de mi marido y él me dijo que no bajara, mientras eso subió un paraco y cogió a mi hija de dieciséis años, la golpeó con el fusil, y la arrinconó contra la pared, yo le decía que no le vaya a hacer nada, que mejor me matara a mí; Rigo, en ese momento ya no subió; cuando sentimos otra vez otro tiroteo y arrimó una vecina y nos dijo que vamos a ver a Rigo, que lo habían matado; entonces, fue cuando yo corrí a verlo y lo encontré amarrado y muerto, y encontré también tirados a los demás; cuando, en eso, llegó mi hija mayor, yo no quería que lo viera, pero ella fue y lo alcanzó a ver, no aguantó mirar a su papá así y se desmayó; no reaccionábamos, muertos en una parte y en otra.*

“Todo el pueblo de luto”, expresa Martha, y una navidad negra como la noche en la que empezó su soledad; continúa y dice:

Esa noche nadie dejó que los alzarán, ellos amanecieron allí, nadie podía tocarlos, los habían tapado con unos plásticos, porque estaba lloviendo, y les pusieron unas velitas para alumbrarlos, todo mundo amanecemos con miedo en las casas. El veintinueve de diciembre, a las siete y treinta de la noche, empezó mi soledad, fue una navidad negra, porque el treinta y uno de diciembre los enterramos a los cuatro; el otro no era de aquí, se lo llevaron para Sandoná, él fue un buen amigo y vecino, a él le decían el ferretero, de apodo. Todo el pueblo de luto, nadie dio feliz año; todo era infeliz en estas tierras, aquí todos lloraban, hombres, mujeres, niños, todos nos ayudaron al dolor, eso fue lo bueno.

El día miércoles vino Navarro, recién se había posesionado de gobernador; nos visitó, a las viudas, a los huérfanos, al pueblo; mandaron después de eso al ejército, cuando ya había pasado tantos años de muertes y violencia; pero, bueno, así son las cosas; los gringos también vinieron, prometieron cielo y tierra y, hasta ahora, nada.

Yo tuve que seguir con mi vida, enfrentando sola la enfermedad de mi hija, la consentida de Rigo; ella tenía ocho añitos, hacía veinte días que habíamos llegado de Pasto de hacerla operar; ella siguió enferma; con ese tumor en la cabeza, más la muerte del papá, se empeoró; ella lo quería mucho, decía que no quería vivir así, sin el papá; era difícil, y me tocó salir de esa casa, porque en cada rincón miraba al papá, todo le traía recuerdo de él, pero, desafortunadamente, a los cuatro meses murió, mi niña no soportó su ausencia, murió de pena moral. Solas y con esta tristeza, mejor es irnos de estas tierras, a probar vida en otra parte.

*Martha Lucia Londoño, 44 años, Los Laureles.



Gráfica 30. El rostro de la muerte

Diciembre veintinueve: el día moría lentamente, se iba, y su eterno retorno se cumpliría cada año; cada tiempo, un nuevo veintinueve con la misma muerte; en otros años, de muchos años, se moriría lentamente. Mientras el reloj ajustaba el tiempo exacto, todo transcurría en su instante, en su cotidiana hora, hasta cuando la ráfaga de la guerra corrompió la noche, la vida no fue más que un breve suspiro y ya no estaba él, ella, ellos, y todos, mas no dejó sosiego, ¿que había?; los gritos de una madre, el sollozo de un pequeño, y un llanto en el que se conjugaban los dolores de un pueblo. La tierra besó sus cuerpos, mientras la lluvia, gota a gota, mojó su ausencia; la luna de medianoche velaba para que llegue el día, mas todo era eterno; sólo, al final, con recelo de presenciar la muerte, el sol, por fin, palidecía las cumbres de las montañas, en las que se escondía un sonar de lamentos. Herida estaba el alma y más cautiva del dolor se ponía al escuchar las campanas, el repicar del viento sentido en cada golpe, uno por cada muerto. Los abrazos ya no alcanzaron para

aferrar tanto duelo; con el corazón empequeñecido de tanto latir dolores, uno a uno se fue despidiendo, la madre, el hijo, el padre, el amigo, el hermano, con el adiós que se lleva la vida y no vuelve más que con recuerdos, de aquellos cinco que entregaron todo por su pueblo; pero la crueldad de la guerra levantó los fusiles y, desmedidamente, apuntó en sus pechos y, en el acto más cobarde, arremetió contra sus vidas, despidiendo de este mundo a Leonila, Brayan, Omeyer, Rigo, Henry, y muchos más caídos que, en el transcurrir de la historia, han sido abatidos por el único enemigo: el violento.



Gráfica 31. Patria de pena y silencio

Con la voz que personificó la tristeza, y la volvió llanto, recuerdo, esperanza, homenajes a amores ausentes, flores y sepulcros, se baja el telón, para cerrar una parte de este capítulo, donde la voz relató la historiografía testimonial, en la que se encontró la atmósfera de cómo los habitantes de El Palmar han vivido y sentido los sucesos sociales de su región, para abrir espacio a la segunda parte, que presenta los relatos tradicionales referidos a algunas de las leyendas de este pueblo, que encantan con el asombro que encierran las historias que llenan de fantasía el alma y de una verdad que, aunque fantasmagórica, es real.

2.3 RELATOS TRADICIONALES

Dentro de estos relatos, están los relatos fantásticos, que se apoyan generalmente en hechos mágicos o asombrosos, son ricos en contenidos simbólicos y se transmiten de generación en generación; para su investigación se utilizan los métodos de historia oral o testimonial; dentro de algunos, se explican los misterios de determinados lugares geográficos y fenómenos de la naturaleza: las lagunas misteriosas, las cuevas, las montañas mágicas. En otros se habla de la viuda, de fantasmas o duendes, de creencias en numerosas criaturas o seres sobrenaturales, que espantan en los campos y en las aldeas, espantos, espíritus silvestres y acuáticos que transmiten el terror a los caminantes.

El Palmar tiene una historia más que contar, no trasgredida por la muerte, porque esta vez acude a la vida de la palabra que guarda la memoria de los mayores, y de todos aquellos que se unieron en el encuentro de lo maravilloso y se sumaron al viaje en busca del tamboreo y la picardía de los duendes, del cortejo de la viuda al borracho empedernido, de las benditas almas que no han purgado sus penas, de los encantos de las lagunas y los cerros, de los susurros del llanto de la Turumama, que petrifican el alma, aunque existen otros que, con una magia sorprendente, a cuantos los escuchen, les llenará, sin duda alguna, el espíritu de alegría; el fuego que abriga las palabras de los abuelos al anochecer está presente en las siguientes narraciones que, una vez más, asombran, recrean y forman a chicos y grandes.

2.3.1 Érase una vez... Un ser mágico que trasgredió el universo real y lo envolvió en lo maravilloso, el encantamiento surgió y, desde entonces, ha pasado por miles de generaciones la asombrosa sensación de saber que hay una compañía sobrenatural, que habita en el imaginario de estas gentes.

Desde la mágica pero, a veces, aterradora experiencia de encontrar, más allá de la realidad, un mundo habitado por los tantos personajes que, a través de los años, han sido motivo de asombro de padres e hijos, abuelos y nietos; se retoman los pasos de noches de ensueños en que, al pie del fogón o al lado de la cama, se narraban, y que, con merecido respeto de la palabra que evocaban los mayores, se guardaban como el tesoro más grato de la infancia.

Con las narraciones de la viuda, se empieza el encanto del erase una vez...

2.3.2 El cortejo de la viuda, peligrosa seducción. La viuda, fantasma que seduce en las noches al hombre borracho, mujeriego, coquetón y enamorado, aparece como una hermosa mujer, vestida de negro, pero, cuando el hombre la logra ver de cerca, mira una calavera, así el susto termina con el seductor encuentro, y deja una gran lección.



Gráfica 32. La viuda

Lo que al inicio fue un inocente encuentro, para don Segundo Morales, terminó siendo una aterradora seducción. Esta efusiva experiencia la describe de la siguiente manera:

Yo me encontraba conversando con unos compañeros policías y un superior, entonces, en esas, dijeron, esta conversación está buena, vamos a tomarnos un aguardiente; yo les dije que bueno.

Nos fuimos a la cantina de doña Clementina, allí estuvimos tomando casi hasta las doce; después de un rato, dijo el comandante que nos fuéramos, que ya estaba tarde; yo me

quedé un poquitico atrás, mientras me despedía de unos compadres, cuando, en eso, los compañeros me cogieron ventaja y se fueron; yo ya me despedí y salí, cuando estaba cruzando la plaza vi una mujer alta y vestida de negro, me asombró mucho que esté por la plaza a esa hora, pero seguí caminado y la saludé; yo pensé: ella no es de estos lados, quién será, me dio curiosidad; cuando se me fue acercando, yo la vi muy bonita, pero, de un rato a otro, se puso en frente mío, entonces pude ver que no tenía cara sino que era una calavera; en eso se me figuró una palizada, un poquísimos de palos por toda la plaza, y esa mujer iba delante de mí, y yo estaba como volando, vía puros palos larguísimos y gruesos; entonces, yo iba brincando de un palo a otro, no miraba más nada sino ese poco de palos y a esa mujer; como iba en el aire, yo trataba a no zafarme sino a brincar y caer al otro palo, cuando, en una de esas, ya había caminado un trayecto como de unos ocho kilómetros, y me había quedado arrimado a un barranco, eso de las cinco de la mañana, yo sentí un murmullo, una quejadera, eso no más sentí y no vi a la mujer, sólo sentí un suspiro; en esas, miré a mis compañeros que me habían ido a buscar; yo me levanté espantado, ellos ya me agarraron y ya me di cuenta que estaba en El Plan del Oso, hasta allá me había ido a dejar esa viuda.

Después ya nos dimos cuenta que me había entundado la viuda, y le conté al comandante que cuando salí de la cantina yo me encontré con una mujer, y que, pues, yo la saludé, y que esa mujer se me acercó, y cuando vi fue una calavera y una palizada, que me fui de palo en palo, y vine a dar acá; me entundé, le dije. Ellos dijeron que en esa plaza de El Palmar, siempre se presentaba la viuda, y que entundaba a los borrachos, que no había que estar a esas horas por allí, que esa viuda se cargaba a los hombres borrachos.*

La viuda arrastra a los hombres hasta las peñas, quebradas, cementerios y chorreras; lo más extraño es que avanzan varios kilómetros, distancias que ellos ni nadie pueden explicar cómo pudieron recorrer en cuestión de horas, sin siquiera haber caminado, sólo al despertar se dan cuenta que están en otro lado muy distante del poblado.

Para continuar con este cortejo, el siguiente relato cuenta la travesura que provocó a la viuda.

¡Papá, la viuda nos está empujando la puerta!, eran los gritos de don Ananías Castro, al que, por estar físgoneando en las tinieblas de la noche, la viuda casi se lo lleva, a él y a sus hermanos; esta picardía de juventud la recuerda como una travesura que, aunque hoy le causa risa, no quiere volver a experimentar, porque, en realidad, verla fue algo que le paralizó el corazón.

*Segundo Morales, 84 años: Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva- Nariño.

En la plaza de El Palmar, el ceibo era el refugio de la viuda, allí esperaba a algún borracho o curioso que le gustaba merodear, en horas prohibidas y en la oscura soledad de las callejuelas polvorientas de este pueblo.

Ananías Castro narra:

En El Palmar de esos tiempos, tenía mucha fama la viuda, y sí creo que era verdad, porque supe que a dos personas se las sacó arrastradas de las casas, y que las llevó hasta la plaza. Una vez se cargó a uno que estaba en la gallera de doña Clementina, y se lo arrastró p'acá, a una quebradita que queda a la salida de La Villa, le cuento que tocó írselo a quitar; él llamaba Jorge Vargas. Otro fue que se lo cargó p'abajo, al cementerio, y ese hombre gritaba desesperado, y, cuando lo vimos, iba como por el aire, la gente corría atrás de ese pobre hombre, que pa' quitárselo.

Una experiencia mía con la viuda fue cuando era joven, recuerdo que vivíamos en El Palmar, donde es la discoteca era la casa de nosotros, sucede que yo salí por la noche y, en la mitad de la plaza, había un árbol, que le decían el ceibo; este ceibo quedó de la fiesta que se le hacía a los árboles; como en ese tiempo se hacía la fiesta al árbol, no recuerdo bien la fecha exacta, pero se cogían varias clases de árboles y se hacía un desfile con ellos, luego se sembraban las palmitas o los árboles en la plaza, esa fiesta era en honor a la naturaleza, en agradecimiento por todo lo que de ella sacábamos.

La gente le tenía miedo a ese árbol, porque decían que, en las noches, de allí salía la viuda, y, efectivamente, había sido así, porque una vez que yo salí en la noche, miré una mujer grande y vestida de negro junto al árbol, entonces llamé a los hermanos pa' que la miren y me creyeran; les dije: vengan a ver que parece que es la viuda, y entonces ellos se asomaron y la vieron; llamaron a mi papá y le dijimos que viniera rápido, que la viuda estaba en el ceibo; mi papá nos dijo: dejen de molestar, éntresen y cierren esa puerta, dejen de tontear por allá; entonces, con mis hermanos, dijimos: cojámosla a piedra, y nos fuimos a buscar piedras, y cuando la vi fue encimita de nosotros, y nos entramos en pura; como mis hermanos eran menores que yo, los dejé que entraran primero, y entraron en carrera, yo logré cerrar la puerta, pero esa viuda se fue a empujarmela, pegué el grito y le dije: papá, la viuda nos está empujando la puerta, y todavía fue y dio un gran quejido; mi papá me decía: éntrese ligero, pero yo estaba entumido por semejante susto; es que eso fue muy violento; imagínese, primero estaba en ese árbol, a una gran distancia, cuando menos pensé encima de nosotros. Mi papá, luego, nos regañó y nos dijo que no volviéramos a salir, que nos podía cargar; él decía que la viuda asustaba a los hombres y que le gustaba cargárselos.*

A la viuda también la describen vestida de blanco, sin cara y sin pies, y que avanza por la tierra sin tocarla. Es posible hacerla retroceder alzando el cuchillo a modo de cruz, o con un crucifijo de plata; también se la puede combatir con un crucifijo o un rosario. Según otras

* Ananías Castro, 75 años: Vereda La Villa, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

versiones, gime pidiendo ayuda; si alguien se acerca a socorrerla, le roba todo lo que lleva, incluso la ropa.

Con su cortejo y su ademán, la viuda sedujo a muchos hombres que, por pícaros y tomadores, y a otros, por curiosos y enamorados, los espantó, y, sin dar tregua alguna a su galantería, se los cargó al refugio del amor, donde muestra la cara de calavera, que es la extraña belleza de esta mujer, que anda solitaria buscando la compañía de un gran caballero, sobre todo borrachín y coquetón.

En las narraciones que siguen, se hace referencia a personajes no tan comunes, como son: el Pite de Palo, el Platuchaque y el hombre con la pierna larga, y otros muy conocidos, como la turumama, el alma en pena y la Pata Sola, que han sido causa de miedo, para las gentes de El Palmar, con sus misteriosas apariciones, que interrumpieron el cotidiano transcurrir de sus días.

2.3.3. Espantos en la oscuridad. Los patrones de obediencia de otros tiempos estaban, la mayoría, cimentados en lo que le podía ocurrir al hijo desobediente, en la noche, con cualquier espanto; era, entonces, un gran temor no hacer lo que los padres ordenaban, porque, por las noches, algo misterioso sucedía, y un susurro extraño perturbaba el sueño. Rosa Beltrán cuenta el infortunio que tuvo que vivir con la Turumama, por no hacer caso a lo que sus abuelos le decían; agrega otras experiencias que escuchó, sobre el famoso personaje Platuchaque y la Pata Sola.

Esta abuelita, de 75 años, originaria de estas tierras, revivió tiempos de antaño; con agrado hizo el recibimiento en su casa de patio grande, con matas de plátano alrededor y sobre una banca improvisada, donde se pasó la tarde y llegó la noche, con su narración que embarcó al espíritu en la fantástica sensación que sólo rondaba el alma en la niñez.

Rosa Beltrán cuenta lo siguiente:

Verá, yo, por desobedecerle a mi papá señor, se me apareció la Turumama, esa experiencia la viví con unas hermanas; le cuento que, cuando era niña, un tío mío nos llevó a vivir allá 'bajo donde los Ordoñez, eso era de donde los Roseros p'arriba, y como allá era feo pa' vivir, porque era un hueco muy montañoso, nosotras no nos enseñábamos en esa casa, queríamos que nos saquen de allá, pero no se podía.

Nos hicieron un rancho, y, cuando llovía, nos corría el agua por las espaldas; allí vivíamos, con mi papá señor y mi mamá señora, y después de eso hicieron otro rancho de paja de caña y de bahareque; bueno, de eso, una noche, nos dejaron solas, se fueron a El

Palmar a traer una remesita; mi papá señor me dijo a mí, que era la mayor: no vayan a salir después de las seis de la tarde, se entran rápido, apartarán la leña antes de esa hora y se encierran; como nosotras teníamos un perrito y nos gustaba llevarlo a traer leña, sabíamos ponerle carguitas de leña y se las amarrábamos, y el perrito sabía llegar a la casa con esa carguita; esa vez teníamos que apartar harta leña para el otro día y, por ponernos a jugar con el perro, se nos hizo tarde; entonces, a la segunda vez que fuimos, ya estaba escureciendo, y el perrito empezó a latir, late y late, cuando sentimos que bajaba la Turumama llorando por el hueco, porque la Turumama, ella llora y arrulla como a un niño, pero no es ningún niño al que arrulla, sino es a la teta, y es una teta largota, es una sola teta que tiene, y corrimos a meternos a la casa, llegamos y nos subimos al soberado, y el llorido más cerca y más cerca; cuando la miramos a la vieja, y ella no tiene espalda, es zumba, no tiene nada, y llegó a la hornilla, comió la ceniza de la candela; nosotras mirándola del soberado y, como teníamos un escapulario, estábamos reza y reza, y esa vieja escarbando la ceniza; de ahí se fue, después nos dolió la cabeza. Ni más nos dejaron solas, y nos regañaron, porque el papá señor nos había prohibido salir tan tarde y, como nos pusimos a jugar con el perrito, nos llegó la noche; de experiencia, pa' que no vuelvan a desobedecer, nos dijo.*

La Turumama, según las creencias, es la representación de una vieja llorona, que tiene senos alargados, los que carga sobre sus hombros; le gusta entrar a los ranchos y, cuando encuentra un fogón, saborea carbón y cenizas. Dicen que, una vez, una joven se fue a sentar a una peña y, mientras estaba descansando, el Arco Iris se le apareció, le hizo el amor y la preñó. Cuando era tiempo de tener al niño, la joven se fue a la orilla de un río; al parir, se desmayó, el niño cayó al río y sus corrientes se lo llevaron, lo desaparecieron para siempre; esta pobre mujer no pudo con el dolor y, con un llanto ensordecedor y tenebroso, desde entonces, la Turumama empezó a buscar a su hijo por todos los ríos, quebradas, chorreras, caminos y huecadas.

La experiencia que los mayores ganaron, al vivir en la montaña, los hizo sabios; sus palabras y sus órdenes se respaldan con lo que, junto a sus padres, vivieron y escucharon, por eso saben manejar el peligro que recae con la noche; los conjuros y los secretos son el arma para librarse de los espantos, y, en su memoria, los repasan para protegerse cada vez que tienen que caminar, en la oscuridad, por la montaña.

A la señora Rosa no le quedó más que obedecer lo que su papá señor, como le dice ella, le mandaba, pues, desde aquella vez, no quiso que, por estar jugando hasta horas prohibidas de la noche, llegara la Turumama y esta vez sí se la llevara. Ella continúa con sus narraciones, para contar la miedosa aparición del Platuchaque, una extraña ilusión, que no tiene cabeza, su cuerpo es un motón de chilpas y sus pies dos platos.

*Rosa Beltrán, 75 años: Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva-Nariño.



Gráfica 33. El Platuchaque

Con su voz, que entonaba cada episodio, contó:

También le cuento que aquí asusta una ilusión, que se llama el Platuchaque; esa ilusión se presenta con un montón de chilpas, y dicen que es como un plato las patas y no 'ezque le ven cabeza; así lo han mirado.

Ese había espantado a una niña, era una hijita de doña Guillermina y la asustó allá, donde quedan los Araújos; ella, que había salido a lavar unos platos y, enton', como había unos palos de guamo, que ella miró que de entre esos palos empezó a salir un montón de chilpas sin cabeza, y que se le estaba acercando, y dizque no alcanzó a lavar los platos y que corrió pa' dentro, y dizque le dijo, a la abuelita, que no había podido lavar los platos porque un montón de chilpas se le había aparecido, que fue saliendo por los guamos, y que se le estaba acercando; la abuela había salido a ver y dizque miró que, cierto, que ese montón de chilpas había cogido camino abajo.

El Platuchaque es una ilusión particular de esta región; esconde sus chilpas entre los ramales, a la espera de algún caminante de la noche, o algún solitario, que emprende

labores hogareñas en horas perfectas para que este personaje haga su aparición y pueda aterrorizar a su víctima.

Este personaje es propio de las tinieblas que aguardan en los cielos de El Palmar; no tiene un registro de aparición en otras regiones, por eso es preciso y valioso darlo a conocer, porque pertenece al imaginario colectivo de este pueblo, lo que puede ayudar para que tenga trascendencia en la parte cultural y educativa.

La relatora continúa y narra otra de las tantas historias que su abuelo le contaba, con las que no sólo se divertía sino que aprendió; la enseñanza que le dejó se la transmitió a sus hijos, para que tuvieran precaución al habitar en la penumbra de las cordilleras. En su narración, refiere:

Mi papá señor me contaba que a unos jóvenes los habían conchabado para cuidar una chagra de maíz; dizque nadie quería ir, porque era un poco retirado del pueblo, y que era muy montañoso, pero esos jóvenes se habían comprometido y que se habían ido. En la tercera noche, había llovido fuertísimo, una tempestad muy grande; entonces, que se puso fría la noche, y habían puesto a hacer una aguapanela, habían prendido fuego y que estaban soplando la candela, cuando, en eso, habían escuchado unos gritos en la montaña, y uno de los jóvenes dizque le contestaba, y el otro lo regañaba y que le decía que de noche no grite, pero que no le hizo caso, y esos gritos se escuchaban cada vez más cerca, y grita y grita, y él dizque le contestaba.

Después de esos gritos había pasado un rato y cuando, de repente, llegó una señorita vestida de blanco, ya dizque llegó y le dijo; buenas noches; al muchacho que le estaba contestando, dizque le gustaba mucho enamorar a las señoritas, que era muy coqueto, muy enamorado; entonces, que le abrió de una la puerta y la hizo seguir, que le decía a esa señorita que se siente; ella dizque se sentó y que se pusieron a conversar un buen rato, mientras el otro, calladito, sople y sople la candela, que él era más bien tímido, no era jodido como su hermano; después de estar conversando, ella le había dicho que quería dormir; bueno, si quiere dormir, vamos a dormir, le había contestado el joven y que se subieron a dormir; él, que iba adelante y ella atrás, y cuando el otro joven, que se quedó sentado, le miró una sola pata, y que era una pata de gallina, por eso se llama la pata sola, y, bueno, él dizque se quedó soplando la candela y rece y rece; mi hermanito, dizque decía, ahora sí, mi hermanito, y cuando ya se bajó dizque le dijo: agradece que vos rezabas, a vos no te gusta ser enamorado, si no te comía a vos también, y que, cuando salió, le volvió a ver la sola pata de gallina.

La Pata Sola era una mujer bellísima, que traicionó a su esposo, por lo cual el condenado hombre le cortó una de sus piernas, les causó la muerte al amante y a la traidora mujer. Desde entonces, atrae a los hombres para enamorarlos, les hace creer que está perdida en la montaña, grita para que la vayan a rescatar; su transformación surge cuando los tiene en el lecho, haciendo notar su horrible cara, ojos de fuego, grandes dientes afilados, con los cuales los tritura hasta matarlos.

Después de salir de la casa de doña Rosa Beltrán, daba temor encontrarse con la Turumama, El Platuchaque, La Pata Sola, pues era casi imposible que sus palabras no atemorizaran; con cada historia contada, volaba la imaginación, los espantos se figuraban en la mente y, por las calles, parecían salir sigilosamente caminando a las espaldas; ella advertía, de burlona manera, que había que tener cuidado al cruzar la solitaria cancha, porque podría aparecer por el aire algún montón de chilpas, un llanto o un lamentoso grito: “hay que apresurar el paso”, decía, “porque se acerca la mala hora, ya casi son las doce, y esa es mala hora, porque a las seis de la mañana, a las doce del día, a las seis de la tarde y a las doce de la noche, mi papá señor contaba que eran horas en que los espíritus y espantos salían”; se aligeró el paso, y con mil bendiciones de aquella abuela, se inició la aventura de volver a casa; casi sin aliento, se llegó a la puerta, tres golpes y no salían, los aullidos de los perros merodeaban en el silencio de la noche, hacían recordar lo que decían las abuelas: los perros miran a los espíritus, por eso lloran; hubo un hombre que quiso ver lo que ellos miraban, les quitó las lagañas y se volvió loco de ver tantos espíritus; un golpe más y, por fin, se abrió la puerta; los sueños no eran más que alegorías de las palabras que cautivaron la imaginación; hechizada, el alma voló por el interminable universo de lo maravilloso.

Con la esperanza de descubrir lo asombroso en otro relato, se dirigieron los pasos tras el rastro de las huellas de alguna tenebrosa experiencia; cuando se encuentra al señor José Elías Araújo, acepta la invitación y se dispone a contar tres de sus más medrosas vivencias, que lo marcaron en la infancia y en la juventud.

Su relato empieza con la aparición de un hombre que tenía una pierna larga, tan larga que iba a dar de una casa a otra; del impacto que le causó, salió, desesperado, para su casa, con profundo miedo se acostó y esperó con ansias que llegue el día, para contárselo a sus padres. El hombre de la pierna larga, cuenta don José Elías que se le apareció así:

Yo vivía cerca al pueblo, a orillas del camino que va hacia La Villa; me vine de allá tipo once de la noche, cuando llegué sentí que voló un gallinazo, a mi me dio miedo y pegué la carrera, me paré en toda la esquina al frente de doña Gloria, allí quedaba un barranco; entonces, cuando miré un hombre que estaba sentado allá encima, y tenía una pierna que le iba a dar a la otra casa, se le vía que estaba fumando tabaco; del susto, no sabía qué hacer, si devolverme o seguir; entonces, me santigüé y, sin pensar, me pasé por debajo y me fui a toda carrera; la pierna estaba de una casa a la otra, estirada, eso miré yo esa noche y me asusté mucho, corrí hasta la casa y me acosté, con miedo, y no pude dormir esperando a que amaneciera pa' contarle a mis papás lo que había visto.*

La sensación de sentirse acompañado de un ser extraño, en medio de la soledad, no deja sosiego para pensar qué se debe hacer; la reacción siempre es correr o hacer algún conjuro para que desaparezca y no haga daño. Persignarse es lo primero que ensañan los abuelos;

* José Elías Araújo, 74 años: Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva- Nariño.

dicen que con la Santa Cruz se combaten espíritus que no son buenos, y a los que, por algún motivo, se les ha cerrado el cielo.

Un alma en pena, que se convirtió en perro, y recorría todas las noches el pueblo, es otra narración de don José Elías Araújo, que cuenta que:

En el pueblo toditas las noches ladraban los perros, tipo doce de la noche se reunían y cogían para La Villa; un señor había visto que los perros perseguían a otro perro que salía del cementerio viejo, salía todas las noches y cruzaba la plaza y que cogía para La Villa, y los perros de aquí del pueblo lo perseguían hasta allá; decían que ese perro era el alma de un señor Benjamín Toro que vivió en La Villa; él qu'ezque había tenido harta plata y que parte de esa plata la había enterrado; decían que era eso lo que andaba cuidando todas las noches.

Pasa que le habían dicho, a doña Alegría Madroñero, que fuera a vivir a la finca de don Benjamín, y ella había aceptado; una noche, él se le reveló en un sueño y le había dicho que, en la tapia de la casa, había una olla enterrada con plata; entonces, ella, al otro día, asustada por ese sueño, había corrido a conversarle a un amigo la revelación del finado y le había dicho que fuera a ver en la tapia, que de pronto de verdad estaba enterrada la plata; el señor, bien mandado, qu'ezque fue y había encontrado la olla, la sacó, pero que a ella no le había dado nada; ese señor compró una finca, le dio casa a la mujer, pero, al poquito tiempo, murió, no disfrutó nada. Después de eso no se volvió a ver a ese perro; el alma del finado descansó al sacar esa plata de allí.

Los mayores tienen muchos presagios frente a las almas que no han podido descansar en paz y por algún motivo andan errantes sufriendo en este mundo; ellos dicen que el espíritu le encarga a un animal que le cuide el tesoro, puede ser un perro, una vaca o un caballo, hasta que el alma encuentra a quien otorgárselo; cuando la persona a quien se encomendó el tesoro va a buscarlo, tiene que saber el conjuro para poderlo sacar, porque el animal llega a espantarlo; si es un caballo el que cuida el tesoro, tiene que llevar un freno con todo riendas, bendecidos; si es una vaca, con un rejo de enlazar ganado. El alma en pena descansa al poder deshacerse de lo que la ata al mundo terrenal; terminado el padecimiento, no la vuelven a ver, como es el caso de este relato: el perro dejó de vagar en las noches, porque el tesoro ya se entregó.

Cuando era niño, don José Elías Araújo miraba, junto con su familia y vecinos, pasar todas las tardes un pedazo de palo volando hacia el cementerio.



Gráfica 34. Pite de Palo

Esa horrible sensación aún la recuerda, porque fue algo muy extraño que no pudieron explicar, sólo lo tomaron como algo de la otra vida; él comenta:

Cuando yo era niño, un pedazo de palo volaba lentamente por encima de mi casa; al pasar hacía mucho ruido; ese palo se cruzaba de La Villa al pueblo y de ahí cogía al cementerio, pero solamente se lo sentía cuando bajaba; la gente salía a ver; yo me acuerdo que salían y se iba a mi casa, por no más de ver ese pite de palo volando. Una vez se prepararon un rejo pa' enlazar el pite de palo, pero esa tarde no pasó hasta mientras la gente estaba afuera esperando; apenas se entraron, cuando sentimos el bramido que pasó, entonces ya se convencieron que eso era cosa mala, cosa de otro mundo; la gente ya no salió a ver, ni a ponerle cuidado porque les daba miedo, no ve que era un pite de palo volando, eso era muy misterioso, cosa buena no era, y todas la noches pasaba, ya nos tenía muy asustados. Ya, después, hicieron una cruz grande y la pusieron más o menos por donde pasaba; de ahí, dejó de pasar, y hasta ahí no más se supo, quien sabe si cogería otro rumbo o qué sería que pasó, no se volvió a saber más nada del Pite de Palo.

Con el relato del misterioso Pite de Palo, que volaba por las tardes en los cielos de El Palmar, se terminan las narraciones de espantos en la oscuridad, para dar paso al mágico, pero a veces terrorífico, mundo del duende, quien con sonos de guitarras, bombos y flautas, enamora y juguetea hasta encantar a sus víctimas; bufón y simpático, con sus pies al revés, gran sombrero, ojos picarones y bellos, vestido de verde selva, se presenta en las narraciones más sorprendentes de quienes vieron y escucharon sobre sus travesuras.

2.3.4 Las travesuras del Duende. El duende es un ser sobrenatural con figura de niño, de ojos azules, con sombrero puntiagudo, le gusta habitar en las chorreras, caminar por las montañas, riachuelos y quebradas. Cuando quiere hacer de las suyas, se dedica a cantar; su canto ejerce una poderosa atracción, con lo que llama a las niñas y niños para enduendarlos.



Gráfica 35. Un duende picaron

Las mofas de un duende jugueteón le causaron gran espanto al hijo menor de la señora Emérita Gómez Rosero; esta abuelita de noventa años, con palabras que atañen a la infancia de su pequeño, dijo:

Mi hija Carlina se fue a una finca de El Placer, y llevó a su hermano menor a que la acompañe a ordeñar; en lo que lo había mandado a mirar las vacas, dizque lo perseguía un niño con un sombrero grande, él decía que lo perseguía y que lo quería agarrar, que le jugueteaba, se le reía, le tiraba piedras, y que brincaba de un lado a otro; él dizque chillaba y, metido en medio de las vacas, caminaba hasta llegar al corral, y allí dizque le conversaba a la Carlina que había un niño que lo perseguía con un sombrero, dizque era verde y pequeño, y que le mostraba unos pasteles, unas flores, que se lo quería llevar y él que no se dejaba llevar ni por nada, llegaba donde estaba ordeñando la otra hermana y que se le metía por medio de las vacas el niño y el duende, ya me conversaba ella.

El niño, después, no quería ir a mirar esas vacas, decía que le daba miedo, que el duende le empezaba a jugar, que hacía maromas, que le amostraba hartas cosas, y que él no le recibía. Después, ella mandó razón al finadito Ángel Rosero, el papá de él, que vaya a traerlo, que el niño estaba enfermo y espantado; él ya lo fue a traer y lo llevó a la casa y, de verlo así tan enfermo, lo metimos a la montaña donde otros hermanos, y hasta allá lo persiguió ese condenado; entonces, el papá lo llevó donde el padre Fridolin, para que le hiciera algún remedio a ese niño, porque parecía que ya se nos moría; se puso flaquito, como un palito; el padre lo había santiguado con agua bendita y le había dado a tomar, y que le dijo a mi esposo que todos los días lo santiguara con agua bendita, que era el duende que se lo quería cargar; le dimos de tomar esa agua y lo santiguábamos todas las noches y así se fue curando.

Este inquieto amigo revolotea hasta ver que los niños estén solos, entonces los incita con juegos, música, atractivos y deliciosos pasteles, que no son más que un engaño, porque convierte la boñiga de la vaca en un irresistible pasabocas. Entre los consejos que los padres daban, uno era que los niños no debían caminar solos por la montaña, ni por arroyuelos o quebradas, porque el duende podía salir al camino y enamorar sobre todo a las niñas que no sobrepasaran los doce años, o niños que sean pulcros, porque el Duende detesta a los niños mugrosos, por eso era mejor que, si se encontraban en peligro, simularan comer tierra, o ensuciarse, para alejar a tan travieso personaje.

Carlina Martínez relata lo que le enseñó su madre sobre el Duende y cómo ella ayudó a sus vecinos a encontrar a su pequeña hija, que llevaba varios días perdida entre la montaña. El conocimiento que esta mujer tiene lo guarda como el mejor tesoro que le dejó su difunta madre; ella dice:

El Duende es muy pícaro, yo le sé la oración positiva, mi mamá me la enseñó, pero esa oración sólo es pa' remedio, no se la puede estar diciendo en toda parte, es como un

*Emérita Gómez de Rosero, 90 años: Vereda La Villa, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva-Nariño.

secreto. A él le gusta las niñas, pero cuando les llega la menstruación las deja, a él no le gusta la sangre; mi mamá me contaba que él es músico y que enseña a ser músico a uno; uno va y le deja el secreto en un compartidero y, aunque no sepa usted hacer música, puede tocar; a él le gusta tocar flauta, guitarra, toca bombo, también, digamos, que usted quiere aprender a tocar guitarra, va y deja la guitarra en una huecada, al otro día va y la coge, y puede tocar bien bonito; él dicen que fue el ángel más lindo del mundo, pero, entonces, por caprichoso, Dios lo castigó; él se llama el ángel Luzbel.

Una vez cogió a una niña y se la llevó, eran vecinos de nosotros; llore y llore el papá y la mamá, y yo les decía: no lloren, vayan donde mi mamá, que ella sabe la oración y él la deja a la niña, y, cierto, eso la había llevado a unas chorreras que daba miedo; cuando se la encontró, la ropita hecha una nada, a ella se la había llevado engañada, que le daba estiércol de vaca y que le hacía ver eso como un pastel; qu'ezque lo escuchaba tocar guitarra en el soberado y que había subido y él nada, pero la música dele y dele.

Una vez, en un potrero, estaba un caballo, y yo miré que el duende se le montó; él, como le gusta montar en los caballos y les hace trenzas en el pelo, se montó en el caballito y lo llevaba de esquina a esquina; en eso llegó el Freddy y me dijo: vení, Carlina, ve ese caballo, se va a derrumbar tanto correr; le digo: bruto, ¿no ves que el duende está subido en ese caballo?, ¿cómo que el duende?, ¿usted lo ve?, me dijo; sí, ahí anda, chiquitico se lo ve, como un muñequito encima, con un sombrero grande, y el vestidito es verde, pero dejémoslo, le dije, que dé unas cuatro vueltas todavía, porque tiene que darse su gusto, y el duende ahí voltee y voltee, y a mí me daba risa de ver al Freddy asustado; él no me creía, entonces le dije que hiciéramos una apuesta, si es o no es; si es cierto, que yo le voy hacer la oración y se baja el duendecito, usted me aumenta una arroba de hoja, era que estábamos raspando hoja; dijo: bueno, se la aumento; cuando, le hice la oración y, de una, fue como una bolita que cayó al suelo, el caballito quedó paradito debajo de un árbol, cansado tanto dar vueltas, porque mucho correr ese caballo con ese duende encima, entonces ya creyó el Freddy y, asustado, asustado, me dio la arroba de hoja.*

Otras historias del duende dicen que él fue uno de los ángeles que se rebeló contra Dios y, por castigo, lo envió al infierno, pero no pudo llegar hasta allí y quedó errando en la tierra; a partir de ese momento, entre bombos y guitarras, este duende picarón endulza con su amor; pero, si no se remedia a tiempo con algún secreto, es capaz de llevarse a los niños y no devolverlos nunca más; por eso, aunque lindo y músico, puede llegar a ser fatídica su aparición.

De los juguetes del duende, se pasa al relato de un duende enamorado, que, con astucia, logró embelesar a una niña y la mantuvo subida en un árbol todo un día. José Miguel Noguera hace referencia a la divertida historia que le contó su padre y dice:

Aquí en El Palmar había mucho enduendado; yo sé una historia que mi papá me contó, él me dijo lo que le había pasado a una tía mía, cuando era pequeña, y era que en el tiempo cuando él vivía con los papás, mi tía, que se llamaba Isabel Noguera, se fue para la

*Carlina Martínez, 63 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

escuela, y que en ese trayecto se le presentó el Duende, pero que se le presentó en forma de ardilla, y que esa ardilla se subió a un palo, y cuando ella se le acercaba, la ardilla se subía más arriba, y decían dizque era el duende; cuando se dieron cuenta que la niña no llegaba rápido a la casa, y que los otros niños ya habían salido, y que era tardecito y ella nada de llegar, entonces se habían ido a buscarla y la habían encontrado subida en un palo, pero que era un severísimo palo, y que para bajarla fue un problema, porque era muy alto donde ella estaba; la gente había quedado admirada, que no se explicaban cómo era que había subido tan alto, y que decían que era el duende que la enamoró y la subió hasta allá.

Después, decía mi papá que les tocó pasarse a otra finca, y, con tanta cosa que tenían que llevar, que había dicho la abuela que se había quedado la coladora de café, entonces que escucharon una voz que dijo: yo la llevo, y que, cuando voltearon a ver quién era, miraron sólo el colador que iba por el aire, y que la niña, como estaba enduendada, fue la única que lo vio, y dizque dijo: vean, el duende lleva la coladora; ella era la única que lo miró, y que él la llevó hasta la otra finca y que allí llegó y asentó la coladora. Decía mi papá que la abuela sabía un secreto, como la gente antigua sabía secretos para ahuyentar a los espantos: que ella había cogido la boñiga de marrano y la había regado alrededor de la casa para ahuyentarlo, y que, con eso, tuvo el duende; después, que ya no volvió a molestar.*

De este amor y otras travesuras, cuenta la señora Elvia Morales que, aún con miedo, narra lo que le pasó a su nieta y a la hija de una paisana, quien lastimosamente no pudo sobrevivir y murió en los aposentos del Duende. Con sentidas palabras, relata:

Mi nieta miraba al duende, decía que era un hombre bajito y con un sombrero grande, y dizque le hacía caramusas; entonces, decía: abuelita, venga, venga; entonces, yo corría a ver qué pasaba, y me decía: mire, allí hay un hombre parado y tiene un sombrero grande, y me hace caras, y me asusta, sáquelo de la pieza. Como mi mamá nos enseñaba y nos advertía que no debíamos hacer caso a ningún niño que se nos presente, porque ellos empiezan a dejarles rosas, o cosas así, para enamorar a las niñas, y a mi nieta le había dejado una flores, y ella las había cogido, entonces la enduendó, y la seguía visitando, yo le había advertido, pero me desobedeció.

Yo recordaba que mi mamita nos decía que había que decirle capuza, capuza, y escribimos con un tizón en la pared de cada pieza capuza, y ella decía que eso era como un insulto para él. En otra noche, se le volvió a presentar, y que le decía: dígame, dígame esas palabras, y que sentía que la ahorcaba; ella se me aferraba a mí y empezaba a llorar, yo no sabía más qué hacer, yo tenía que arrullarla y se me dormía en los brazos y la tenía un buen rato, pero me había quedado dormida; la nieta me dijo: abuelita, no se duerma que viene la capuza y me ahorca, pero como yo estaba cansada me quedé dormida, cuando de un grito me despertó y me dijo: ¡abuelita!, la capuza se está asomando por la puerta del medio, está asomándose y viéndola a usted que se duerma, para ahorcarme, me decía la niña; entonces, yo me levanté y empecé a rezar la oración que mi mamita nos había enseñando, pero, del susto, no me acordaba bien; yo empecé a temblar y sólo alcance a decir: ángel Luzbel, ¿cuántas leguas hay del cielo a la tierra?, y cuando

*José Miguel Noguera, 47 años, Vereda La Villa, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

sentimos que tumbó la puerta; en eso, prendí la luz y me asomé, ya no vi nada; después de esa noche, ya la nieta no lo volvió a ver.

Yo también sé de una hija de el Audon, pero a ella el duende se la había cargado, dizque le había pasado una flor, una flor lindísima, y ella se la había recibido, y dizque con ella estaban dos niñas, y que como ella sola la recibió se perdió, se la llevó el duende, y los papás buscándola por toda parte, pregunta y pregunta a la gente, pero la niña se perdió como un mes, decían, y no la hallaban; entonces, don Audon andaba preguntando que quién podía tener a San Antonio y quién podía rezarle la oración, pa' saber a dónde se encontraba la niña, porque a San Antonio se le hace una novena pa' encontrar, ya sean cosas perdidas o a gente extraviada, y esa novena se la había hecho doña Rosa; entonces, por esos días, una señora que había andado por el monte cogiendo laurel, la encontró debajo de un árbol, ella había visto como un bulto, y que se había acercado y, entonces, ya distinguió que era la niña, pero que la niña estaba muerta y sequita; ella, de una, había intentado cogerla, pero no la había podido agarrar porque ese duende le tiraba unas piedrotas, pa' no dejarla llevar, que la estaba cuidando.

Después, la señora le había dicho a los papás que si querían ir a ver a la niña y a quitársela al duende, pues que tenían que ir a alzarla, pero rapidito, antes de que el duende llegara allí; entonces, que se fue el papá, ya la encontró, la alzó y se la había llevado, y que ese duende le tiraba qué pedregón, bravo porque se la quitaba. Ese milagro le hizo San Antonio, se la apareció, lo malo que ya estaba muerta; de ahí, la habían alumbrado y la habían enterrado.*

Por lo general, el Duende se enamora de los niños y hace lo imposible para que ellos se aparten de sus hogares y lo sigan; si le simpatizan, los mantiene definitivamente con él; si no, los deja abandonados en las orillas de los ríos o en la espesura del bosque. Tristemente, las fechorías de un duende enamorado terminaron con la vida de una pequeña, que se dejó envolver con sus regalos y travesuras, y partió con él al mundo del nunca jamás.

Estos relatos, que tienen duende, se despiden con imaginarios musicales de bombos y flautas, cortejan a tiernos corazones que, entre el espeso ruido de lo real y, a pesar de estar en medio de un mundo tecnológico, enajenado, violento y desgarrado, escuchan el susurro del canto, que es fantasía, superan el razonamiento que cada día absorbe a muchos seres que niegan un sueño colectivo.

Se habló de duendes y viudas, de El Platuchaque y la Turumama, del Pite de Palo y la Pata Sola, del alma en pena y del hombre de pierna larga, cada uno con su particular característica, con rostros o sin ellos, con llantos o risas, con penurias y condenas, con resuellos de la otra vida, que salían a medianoche o a la alborada, cual fuera su hora preferida y cualquier noche o alba serena la convertían en terrorífica; cual si fuera una aventura, con crucifijos y secretos para combatir, el ser humano intentaba, a tanta cosa

*Elvia Morales, 58 años, corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

misteriosa que su mundo asaltaba, encontraban unos sosiego mientras otros su castigo, y, de tantos espantados, no terminan las historias, más sólo unas, de miles, se cuentan y entre esas están las que narran sobre una laguna encantada llamada María, y el misterio de un cerro que esconde libros de hechicerías.

2.3.5 El encanto de María y el cerro de don Pedro Ramos. Con María, la laguna misteriosa, se empiezan los relatos que evocan los misterios de determinados lugares y fenómenos de la naturaleza.

Alejandrina Castro se perdió en el bosque; en su desespero por encontrar el camino a casa, se alejó más del rancho donde estaban sus abuelos, por eso encuentra a la laguna y mira que de ella sale una gran mujer, subida en un caballo, que la invita a entrar en sus aguas; en su relato dice:

Le cuento que esa laguna era brava; una vez, cuando era pequeña, mis papás me llevaron de El Capitolio a donde mis abuelos, y un día me les vine solita y, como era de noche, me perdí, y yo camine y camine en esa oscuridad, y nada que llegaba; cuando yo crucé una media curvita, me encontré con la laguna, y fue cuando miré a una vieja montada en un caballo, era una mujer grandota subida en un caballote y estaba en la mitad de la laguna, y al lado de ella estaba un marrano rucio grandote, esa mujer me hacía señas con la mano que vaya; cuando miré, fue que ese marrano se vino, ahí pegué la carrera y llegué donde mis abuelos, como a las doce de la noche; les conté lo que había visto; ellos estaban bravos, porque me había venido tan de noche, que por qué hacía eso; me hicieron unos remedios, pero, con semejante espanto, no me pudieron curar pronto y me daban ataques.

Como esa laguna quedaba en una parte de la finca de mi papá, mi abuelo, con los trabajadores, fueron y tumbaron árboles y picaban leña allí, para ver si esa laguna se rebotaba y corría un poco el agua, y, un día, cortaron varios palos grandes y los echaron a la laguna, pero esos palos, grandísimos, se hundieron y se desaparecieron; dejaron eso así; cuando a los días volvieron y miraron que se había rebotado esa laguna y que salían unos pescados peludos, feísimos, como deformes; les dio mucho miedo y el abuelo le contó eso a mi papá, y con lo que había visto yo esa noche; ellos ya se asustaron, porque eso no era normal, no era cosa de este mundo, y como eso todos los días bramaba, y temblaba la tierra, mi papá hizo bendecir dos kilos de sal y la bautizó, le colocó María, y se quedó quieta; eso fue un secreto que le hizo mi papá; ahora han hecho al ruedo más poteros y que, en medio de esa laguna, ha crecido montaña.*

Una laguna insondable, hábitat de animales extraños, como peces peludos y deformados, era la distracción de todo viajero que quería comprobar lo que se había dicho de ella; algunos quedaban satisfechos, y asustados cuando, al apegarse, esta laguna empezaba a dar fuertes bramidos. Pero no solo salía una mujer a caballo, ni un marrano, ni peces peludos,

* Alejandrina Castro, 80 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva-Nariño.

cuentan que también solían ver un toro que salía a pastar con el resto del ganado, que estaba en los potreros vecinos.

Ahora, María Mercia Patiño relata el misterio del toro marino, como la gente lo llamó, al darse cuenta que se refundía en la laguna y se desaparecía. Con desconcertada mirada y haciendo figuras con sus manos, al tratar de retratar el grandor del animal, María Mercia cuenta:

Aquí en estas tierras han pasado cosas raras, han habido muchos espantos, mucho enduendado y muchas partes que son misteriosas; una es una laguna que queda por allá abajo donde es Ramos, una veredita de aquí de El Palmar.

De la laguna, lo que yo le cuento es que era muy miedosa, y que esa laguna, cuando sentía gente, se enojaba y hacía ruidos extraños; decían, también, que sabía salir un toro; como al lado había un potrero, el toro salía a reunirse con el ganado, el que más lo había visto, y decían que era un toro bastante grande, y la gente decía que era un toro marino, y que salía a pastar común y corriente, y, cuando pensaban acercarse, que el toro se metía a la laguna y se desaparecía. La conversa era también que había bastante pescado allí, pero que ese pescado no servía para el consumo, que ese pescado tenía como unas llagas, y que eran peludos, era cosa rara eso; pero le cuento que, una vez, la gente tumbó montaña, y se hizo una avalancha y se rebotó esa laguna; de eso amansó; no se supo más cosas.*

Un profesor que, como tantos viajeros, quiso ver cuan profunda podría llegar a ser la laguna, llevó a sus alumnos de paseo ecológico y, con ellos, emprendieron la expedición y, agotados de tanto unir palos, terminaron por entender que María no era una laguna común y corriente; Edilberto Santander era uno de aquellos alumnos y, de esa expedición, recuerda:

Yo me acuerdo que, cuando era muchacho, mi profesor, que era Luis Delgado, nos llevó a la laguna, de paseo, y allá tocaba llegar bien despacito, porque si de pronto se llegaba haciendo bulla, esa laguna se alborotaba y pegaba fuertes bramidos. El profesor quería saber cuál era la profundidad de esa laguna; entonces, con unos compañeros, cogimos unas chaclas, las más largas, de unos cinco metros, las íbamos uniendo una con otra y las amarramos, las metimos, y ¿podrá creer que no tocó fondo?; nos cansamos tanto unir chaclas y no tocaba fondo; eso me consta, que esa laguna era rara, como encantada, y los de antes decían que se enojaba esa laguna y se alborotaba; el profesor no creía que había esa laguna y por eso nos llevó, pa' comprobar, y quedó admirado al ver que también salían pescados peludos.*

*María Mercia Patiño, 40 años, Vereda La Villa, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

*Edilberto Santander, 58 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

Esta laguna no es el único lugar misterioso del pueblo; Edilberto cuenta lo que ocurre en el cerro de don Pedro Ramos, un excombatiente de la guerra del Perú, que llegó a vivir a estas tierras y compró un pequeño terreno, en el que queda este cerro, sin imaginarse que en él ocurrirían cosas extrañas. De este cerro cuenta que:

Aquí también hay un cerro, que era de don Pedro Ramos, él ya murió, pero de ese cerro decían que, el Viernes Santo dizque se abría un portón; conversaba, un familiar de don Néstor Gómez, que él había ido, por curiosidad, a ver si era cierto que se miraba eso, y que entonces él llegó y encontró la puerta abierta, pero que ahí había un perro grande, y de ver que el perro no se levantaba ni nada, entonces esquivó el perro y se cogió un libro, que había sido de magia negra y hechicería; entonces, que se había puesto a leerlo y se volvió loco, demente, decían, que sacaba la lengua y se lamía la oreja, que tenía una lengua larguísima. El duró un año así, loco, y al año le tocó que ir a dejar ese libro; después, ya se curó; eso me conversó un hermano de él.

No sólo son libros de hechicería, custodiados por un perro, lo que hay en este cerro; María Pérez relata que en el cerro hay una laguna en la que nada un pato con cinco paticos de oro; cuando arde la peña es porque los patos han salido a nadar; si alguno quiere cogerlos, tiene que esperar a Semana Santa y, justo el Viernes Santo, esperar hasta que sea medianoche, cuando la montaña empieza a arder, tiene que ir y esperar que se descuide la madre y robarle uno de sus polluelos y tendrá una gran fortuna; María lo cuenta así:

El Palmar es un pueblo un poco misterioso, porque dicen que, en un cerro que queda salida a Leiva, un cerro que era del finadito Pedro Ramos, que allí hay una laguna y dizque en esa laguna nada un pato con cinco paticos de oro; el finado me contaba, una vez que estábamos conversando, que allí había una puerta y que se miraba como un tapiar, eso decía él, y que sabía mirar que eso allá dentro ardía; una noche, que venía de abajo de la iglesia, esa noche era la fiesta de las velitas, miré p'all'arriba al cerro, y, entonces, allí había un poco de luces, así como las velas, de todo color; pensé que era un carro, no pensé más nada, esperé que bajara, y no bajó ningún carro, sino que eso siguió ardiendo, me asusté un poco y me entré; en eso llegó una hija y le conté; ella me dijo que ese cerro era como encantado, que a ella le habían conversado que, en Semana Santa, salían esos patos, y que el Viernes Santo había que aguaitar hasta que sean las doce de la noche; si ardía, ir hasta el cerro y asomarse y que se ven esos paticos amarillitos; que hay que esperar a que se descuide la pata y cogerse un patico de esos, que uno se vuelve rico porque son de oro.*

Las lagunas encantadas, custodiadas por presencias sobrenaturales, y montañas mágicas que ocultan misterios y tesoros, hacen parte de las creencias del ser humano, que conserva lo que aprendió de sus antepasados, lo convierte en conocimiento propio, con lo que reafirma los lazos de identidad.

*María Pérez, 67 años, Corregimiento El Palmar, Municipio de Leiva – Nariño.

Desde el maravilloso ingenio y encanto que estos relatos guardan, se introduce a los chicos y grandes de este, y muchos pueblos, en un entretenido aprendizaje que, con su natural y sencilla manera de contar, presenta un mundo que supera todo tipo de razonamiento, se logra un amor por la palabra y valoración de las creencias que los padres han conmemorado; asimismo, a través de la magia de unos pequeños seres sobrenaturales, los niños, niñas, jóvenes y estudiantes, amplían la imaginación, que dejará de concebir la tierra de lo extraordinario como un mundo aparte; lo hace parte de su cotidianidad.

3. CONCLUSIONES

En los relatos populares se cuenta, se refiere un conocimiento, o una serie de hechos, reales o ficticios, pertenecientes al pueblo, con los cuales se puede entender el mensaje histórico, social, moral y cultural de estos pueblos, saber sobre sus costumbres, cómo piensan y cómo enseñan sus valores; a través de los relatos se pueden descubrir, construir e imaginar mundos, que ligan más profundamente a un entorno, a los otros, a la propia historia y a posibilidades futuras y que, tal vez, sean los verdaderos momentos de la enseñanza y el aprendizaje.

Los relatos populares surgen en los grupos marginales que antiguamente no sabían leer ni escribir, pero que, de forma oral, transmitían para educar a los jóvenes con la enseñanza de costumbres y creencias; en ellos se conserva el saber y el sentimiento expresado por la gente del común, la que no pertenece a la clase dominante, personas que tienen en sus experiencias el conocimiento vivencial que le falta a la academia; gente del pueblo, que educaba con consejos, en tiempos en los que se aprendía al escuchar, al oír sobre luchas campesinas, movimientos obreros, manifestaciones del oprimido, problemas regionales, historias vivas en la memoria colectiva, que guarda la voz de los grupos marginados, comunidades populares que no han participado del relato de la historia, aunque hayan estado en los sucesos más importantes, hayan llorado y glorificado, en su alma, los sucesos de su pueblo.

Javier Tafur, en su libro *Narrativa popular*, escribe:

Las enseñanzas de la historia sobreviven de manera muy especial y cada cual las expresa con su propia afectividad, revelando la dura verdad de la existencia del oprimido. Los relatos son ecos de las voces quejumbrosas del oprimido que murmura su desgracia que, como una ley ineluctable, se vuelve realidad eternizada en la memoria del pueblo.³⁵

Los relatos, como medios educativos, exploran las habilidades de los destinatarios, los llevan a interpretar el mundo, incentivan su capacidad creadora; además, a través de esta conversación natural, informal, pero provechosa, se puede introducir a los estudiantes y la comunidad en el aprendizaje de formas más elaboradas del pensamiento y la escritura, pues encontrarse, en primera instancia, con la narrativa facilita aprender otros géneros literarios y, al mismo tiempo, incentiva a la lectura y la escritura, al encontrarse con temas que tocan su cotidianidad. Así mismo, ayuda a constituir un concepto y, con esto, ir creando una crítica propia de sus contextos, a través de los propios relatos, cuentos, ensayos, entre

³⁵ TAFUR, Javier. *Narrativa Popular*. Cali: La Silbana, 1991, p. 6.

muchos otros géneros. Los relatos rompen las distancias entre los estudiantes y sus comunidades, pues tienen una motivación diferente que los impulsa a participar en su comunidad; igualmente, se fortalece la identidad del estudiante en relación con su región.

Egan Kieran le da un significado educativo a los relatos, al decir que:

A través de los relatos podemos vislumbrar, junto con nuestros estudiantes, nuevas posibilidades para la acción y el sentimiento humano, nuevos horizontes de conocimiento y comprensión, nuevos paisajes de compromiso y hasta de encantamiento.³⁶

La enseñanza de los relatos populares apunta especialmente a equipar al estudiante con un conocimiento que le servirá después, puesto que, con su incorporación en el ámbito educativo, se instruye, se enseña, se da un conocimiento práctico para la vida, no sólo para los estudiantes, sino para todo aquel que se sume al viaje de querer aprender a través del habla popular; además, el sentimiento encontrado en los relatos populares colectiviza, solidariza y construye una imagen de pertenencia e identidad como grupo, comunidad o pueblo.

Al respecto, se encuentra la acotación de Egan Kieran:

La función educativa de los relatos es principalmente equipar a los estudiantes con un conocimiento que les será útil después. Los objetivos educativos más profundos serían: todo se relaciona con lo que queremos que los estudiantes sean como seres humanos, es decir, con los atributos que esperamos que posean cuando terminen de estudiar, por encima y más allá de lo que podamos querer que sepan. Esos atributos incluirán los valores que queremos que sustenten los rasgos de personalidad que deseamos que posean, la visión del mundo y de ellos mismos que pretendamos que cultiven.³⁷

En este sentido, Fernando Savater habla sobre la orientación hacia el interés práctico que incluye la narración, al decir:

La narración lleva consigo, encubierta o abiertamente, una utilidad. La utilidad consistiría una vez en una moral; otra, en una indicación práctica y, otra, en un proverbio o en una regla para la vida; pero, en cualquier caso, el narrador es un hombre que da un consejo a quien lo escucha. El narrador incluye a su oyente en el relato mismo, en calidad de futuro protagonista, y le advierte unos peligros que, por el solo hecho de escuchar, comienza ya a correr.³⁸

³⁶ KIERAN, Op. cit., p. 74.

³⁷ KIERAN, Op. cit., p. 26.

³⁸ SABATER, Op. cit., p. 28.

Al entrar en un diálogo con las voces y rastros de un pueblo, a través de los relatos populares, se experimenta la importancia de su difusión en la comunidad y en el salón de clases, pues en ellos se hace un viaje en el tiempo a través de las expresiones y sentimientos de personajes reales, que muestran, por medio de la palabra que fluye oralmente, las relaciones con los comienzos, momentos crueles y otros fantásticos, que se transmiten de generación en generación, no sólo para ser escuchados, sino para que se preserven las voces de transmisión oral, con lo que se conoce la cultura, las tradiciones, y comprender que, en unos y otros, la palabra, transmisora de creencias, testimonios y leyendas, sostiene verdades profundas, que ayudan a conservar su vigencia al arraigarse en la cultura popular, para definir rasgos de identidad, regional, social o cultural.

Los relatos historiográficos testimoniales retoman las etapas que fueron significativas en la construcción de la historia y los episodios que marcaron a las personas que, como voz de una colectividad, hablan de las diferentes afectaciones que deja la problemática social, que se desarrolla en las diferentes regiones y que causa un silenciamiento de las voces de la humanidad. La vida de muchas personas ha sido destrozada por la tragedia de la guerra y numerosas familias se han visto en la obligación de abandonar sus hogares y llorar a sus muertos en la distancia, se ven sometidos a vivir en condiciones precarias en lugares desconocidos, donde, a su vez, están marcados por la ignominia, la discriminación e inseguridad. Al acercarse esta realidad, que se muestra en este tipo de relatos, en un ambiente escolar y escolarizado, se acrecienta el pensamiento crítico y reflexivo, al disponer un conocimiento práctico y vivencial, que no aleja de lo que verdaderamente se experimenta, da opción de interpretar, desde otras visiones, las diferentes situaciones a las que se enfrentan como miembros de una comunidad, desde actitudes pacíficas, participativas y creadoras del cambio.

No es fácil tratar de desentrañar un dolor cimentado por mucho tiempo en el silencio de un corazón y sacarlo a la luz por medio de los relatos populares, porque la pregunta que siempre salía a relucir era: ¿a quién le interesa nuestra experiencia, si nadie se ha preocupado por intervenir en esta problemática?; la indiferencia y el obligatorio silenciamiento han tomado fuerza, porque no se enseña a escuchar, ni a entender o atender, se ha dejado en el olvido el sentido de aprender escuchando, por eso lo que existe en un alma popular violentada es asunto sólo del Estado y de las leyes, no es motivo de estudio en las aulas ni entre las gentes de una misma región; es, entonces, la importancia de registrar, no sólo la cultura, las tradiciones, sino la realidad de los conflictos que acaecen en una sociedad, como la de Colombia, que lleva más de cincuenta años de conflicto, donde las personas dejan de preocuparse de esta situación al convertirse en sensacionalistas y permisivas, se dejan envolver en el amarillismo de los masivos medios de comunicación, que niegan un verdadero espacio a este tipo de situaciones, para volverlo noticias y boom del momento, se deja pasar como simples atentados que frecuentemente se dan y que se deben olvidar en cuestión de días, sin dejar ver el rostro del huérfano, de la viuda, de la madre que perdió a su hijo o sus hijos, se oculta la tragedia en la noticia del mediodía; ahí los relatos historiográficos testimoniales dan espacio a las víctimas, para que se expresen

sin represiones, y den su testimonio y cosmovisión de una realidad que atañe a todo un país, pero que, al afectar a solo una parte de la población, se vuelve interés de un rato, cuando se puede explotar principalmente en las instituciones educativas, donde están las generaciones que trazarán un futuro, más violento o más humano, depende del educador, que fomenta en el aula, o en la jaula, sólo enseñanzas por medio de teorías, o un salón de clases más humano, donde se generen ambientes de aprendizaje más cercanos a la realidad de estos tiempos, y se muestre el rostro de personajes reales, que, a través de sus vivencias, exponen cómo el deterioro de los valores, la paz, la justicia y aceptación de las diferencias han causado heridas en los miembros de una sociedad, muchas de las cuales son irrecuperables; por eso la insistencia en poner en evidencia las voces que son un rasgo vivo de las afectaciones de esta problemática, que hoy se encarnan desde los campesinos que habitan en el corregimiento de El Palmar, para que sean ellos, desde su llanto, su clamor, su lucha, los que ayuden a fomentar el cuidado de los valores y de la paz, y no solo sean los personajes salidos de ambientes que nada tienen que ver con la realidad imperante, los que eduquen y muestren la importancia de los valores, para convivir en una comunidad.

En este sentido se añade:

La propuesta exclusiva de modelos excepcionales sacados de la literatura, personajes alejados de la vida y de los intereses personales de los educandos, tan frecuente en la pedagogía tradicional, constituye hoy un grave error en educación de valores. La pedagogía demanda con urgencia una desmitificación del valor y un alejamiento de los modelos fantásticos. Se hace necesario el recurso a modelos con rostro humano que hablen el lenguaje del hombre de hoy y encarnen sus necesidades y aspiraciones. La pedagogía de los héroes, ha sido lugar común cuando se habla de la educación en valores. Habría que hacer, por el contrario, una pedagogía del hombre vulgar y común, del vecino, con quien convivimos que presenta en su vida cotidiana luces y sombras, pero que está a nuestro alcance y, por ello, imitables en lo que tienen de valioso.³⁹

Exponer lo que se sufre y lo que deja una guerra se efectúa con el fin de sensibilizar y concientizar a todas las personas, pero principalmente a los niños y jóvenes, que, a su vez, son estudiantes, y acrecentar el pensamiento crítico y reflexivo a través de un conocimiento práctico y vivencial, que no los aleja de lo que verdaderamente experimentan.

Otras narraciones, en las que se irradia el mundo fantasmagórico, la sabiduría legendaria, los valores del pasado, encuentran albergue en los relatos tradicionales, narrativa a la que no debe desconocerse como lugar de iniciación a la lectura, la vida o el sueño. En los relatos tradicionales existe el imaginario colectivo, y transmiten lo vivencial, que da paso a la continuidad de la memoria y a la comunicación con el saber de antiguas generaciones; con su difusión y enseñanza, se acerca, no sólo a los estudiantes, sino a los jóvenes,

³⁹ ORTEGA RUIZ, Pedro y MÍNGUEZ, Ramón. *Los Valores en la educación*. Barcelona: Ariel, 2001, p. 28.

campesinos, profesores, amas de casa, a su comunidad, para dar importancia al saber encontrado en la tradición oral, con lo que se amplía y promueve la conservación de la memoria, las creencias y el saber popular que se encuentra en la palabra de un pueblo.

Estos relatos, que comparten las experiencias con seres sobrenaturales, revelan las formas de transmitir la educación a los hijos, con advertencias, que no se desligan de las enseñanzas de valores, los cuales regían el comportamiento de los viejos tiempos. Estos relatos se hacen latentes en los pueblos, como expresión de sus creencias, su realidad y fantasía; en ellos se ha constituido, por mucho tiempo, una de las formas de recrear, educar y divertir, que llega, a través de la tradición oral, hasta estos tiempos modernos y tecnológicos, para seducir y hacer partícipes a las nuevas generaciones de los misterios de la noche, permiten descubrir un mundo oculto a la razón, porque allí se llega a fuerza de imaginación, la que se nutre de las palabras naturales de las gentes de barriada, que, con lámparas de petróleo, transitaban las montañas y que, a su paso, encontraban las extrañas presencias que hoy son una leyenda que vivifica el pasado.

Los espacios en los que los viejos contadores narraban sus historias eran las noches, después de terminar con las labores del campo, cuando la tulpita siempre representó el escenario perfecto para recrear los momentos de descanso y convertirlos en espacios de encuentro y recogimiento, donde el hijo, el nieto, el vecino, el amigo, hacían círculo cerca del fuego y la voz que trasladaba a otros tiempos y convertía, la historia emitida, en propia.

Al respecto, Ana Pelegrin afirma:

Contar cuentos es un acto intenso de comunicación personal, invita al recogimiento, a encontrarse, a refugiarse, por eso el círculo o semicírculo evocando el círculo alrededor del fuego, del árbol, reúne aún los elementos dispersos y primarios del núcleo inicial, cuando la historia es sentida como una parte de cada uno, una parte de todos los que se congregaban.⁴⁰

Esos espacios se trasladan de la tulpita a la escuela, para continuar congregando, a través de los relatos tradicionales, a muchas más personas, sobre todo estudiantes, que, al mostrarles el valioso encanto que cautivó a las antiguas generaciones, se encuentran con el camino de los antepasados, no se desfigure y se conserve lo que ha constituido a los pueblos y, de este modo, la remembranza traiga siempre a presencia lo que se ha sido y, desde esa identificación, seguir siendo y poder así continuar con la cadena de transmisiones.

⁴⁰ PELEGRIN, Ana, Op. cit., p. 19.

A propósito, Raquel Pinilla refiere:

La escuela debe familiarizar a los niños con las diferentes modalidades de las narrativas que la humanidad ha producido a lo largo de la historia. Bruner plantea que “un niño debería saber, tener una idea de los mitos, las historias, los cuentos populares, los relatos convencionales de una cultura. Ellos enmarcan y nutren una identidad”. En consecuencia, la escuela es el espacio apropiado para que los niños reconstruyan su identidad y se puedan ubicar en su cultura.⁴¹

Reconocer el lugar, donde se habita, como propio, reflexionar sobre la realidad en la que se vive, acrecentar y promover la conservación de la memoria y las creencias, a través de los relatos populares, utilizados como herramienta educativa, provechosa para la comunidad de esta región, es, en conclusión, lo que se ha intentado en el transcurso de este Trabajo de Grado, que se acerca al pueblo desde las voces que han surgido de él mismo, para no trasgredir lo que, en esencia, se vive y mostrar lo natural que, en la vida de sus habitantes, se ha dado, no sólo contarlos y dejarlos sobre el papel, sino tratar, desde las voces y rastros, de despertar una sensibilización del oyente-lector que, afín o en desacuerdo con las ideas que se plantean, sea capaz de participar del surgimiento de su comunidad, desde la pacífica manera de actuar en comunión con su prójimo.

⁴¹ PINILLA VÁSQUEZ, Raquel. *La Palabra cuenta*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006, p. 144.

4. BIBLIOGRAFÍA

ACEVES LOZANO, Jorge. *Historia oral e historias de vida*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996.

ALMARIO, Pedro. *Cuentos de mi abuela: Tradición oral, fantasía y realidad*. Bogotá: Guadalupe, 2007.

ARIAS NIETO, Gloria Inés. *Una leyenda que se llama tristeza*. Bogotá: Antares, 1970.

ARTEAGA MORENO, Luis Homero. *Cajita de Pandora*. Pasto: Colombia Gráfica, 2005.

BENJAMIN, Walter. *Historias y relatos*. Barcelona: Península, 1991.

BERNAL ARROYAVE, Guillermo. *Tradición Oral. Escuela y Modernidad*. Bogotá: Magisterio, 2005.

BETANCOURT, Ingrid. *La rabia en el corazón*. Bogotá: Grijalva, 2001.

BRAVO DE HERMELIN, Martha. *Proyecto de recuperación de memoria cultural en Antioquia*. Armenia: Universidad del Quindío, 1985.

BRUNER, Jerome. *Actos de significado*. Madrid: Alianza, 1991.

CAMPBELL, Joseph. *El poder del mito*. Barcelona: Emecé, 1991.

CAMPBELL, Joseph. *Los mitos: su impacto en el mundo actual*. Barcelona: Kairós, 1994.

CERCAS, Javier. *Relatos reales*. Barcelona: El Acantilado, 2000.

CORDI GALAT, Juan. *Recuperación comunitaria de la historia en consulta a la memoria colectiva*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1997.

CÓRDOBA, Fernando. *Leyendas, mitos, cuentos y otros relatos guaraníes*. Buenos Aires: Longseller, 2002.

CORTÁZAR, Julio. *Alguien que anda por ahí y otros relatos*. Madrid: Alfaguara, 1977.

DÍAZ, Joaquín. *La memoria permanente: Reflexiones sobre la tradición*. Valladolid: Ámbito, 1991.

ERAZO ESPAÑA, Helmer. *Leiva a las puertas del Siglo XXI*. Pasto: Alcaldía Municipal de Leiva, 2008.

ESTUPIÑÁN BRAVO, Ricardo. *Caminando por el sur*. Pasto: Edinar, 2000.

GARCÍA, Gustavo. *La literatura testimonial latinoamericana*. Madrid: Editorial Pliegos, 2003, p. 50.

GONZÁLEZ, Flover. *Embrujos del Pacífico, mitos y leyendas*. Cali: Imprenta Departamental del Valle, 1992.

GOYES NARVÁEZ, Julio. *Pedagogía de la oralidad*. Bogotá: UNAD, 2002.

GRANDA PAZ, Oswaldo. *Leyendas de Nariño*. Pasto: Centro de Estudios Históricos, 1990.

HENAO DE BRIGRAD, Luis Carlos. *Artesanías de la palabra*. Bogotá: Panamericana, 2003.

HERRERA ENRÍQUEZ, Enrique. *Mitos, leyendas y tradiciones de Nariño (segunda parte)*. San Juan de Pasto: EDINAR, 2007.

KIERAN, Egan. *La Narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.

KIERAN, Egan. *La imaginación en la enseñanza y el aprendizaje*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.

LARROSA, Jorge. *La experiencia de la lectura*. Barcelona: Laertes, 1998.

MATO, Daniel. *Cómo contar cuentos: El arte de narrar y sus aplicaciones educativas*. Caracas: Monte Avila, 1994.

MÉLICH, Joan. *Antropología simbólica y acción educativa*. Barcelona: Paidós, 1996.

MIÑO SAÑUDO, Mariela del Rocío. *Mitos y leyendas del municipio de la Llanada*. La Llanada: Alcaldía Municipal de la Llanada, 1997.

MUESES, Claudio. *Mitos, Leyendas y relatos de la Cocha*. Pasto: Edinar, 2001.

NIÑO, Hugo. *Primitivos relatos contados otra vez*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

OCAMPO LOPEZ, Javier. *Leyendas populares colombianas*. Bogotá: Plaza & Janés, 1996.

ONG, Walter. *Oralidad y escritura: Tecnologías de la Palabra*. México: Fondo de cultura económica, 1987.

ORTEGA RUIZ, Pedro y MÍNGUEZ, Ramón. *Los valores en la educación*. Barcelona: Ariel, 2001.

PELEGRIN, Ana. *La Aventura de oír*. Madrid: Cincel, 1982.

PINILLA VÁSQUEZ, Raquel. *La palabra cuenta*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006.

RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, Antonio. *El Texto infinito*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2004.

ROLLO, May. *La necesidad del mito*. Barcelona: Paidós, 1992.

SAVATER, Fernando. *La infancia recuperada*. Madrid: Taurus, 1983.

SILVA VALLEJO, Fabio. *Las voces del tiempo*. Bogotá: Editorial Retina, 1997.

TAFUR, Javier. *Narrativa popular*. Cali: La Silbana, 1991.

THEODOSIADIS, Francisco. *Literatura testimonial*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 1996.

VANSINA, Jan. *La tradición oral*. Barcelona: Labor, 1967.

VEGA CANTOR, Renán. *Déjenos hablar*. Bogotá: Arfo, 1997.